BN
922.2
M562f
e.4

MONSEÑOR D. MERIÑO INTIMO

AF

D18

AMELIA FRANCASCI

MONSEÑOR DE MERIÑO INTIMO

I M P R E N T A
LA CUNA DE AMERICA
ROQUES ROMAN HNOS.
SANTO DOMINGO, R. D.
1 9 2 6

BNPHU

27215
BIBLIOTECA NACIONAL
SANTO DOMINGO, R. D.

MONSEÑOR FERNANDO A. DE MERIÑO.
FALLECIDO EL 20 DE AGOSTO DE 1906.

ERRATAS MAS NOTABLES

Pág.	Línea	Dice:	Léase:
161	6	1918	1903
163	3	*del a nariz*	*de la nariz*
183	25	*Stail*	*Stael*
212	14	*arborotara*	*alborotara*
218	10	*Componguela*	*Compóngaselas*
234	28	*Jenenes*	*Jimenes*
237	25	*Ignorabase*	*Ignorábase*
238	22	*exagerada*	*exagerada*
243	7	*as*	*así*
244	12	*Dijeronnos*	*Dijéronnos*
290	29	*Endereee*	*Endereee*
347	1	*etapa*	*etapa*
384	1	*famme*	*femme*
397	15	*amelia*	*Amelia*
407	11	*dibilidad*	*debilidad*

MONSEÑOR DE MERIÑO INTIMO

PRIMERA PARTE

BN
923.2
M563f
e.4

24-11-93

I

Atravesaba yo una de esas crisis morales que tantas veces, en el curso de mi vida, me han llevado casi al borde de la tumba; de tal modo me abaten, de tal modo consumen mis fuerzas, a tal extremo quebrantan toda mis vitales energías.

La de esa vez era intensa.

Prolongábase, por tiempo, sin prestar esperanzas de reacción.

La serie de disgustos, de contrariedades y de decepciones que la provocara, habíame encontrado anémica y extenuada por exceso de fatigas. Negra melancolía envolvía en sombras mi espíritu; y mi alma, toda, estaba como sumergida en una onda profunda de

021511 BN PHY

amargura. Sentía un cansancio tal de la vida, que no me permitía gozar de nada en ella. No dormía, y mis noches sin sueño, hacían más horas más crueles porque me mantenían en un estado de pesadez y de irritación grandísimas.

En mi alrededor, todo el que me profesaba algún afecto, sufría al verme cada mañana más postrada; más inapta para cosa alguna.

Llamóse uno y otro médicos para consultarle. Cada cual prescribía un régimen particular, aunque todos estuvieran acordes en recetarme reconstituyentes, calmantes y otras drogas.

Yo, de ninguno hacía caso, porque en ninguno tenía fé, como tampoco voluntad para seguir las indicaciones que me hicieran.

El ejercicio en la mañana, los baños de mar, una larga temporada en el campo; todo se me proponía; pero yo nada aceptaba, por sentirme incapaz de todo esfuerzo.

Ya mi decaimiento físico iba inquietando a todos los de mi casa. Temían que, de continuar ese estado mío, mi vida peligrara; y principiaron a lamentarse, reprochándome el poco

empeño que ponía yo en mejorar.

Esas quejas, al parecer, me irritaban, pero la verdad era que me hacían sufrir horriblemente.

Encontrábalas fundadas y mi conciencia me mortificaba, pero mi voluntad era nula y por eso me hallaba impotente para tratar de dominar mi mal.

Dejaron de quejarse, al ver que yo me molestaba y sufrieron en silencio; pero la tristeza que comprendía en todos, comenzó a torturarme más que las quejas anteriores.

Un día fué tan grande mi tormento que me desesperé.

La vida me pesó demasiado y dije para mí ¿a qué vivir?.....

Y el pensamiento de la muerte se impuso en mi cerebro! Veleidades de suicidio me venían a la mente por instantes. Principié a concebir varios proyectos de súbita y voluntaria desaparición....

Estaba casi loca! ..

Por suerte siempre en esas crisis, al comenzar el desvarío, algo, que me ha parecido providencial, ha venido a detenerme en el camino de la locura.

Esa vez fué un sueño.

II

Después de una gran excitación mental que me dejara el cerebro excesivamente fatigado, y todo el cuerpo sin fuerzas, caí en un estado de sopor profundo. Y soñé que yo estaba rodeada de tinieblas, pero que, en un punto cercano, aparecía una luz sobrenatural iluminando un abismo espantoso, en el cual, por manos invisibles, fuí precipitada repentinamente, sin que yo me diera cuenta de ello; y que los esfuerzos que hiciera por no hundirme en el terrible precipicio, no servían sino para descender más a su fondo.

Un sudor frío me inundó, y el te-

rror me hizo despertar. Miré a mi alrededor y comprendí que había soñado. Entonces reflexioné sobre mi sueño y esa reflexión me hizo reconocer que mis ideas eran sanas; que ya el desvarío había desaparecido y que lo que yo soñara era una revelación. Dios se había apiadado de mí, apesar de haberlo yo casi olvidado; en medio de mis locos pensamientos me había inspirado el sueño para que pudiera yo salvarme. ¿No era, acaso, la luz que yo veía durmiendo, la de mi razón recuperada? Y el abismo que, tanto temor me había causado, aquel de la locura en que estaba a punto de precipitarme ciegamente? Era preciso, era urgente que yo tratara de reaccionar contra mi peligroso estado mental! Así me lo propuse, y en mi alarmado espíritu principié á buscar los medios de lograr el resultado que ya apetecía. ¿Qué podía yo hacer? Los medios materiales habían sido ineficaces, era necesario recurrir a un remedio moral, puesto que moral era en su origen el mal que venía consumiéndome. Y pensé en la religión. Deseé confesarme, presentarme humildemente ante un ministro de Dios! Pero ¿quién

sería ese ministro? A ninguno conocía yo, por digno que fuera, de llenar la delicada misión que quería encomendarle! A cuál escojer?

Aquí me detuve incierta, cuando un nuevo rayo de luz inspiradora brilló en mi mente! ¿Cómo no había pensado antes en lo que se me ocurría en aquel instante? Mi confesor estaba hallado! Su nombre y su figura se destacaban en mi cerebro y los ponía Dios ante mi vista, como si de lo alto los hiciese surgir! Ese nombre y esa figura no pertenecían a otro que a su señoría ilustrísima, el gran arzobispo de Santo Domingo, el noble, el admirado, monseñor Fernando Arturo de Meriño!

III

¡Sí! Monseñor de Merino! Yo no podía vacilar! Era él el único capaz de realizar lo que yo misma juzgaba un milagro; que no otra cosa me parecía el hecho de restablecer el equilibrio de mis facultades, de devolverme mis pasadas energías, de restaurar mi antigua fé, de reconciliarme en todo, en una palabra, con la vida normal!

Y no vacilé. Con una decisión, que hubiérase creído imposible en quien algunas horas antes no tenía voluntad ni para querer, es decir, ni para desear nada en el mundo, determiné llamar al día siguiente al que había

resuelto que fuera mi confesor, el ideal confesor que yo necesitaba.

Sin que en mi casa lo supiera nadie, hice venir a mí a un deudo del noble prelado, que era, al mismo tiempo, uno de mis amigos más sinceros: uno de los que mas confianza y mejor estimación me merecían. Este amigo también se hallaba apenado por el estado en que me viera; así fué que no bien le hube comunicado mi pensamiento y mi súbita resolución, la aplaudió complacido y prometióme satisfacerla sin tardar, manifestando a su ilustre deudo, mi formal deseo de confesarme a él. Y haciéndole conocer mi especial condición de enferma y de penitente, cumplió mi buen amigo su palabra, tan fielmente que, al siguiente día, recibía yo las dos esquelas que voy a transcribir, firmadas, la primera por el mismo monseñor de Meriño; la segunda por mi afectuoso comisionado.

La que me dirijiera, escrita por él toda, el gran arzobispo, decía así:

«Noble hija mía:

«Permítame darle este título del «alma y sepa que tendré suma compla«cencia al corresponder a los deseos

«que Vd. me ha expresado, por medio «de mi buen A.... Iré muy pronto a «verla.

«Obsecuentemente, a sus órdenes, «b. s. m. Padre Meriño».

Esta corta misiva, con la cual inició la larga serie de billetes y cartas que recibiera yo de Monseñor de Meriño, me dejó de tal modo impresionada, que tardé en leer la segunda que me enviaba mi amigo.

El tenor de ella era el siguiente:

«Amiga mía estimada:

«Puede Vd. estar satisfecha porque «anoche mismo vi a Monseñor y le ha«blé de Vd. largamente. El está profun«damente interesado por Vd. y me «pidió que le excusara de no ir hoy «mismo a verla por hallarse sumamen«te ocupado. Excúsome yo también «de no llevarle la respuesta que Vd. «anhela, por mí mismo, siendo el mo«tivo de ello, una gran aglomeración «de trabajo.

«Monseñor le suplica le aguarde «dos o tres días, hasta que él pueda de«dicarle largo rato.

«Yo también iré cuanto antes.

«Su afectísimo amigo. A. L.»

¡Cuánto agradecí a Dios de todo co-

razón al haberme inspirado en ideas que principiara a realizar tan felizmente! Ese *besa sus manos* de Monseñor de Meriño, y ese *Padre Meriño*, me encantaron; siempre se despidió él así de mí en sus cartas que firmó del mismo modo invariablemente.

¡Oh noble espíritu! Lo que quisiste siempre fué enaltecerme a mis propios ojos, mostrándote conmigo el más modesto de mis relacionados. Cuánto bien me hiciste con ello! ¿Cómo no bendecirte en mi memoria?

Llamé a mis familiares, les revelé lo que había hecho la víspera y les presenté las esquelas que acababa de recibir. ¡Cuán grande fué el alborozo de todos, al ver en ese acto mío un principio de resurrección moral! Desde el momento en que yo tenía voluntad para llevar a cabo una determinación como esa, tenía esperanza de salvarme, también físicamente! El anuncio de la próxima visita de Monseñor de Meriño les halagó en extremo y comenzaron a considerarle como mi ángel salvador y a anhelar su presencia.

IV

Debo decir aquí por qué motivo me pareció una inspiración divina mi pensamiento y sobre todo mi resolución de escojer al ilustre prelado por confesor y amigo y por qué fué para los de mi casa una sorpresa tan grata la noticia de mi llamamiento. Era que yo, antes de ese día, jamas mostré deseo de acercarme al gran Meriño sino que, por el contrario, voluntariamente me mantenía a distancia suya. Nada me hubiera sido más fácil que entrar en relaciones amistosas con él, por estar ligado, hacía tiempo, un miembro inmediato de mi familia a un deudo muy cercano suyo, lo cual

establecía entre él y yo casi un parentesco.

Apenas le conocía personalmente. Una vez le había encontrado en casa de mi madre, en donde cambiamos solamente algunas frases de mera cortesanía. Fué él a visitar a la anciana, casi oficialmente, con motivo del acto que le ligara a uno de los míos.

¿Por qué había sido esto? Por antipatía inconsiderada ó por alguna otra razón reservada de un órden cualquiera? Absolutamente. Debo confesar aquí que sólo un orgullo, que más tarde juzgué tonto, fué el que me alejó de ese hombre a quien después debía yo querer y venerar tanto! Una desconfianza estúpida no me permitía darle la menor muestra de atención y mucho menos de simpatía.

Cuando, más tarde, se lo confiaba yo, él reía bondadosamente, burlándose de mí.

Su grandeza intimidaba mi pequeñez. Ofuscábame su alto renombre de consumado político; de orador eminente; de hombre de mundo distinguido y de todo lo demás. Vivía yo tan retraída! Condenada a la oscuridad por mi modestísima posición y

recluída en mi casa casi siempre por mi precario estado de salud! Temía parecer demasiado humilde y sobre todo muy insignificante al gran mitrado, a quien yo en mi interior admiraba y rendía homenaje, lo mismo que en mi casa lo hicieran todos; como lo hacía la generalidad.

Después de recibir su esquela, olvidando mi pasada desconfianza, quería yo ahora confiar con absoluta fé en él, esperar que con su alta ciencia supiera devolverme la paz del alma e inspirarme alientos para soportar la vida! Ni un instante se me ocurrió dudar de que Monseñor de Meriño poseyera, además de su admirable elocuencia que tantos triunfos le valiera en su patria y fuera de ella, de su vasta erudición y de su refinado trato social que le permitieron brillar en las más cultas sociedades extrangeras, y de su gran valor cívico que le había hecho acreedor de la admiración de la posteridad, por el raro denuedo que demostrara al defender las libertades patrias y su propia independencia, el ilustre arzobispo debía poseer, repito, un corazón verdaderamente noble, un corazón sencillo, lo bastante, para

BIBLIOTECA NACIONAL · SANTO DOMINGO, R. D.

poder apreciar el mío sencillísimo, mi pobre corazón demasiado afectuoso, demasiado leal y desinteresado, y mi espíritu recto, ese espíritu que tan elevadas aspiraciones tuviera y al que tan pocos sabían estimar, enfermo por el daño que le hicieran la injusticia, el egoísmo y la falsía de otros! Sí, él debía comprenderme, yo me confesaría y, segura como estaba de su absolución, le pediría, luego, que no me abandonara, que me prestara su asistencia para no recaer en mi temible tentación.

Pronto debía probarme la experiencia la pureza de mi fé, lo justo de mi esperanza en la alta capacidad, en la gran bondad de alma de Monseñor de Meriño.

Si narro todos estos detalles, que precedieron a mi amistad con el anterior arzobispo de Santo Domingo, es para que pueda comprenderse mejor por qué razón fué esa amistad tan grande, al conocerse la base religiosa que ella tuvo y las circunstancias particulares de su origen. El afecto que nos ligó, de índole tan especial, duró hasta la muerte de él, por muchos años, y en mi corazón perdura en

forma de culto a su memoria. En mí vivirá su recuerdo mientras yo exista. Y si he emprendido este trabajo que, aunque humilde, es árido para mí por mil razones, ha sido únicamente con el objeto de rendirle homenaje. Lo que me propongo es reproducir una parte de la correspondencia que sostuvo él conmigo, casi diariamente en ocasiones, y que conservo piadosamente. Las cartas que publicaré son de carácter íntimo, cartas sencillas que le pintan entero, tal como yo le conocí, quince años antes de su desaparición eterna, tal como yo le amé. En su correspondencia se revela tal como era él en esa época: bondadoso, tierno, amable, desinteresado, fiel a la amistad, íntegro en todo. Firme y hasta altivo también, cuando se pretendió imponerle algo, como quien jamás, pero verdaderamente jamás, se dejó avasallar por nadie! Tan altivo como sabía ser manso con los sencillos y con los humildes.

Mi «Monseñor de Meriño íntimo», como auténtico. En este retrato que de él hago, cuantos le conocieron y le amaron le reconocerán.

V

Fué una tarde Tarde muy hermosa cuyo recuerdo he conservado inalterableen mi memoria, por lo que ella marcaría en mi vida.

Hacía tres días que yo aguardaba el cumplimiento de la promesa que el ilustre arzobispo me hiciera, en un estado de exaltación creciente. Después de mi acto atrevido, -que así lo consideraba en mi interior- sentíame ansiosa por momentos, anhelando y temiendo, alternativamente, el resultado de mi determinación. Sin embargo, trataba de disimular mi ansiedad al ver a los demás tan esperanzados, tan contentos por lo que yo había

hecho. Y para que lo estuviesen más, esforzábame en tomar los alimentos y en presentarles un semblante mejor.

Doliente y muy débil, siempre, me encontraba en mi habitación particular, recostada en una silla larga, rodeada de almohadas, como lo estaba habitualmente desde que me había postrado.

En la mañana habían puesto algunas flores en la sencilla estancia y yo las miraba distraída, abismada en mis pensamientos, apesar de ser ellas mi encanto. Como se pensó que ese día podría ir Monseñor de Meriño a casa, para halagar su vista adornaron la pieza.

Serían las cuatro de la tarde cuando oí el ruido de un coche que se detenía en la puerta de entrada de la casa. Sentí el corazón que me palpitaba fuertemente: y pensé sin vacilar: «Es él que llega!

Acerqué más el oido a los ruidos del exterior y comprendí que no me equivocaba.

Alguien vino a anunciarlo.

Monseñor esta ahí, díjome un familiar mio

Y precipitadamente fuese para sa-

lir al encuentro del ilustre visitante. Mi corazón dejó de latir. Un aturdimiento se produjo en mí; luego volvieron los latidos nerviosos, violentos, hasta que pasado unos cuantos minutos, que sin duda sirvieron a los míos para explicar a mi futuro confesor mi estado y las esperanzas que en él fundaran, sentí acercarse a mí pasos de varias personas. Mi familiar más íntimo se presentó y abriendo la puerta de la habitación hizo penetrar en ella al huésped esperado.

Al aparecer ante mis ojos abatidos la alta, hermosa e imponente figura de Monseñor de Meriño, un temblor interior paralizó mis movimientos. Quise hacer un esfuerzo para levantarme y no pude; apenas me incorporé en mi asiento para contestar a su saludo. Sentíame atraída y al mismo tiempo temerosa. Y no era para menos.

VI

Conservaba Monseñor de Meriño, hasta esa época, mucho de la gallardía que en su porte se admiró en la juventud, apesar de que ya la nieve de los sesenta años, al caer sobre su noble y simpática cabeza, la hubiese ceñido prematuramente, a manera de un casco, de una espesa capa de hilos de seda tenues, compactos y bien ordenados, del color de bruñida plata. Esa gallardía daba mayor realce a la gran majestad impresa en su persona, por la firmeza natural de su carácter entero y elevado, así como por la exacta conciencia de sus deberes de alta dignidad eclesiástica y del respeto que su ya

más que povectuedad le mereciera.

Cuando se presentaba en público, revestido del traje archiepiscopal y luciendo al aire su plateada cabellera, ofrecía a la vista un aspecto magnífico, al echar hacia la espalda, por medio de un gesto sobrio y elegante de su vigorosa diestra, una de las puntas de su capa pluvial: porque ese gesto permitía verle entero en la severa esplendidez del consagrado traje, en plenitud de vida: lleno de soberana inteligencia y de vigor, y adquiriendo con él un aire verdaderamente augusto, que tenía tanto de imperioso como de sagrado y que le prestaba poderosa seducción. Todos mis familiares y amigos que le contemplaron en el esplendor de su gloria, habíanme de ese gesto suyo, con sincera emoción. Dícenme que en cualquier otro que no fuera Monseñor de Meriño, hubiera podido parecer estudiado por lo hermoso para producir efecto, para cautivar, pero que en él era aceptado ciegamente; en él era aplaudido por saberse que estaba revestido del sello de la más sincera y de la más indiscutible naturalidad. La noble sencillez del gran arzobispo era una de sus cuali-

dades más preciadas y la que tal vez le atrajera las mejores voluntades. Todo el que trataba al noble prelado le hacía justicia al reconocer, como real, su disgusto por todo lo afectado; su profundo desdén por toda vana ostentación. No había quien le conociera personalmente que no proclamara que, por sus dotes físicas, en el mismo grado que por las demás que próvidamente le acordara Dios, era él muy digno del puesto que ocupaba, así como de figurar en el rango de cualesquiera otras elevadas gerarquías sociales.

El ilustre autor de «Enriquillo», el eminente don Manuel de Jesús Galván, que había sido su compañero de estudios, su amigo siempre y su entusiasta admirador después, decíame luego:

Monseñor de Meriño tiene una figura hierática. Estoy por creer que la naturaleza le formó expresamente para llevar la mitra y darle mayor realce ¿No encuentra Vd?

Sí, yo lo encontraba también, pero creía además que nuestro ilustre amigo era digno de todo y apto para desempeñar los más altos cargos del mundo.

Hablando de este trabajo que, en su honor, tengo emprendido, y con algunos de los que más le conocieron y le apreciaron, los he visto conmoverse al recordar su manera de presentarse en público.

Han exclamado:

Sobretodo después de su muerte, es que mas admirable nos parece el gesto suyo con el que se mostraba entero, en toda la severa esplendidez de su traje consagrado y lleno de vida, de soberana inteligencia y de vigor.

Yo no le vi jamás sino en mi casa y en su modesto palacio donde fuí algunas veces, acompañada de familiares; pero con eso me basta para comprender la emoción de los que le quisieron y le admiraron.

VII

Mi profunda emoción era, pues, natural cuando le ví en mi presencia, más que todo recordando el motivo que le llevara a visitarme.

Detúvose él un instante en el umbral de la puerta y me miró. Pareció enternecerse al contemplarme tan pálida y tan débil y tan postrada, siendo tan jóven, como él me creía. Más tarde me habló de esta impresión suya.

Su saludo fué el siguiente:

¡Bendita sea usted, hija mía!

Su voz se hizo muy dulce para hablarme.

Echando atras el manto episcopal, con sencillo ademán, adelantó hacía

mí y me tendió sus dos manos.

Vamos, hija mía, no se impresione. Se que está V. enferma. Aquí le traigo la paz conmigo. Sí, hija mía! Soy Cristo que viene a usted para curarla!

Esto último fué dicho como en tono de broma, como para alentarme. Tomó asiento en la cómoda butaca que le tenían destinada cerca de mi sillón y me tomó las manos para reconfortarme; guardándolas un rato entre las suyas, y diciendo a los demás familiares que le habían acompañado a mi habitación:

Está yerta. No tendría necesidad de alimento? Por mí no se prive... ...

Asegurósele que ese era mi estado hacía días y que yo acababa de tomar un poco de leche.

Unos minutos después, lo dejaron solo conmigo, por ser esa cosa convenida con mi familia.

Principió a hablarme.

Desde sus primeras palabras, el magnetismo de su voz operaba en mí y me iba atrayendo.

Oh! Esa voz de Monseñor de Meriño tan admirable, como su figura y como su talento! Esa voz que tan vibrante resonara, con sus más altas notas, en

las grandes catedrales, en donde se le escuchó siempre con religioso respeto; llegando hasta los más recónditos ámbitos de ellas; esa voz que, tonante e imperativa, se hacía oír en la tribuna pública cuando fulminaba anatemas contra los que hicieran oposición a sus patrióticos ideales, ¡qué suave, qué insinuante, qué persuasiva era cuando el afecto o la piedad la conmovían!

Ambas cosas la hicieron tomar sus más delicadas impresiones, al dirijirse a mí.

Mi ilustre amigo me confesó más tarde que, en la primera visita que me hiciera, conquisté su corazón por la compasión que le inspiré. El no recordaba sino confusamente. Había me visto la vez de que he hablado, entre muchas personas de la familia y extrañas, y casi me había olvidado. Le parecía nueva y rara, hallándose predispuesto a mi favor por lo que de mí le había dicho mi buen amigo A...

Yo iba cobrando ánimo. Le miraba; contestaba a sus preguntas, con voz casi apagada; más fuerte luego. El continuaba animándome; hasta que al fin me desaté en confidencias.

Principió mi confesión. Sentía que mi alma se refugiaba en la suya como se refugia un niño enfermo en el regazo protector de su amorosa madre! ¿No era eso lo que yo había querido; lo que anhelaba?

Sí. Y Monseñor de Meriño me miraba y me oía cada vez mas enternecido. Ví asomar lágrimas a sus azules ojos; conmoverse las fibras de su rostro sonrosado: mi compasión le impresionaba profundamente. Nada de anormal le dije, porque nada tenía que decirle. Hablé tan solo de mi cansancio de la vida: de mi loco intento de buscar la muerte llena de desilusión, de disgusto y de resentimiento doloroso contra los que me habían llevado a aquel extremo de desesperación.....

Durante mi relato, continuaba él con mis manos entre las suyas robustas, estrechandolas, para animarme a proseguir, con la más delicada presión. Esa fué siempre su manera de demostrarme su mayor afecto.

Escuchábame con piadosa emoción sin interrumpirme mas que para exclamar a veces: «pobrecita, pobrecita»!

Callé fatigada. Y, extenuada por

mi esfuerzo nervioso, me dejé caer sobre las almohadas del respaldo del sillón.

Monseñor de Meriño habló entonces. Díjome cosas dulcísimas que fueron bálsamo para las heridas crueles de mi espíritu.

Hija mía: la he escuchado. Es usted muy noble. Es usted pura. Estoy muy satisfecho de que usted me haya permitido penetrar hasta el fondo de su alma, porque así podré ayudarla. Su profunda sinceridad me la hace sumamente interesante. Tenga usted la seguridad de que la comprendo y de que no la abandonaré. Oh no! Hizo usted bien en llamarme; yo la sostendré. Tiene usted un alma muy delicada, demasiado sensible. Eso le hace daño a su conciencia, porque la inclina a exijir de la vida mas de lo que ella puede dar de sí. Usted quisiera que la humanidad fuera como usted. Esto es imposible, hija mía. Dios hizo al hombre frágil, imperfecto. Voy a tratar de mejorar su concepto respecto de eso, para que pueda usted vivir. Me empeñaré en reconciliarla con la humanidad tal cual ella es, para que le encuentre algun gusto a la vida. Yo

volveré a verla pronto. Volveré con frecuencia. Pero para absolverla, para bendecirla en nombre de Dios, necesito que usted me prometa formalmente no incurrir en el pecado de querer morir. Trate de reponerse y de alentarse: tenga fé. Sobretodo, sí, tenga fé y Dios la favorecerá; y yo estaré con usted.

Todo lo juré y él entonces levantandose me bendijo, poniendo sus dos manos sobre mi cabeza.

Ya habiamos terminado nuestra conferencia. Desde afuera, los que aguardaban atentos, entraron cerca de nosotros.

Monseñor de Meriño se despidió poco después.

Le oí hablar con los míos, mientras que, acompañado por ellos, se alejaba.

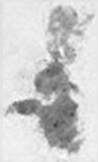
Luego el ruido de su coche me hizo comprender que no estaba en la casa.

Yo había quedado como hipnotizada por aquella presencia; por aquella conversación.

Pareciame que la voz de mi ilustre confesor resonaba aun en mis oidos.

Cuando volvieron mis familiares donde mí, me encontraron abstraída. Estaban encantados de la bondad, de

la gran amabilidad del noble arzobispo: y conmovidos por el interés que se tomaba por mí.



VIII

Desde esa tarde memorable quedó cimentada la gran amistad que me ligó a Monseñor de Meriño. Con Monseñor, a secas, como le llamé desde entonces y continuaré llamandole aquí.

Esa amistad tan rara que nada alteró jamás; amistad escepcional, porque fué de alma a alma, por completo desinteresada e inmaterial, llena de paternal entusiasmo de parte de él por mí; de veneracion filial y de santa ternura de la mía a él. El mundo ha celebrado muchas amistades, pero ninguna fué más hermosa que la que Monseñor de Meriño y yo nos profesamos.

Jamás vió él en mí una mujer jóven y que muchos encontraban atrayente, sino un alma de mujer de la más pura esencia: alma que él idealizaba; encarnada en un cuerpo frágil, delicado, doliente, casi siempre, el cual le inspiró siempre, también, afectuosa compasión. Mi fragilidad física le hacía admirar mas mi espíritu y despues que yo me hube fortalecido moralmente y que me encontró enérgica, apesar de todas mis dolencias: «Es Ud. heróica, hijita mía», díjome en ciertas circunstancias especiales de mi vida. « Yo que soy un elefante, a su lado, no soportaría lo que usted resiste».

Otras veces me decía enternecido:

«Su alma es demasiado grande para que pueda caber en ese cuerpecito delicado, sin lastimarlo. Esa es la causa de su enfermedad. Su corazón es tan vasto que le hace desear abrir los brazos para abarcar a la humanidad entera y unirla en un estrecho abrazo de amor!»

Yo agradecía profundamente a Monseñor ese afecto tan puro, esa estimación tan alta y cada día trataba de corresponder mejor a la idea que él tenía formada de mi espiritualidad.

IX

Mi ilustre amigo cumplió su promesa de volver a verme en la semana siguiente.

Esa vez me encontró sentada en un sillón, rodeada de menos almohadas, con mejor semblante y mucho menos abatida. Al verle todos se alegraron y yo me conmoví infinitamente.

¡Qué complacido estuvo él, al notar la mejoría innegable que en los días que no me viera se había producido en mí!

Mostróse tan satisfecho y me felicitó tan cordialmente, que yo me alegré por él.

Esa impresión de satisfacción gra-

tísima dominó en todo el curso de la visita.

Monseñor estuvo contento y hasta bromista. A cada cual de los que estaban conmigo, dijo algo agradable: a mí me habló de flores, viendo el lindo ramo que lucía sobre mi mesita de noche; como le dijeron que yo amaba el campo, extendióse acerca de las delicias campestres, animándome para que tratara de reponerme pronto y fuera a alguna quinta a respirar aire más puro que el de mi casa.

Estuvo encantador. Así le encontraron mis familiares, con los cuales se mostró lleno de atenciones.

Por un momento nos dejaron solos. El lo aprovechó para decirme dulcemente:

«Hija mía, usted me parece muy alentada. ¿Es cierto que mejora? y esa tristeza, esa misantropía no han vuelto a molestarla?

Le contesté que no. Yo estaba melancólica, pero no desesperada.

Hago todo esfuerzo por sobreponerme a mi mal, por corresponder siquiera de ese modo a su bondad para conmigo, Monseñor.

Usted merece cuanto yo pueda ha-

cer y cuente conmigo! Se lo repito. No la abandonaré. Si mis muchas atenciones me imposibilitan el venir con frecuencia a inspirarle ánimo, escríbame. Llámeme sin cuidado si lo crée necesario, y aquí me tendrá para sostenerla.

Prometí lo que él me pidiera, y muy luego nos dejó a mis deudos y a mí altamente reconocidos de esa segunda visita.

En la intimidad era el hombre más agradable, más complaciente, más fácil de contentar por sus gustos sencillos y sus costumbres ordenadas. Como yo estaba relacionada con su familia, sabía por ella todo esto y mayor mérito le hallaba, porque conocía a muchos que siendo pequeños y solamente por creerse importantes, hacen expiar a los de su casa, las complacencias que tienen con los que no lo son.

X

Continuó mi gran amigo yendo a verme, un día en cada semana, por algún tiempo. Yo había ido mejorando, lentamente, hasta que llegué a adquirir el súmun de fuerzas que podía yo alcanzar; lo cual no era mucho. Desde mi adolescencia fuí delicadísima de salud, por haber contraído una enfermedad nerviosa, que me dejó una sensibilidad extremada, durante una gravísima dolencia de mi padre a quien yo quería mucho. Fueron tantas mis noches de vijilia cerca de su lecho que perdí, casi completamente, la facultad de dormir. El insomnio casi constante alteró profundamente mi salud.

Esa excesiva sensibilidad mía ha hecho el martirio de mi vida.

Mientras tuve seres que me amaran, a mi alrededor y aun a distancia, como el noble arzobispo y otros muy grandes y nobles amigos míos, cuya estimación por mí fué altísima, sufrí mucho, pero tuve grandes consuelos: mas tarde, ah! mi sufrimiento ha sido horrible! Hay quien tenga conciencia de esa impresionabilidad mía, que todo lastima, que todo exaspera?

.....

Monseñor no me creía curada. El había sabido comprender mi mal, y por eso no me abandonaba.

Sus visitas eran recibidas con tanto placer por los de mi casa y por mí con tan dulce satisfacción, que él no veía inconveniente en prolongarlas todo lo mas que pudiera.

De ese modo llegó a establecerse una intimidad casi familiar entre nosotros. Le escribí algunas veces como él me lo había pedido, muy tímidamente al principio; luego con mayor confianza. El me contestaba presentándose.

Mi afecto por él había ido aumentando a medida que le trataba. Lo re-

pito. Era su alma la que me inspiraba un entusiasmo de veneración: sí, el alma de ese hombre que fué grande, no por un capricho de la fortuna, sino porque nació para serlo; porque para ello le dotó Dios con tan relevantes prendas; que pudo pecar en su vida, porque ¿qué ser humano formado de vil arcilla, condenado por la culpa original a una mísera condición, ha dejado de pecar alguna vez? Pero, en medio de su pecado, fué noble siempre, porque la nobleza era innata en él. Jamás en Monseñor de Merlino se conoció mesquindad de ninguna, de esas que tanto afean el carácter de muchos grandes hombres. La caridad que se albergó en su alma, sobretodo después de ser consagrado, fué una caridad sublime; una caridad que lo purificó reivindicándole, fué la verdadera caridad cristiana la que practicara, silenciosamente; sin alarde alguno, con sencillez y absoluta discreción. Una virtud que le inclinó a darse a todos indistintamente; a sus amigos y a sus enemigos, cuando solicitaron sus auxilios, a los buenos y a los malos, en la adversidad, sin lastimadoras preferencias, a ser misericordioso con los

débiles de voluntad como con los desheredados de la suerte.

Un día, oyendo hablar de los tormentos que ocasionara a un rico, muy notable, su fortuna, exclamó con profunda satisfacción.

«Loado sea Dios por la gracia que me ha hecho de ignorar las preocupaciones que conlleva la riqueza. Siempre he tenido lo necesario para gastar y ni una sola noche, por toda mi vida, he sido desvelado por asuntos de dinero».

Decía él esto cándidamente, olvidando que bien hubiera podido poseer un rico peculio que le constituyeran los bienes heredados y los adquiridos noblemente, durante su larga carrera tanto civil como eclesiástica, si cuanto le venía a manos, no lo hubiera repartido con el mayor desprendimiento, entre los suyos, con los pobres, con todo aquel que recurrió a su generosidad. Y ésto hasta el punto de privarse él mismo de ciertas legítimas satisfacciones por falta de dinero. Lo que digo me consta porque tuve ocasión de saberlo personalmente.

Cuando mas tarde, hízome su *agonto* para efectuar compras de cosas ne-

cesarias a su ejercicio de caridad, o para obsequios a sus protejidos, solía yo reñirle como riñe una hijita mimada a su papá demasiado pródigo, reía él de buena gana y apretándome las manos y mirándome bien en los ojos, me decía:

¡No me regañe mi madrecita! ¿Qué quiere usted? Cuando yo era muchacho, no me entraba la aritmética. Hoy .....¡soy viejo!

Supe una vez, por persona autorizada para saberlo, que una señora conocida en la sociedad, fué una noche al palacio de Monseñor, muy embozada en un amplio manto negro y aparentando la más modesta condición. Pidió una audiencia al prelado y cuando la obtuvo le contó una historia triste, en tono lacrimoso y muy doliente. Monseñor no necesitaba más para conmoverse. La señora solicitó de él cien pesos, diciendo que los necesitaba con urgencia para salvar a su marido de una gran vergüenza. Le fueron acordados, tal vez dejando exhausto el bolsillo del gran arzobispo.

Tres días después fue a verle la amiga que me relató el episodio y le dijo:

Monseñor: sabe usted quienes esta-

ban muy elegantes en el baile de anoche, acompañadas por el papá y por la mamá, tambien lujosamente ataviadas? Las niñas de doña C. la que vino a llorar para conseguir de usted una suma. Esa misma noche, al salir de aquí, se fué a tiendas para hacer las compras de trajes para la fiesta.

Monseñor quedó algo mohino, al oir lo que le referían; pero fué un instante. Luego alzando la cabeza y con uno de sus nobles gestos exclamó:

Está bueno, si ¡Esa señora se burló de mí, pero eso me duele menos que si, necesitando ella realmente del socorro que me pedía, yo se lo hubiera negado, humillándola y afligiéndola!

Ese rasgo pinta a Monseñor de Meriño. Por su extremada generosidad, por su caridad tan noble, el gran arzobispo, al presentarse ante la justicia divina, ha debido rescatar su más grave culpa: alcanzar la eterna redención.

XI

Había yo recibido de París un par de jarroncillos japoneses, *nuténtioos*; monería muy de moda entonces en la gran villa -en donde Pierre Loti había introducido por medio de sus narraciones sobre el Japón-Hice obsequio de uno de los jarroncillos con un ramo de flores primoroso a mi ilustre amigo, para su oratorio.

Agradecióme lo él en una esquela que se ha perdido; no sé como.

Semanas más tarde, le envié otro regalo, al que correspondió con una carta que era una pequeña joya literaria, la cual no he encontrado tampoco y cuyo texto no recuerdo exac-

tamente.

El segundo obsequio fué motivado por la siguiente circunstancia: conversando en casa con nosotros, y usando de la confianza que ya le inspirábamos, nos preguntó donde podría conseguir ciertos objetos de tocador que le eran necesarios. Contestósele que nos informaríamos para darle aviso. Pero al siguiente día los encontré tan de mi gusto, que entrazándolos entre flores, se los envié en un bonito cesto; para hacérselos aceptar mejor. El los halló lindísimos y por eso escribió su bella carta. En resumen me decía que yo poseía un don admirable para enlazar con flores los corazones de aquellos que, como él, eran honrados con mi afecto; que el suyo era mi esclavo voluntario.

Tuvo él que hacer una visita pastoral a las provincias del Cibao. Su ausencia debía durar algo mas de un mes. Fué a anunciarnoslo y a despedirse de nosotros.

La noticia de ese viaje me entristeció tánto que hube de manifestárselo. El se conmovió y me dijo:

Mire Amelia, hija mía, [desde que yo había mejorado me llamaba así] yo

he pensado mucho en usted desde que resolví esa visita inaplazable que ya debía yo haber hecho. Sí; he pensado y crea que con toda el alma siento ausentarme por usted. Temo que recaiga usted en sus tristezas, porque se que no está usted curada de ellas. Su espíritu enérgico ha reaccionado entre su extremada melancolía; parece usted serena, pero no dudo que ella reaparezca a la menor contrariedad. Y pensando en ello, he buscado y creo haber encontrado un medio de distraerla. Escuche usted bien. Pues bueno: abra para mí solo, una especie de «Diario» que usted redactará con toda sinceridad de mujer, cada día me dirá usted en él sus impresiones, lo que le ocurra; hablará usted conmigo. De ese modo mi ausencia será más soportable para usted y le parecerá más breve. ¿Le parece bien mi idea? ¿La pondrá usted en práctica? Diga, hijita mía.

Sí, Monseñor, contesté tristemente. Bástame que usted lo desee y me lo aconseje; pero ¡ay! ¡qué diferencia! ....

Es verdad, hija mía! Lo comprendo. Estando lejos no podré yo asistirla, si le ocurre algo, como si me hallara aquí! Pero hay que saber resignarse

ante la necesidad de las cosas. Ensayo usted, hija mía, y se convencerá de que tengo razón.

Monseñor partió. Al día siguiente comencé a redactar mi «Diario». De este habló él mucho en las cartas que después me escribiera y que reproduciré luego aquí; tratando de hacerlo, lo mas posible, en orden cronológico, empleando otro órden solamente si es oportuno en mi intención.

Tuvo razón mi ilustre amigo al aconsejarme que le escribiera diariamente y hasta su vuelta.

El tiempo me pareció menos largo. Pasó, y Monseñor volvió de su viaje.

De ese modo comenzó él a inclinarme a la literatura; halagando así mis secretas aspiraciones literarias.

A su regreso le envié lo que tenía escrito para él. Iba guardado el cuadernillo en una cajita de terciopelo muy bonita. Copiaré en la segunda parte de esta obra, que principiaré en breve, la carta por la cual correspondió él este envío.

El quiso que yo continuara escribiendole en esa forma indirecta y de ese modo se han reunido muchos cuadernillos que conservo, ni sé como,

porque hele dado tan poca importancia a lo que escribí, que jamás lo he revisado, así no hubiera sido sino por curiosidad.

Cada día, a medida que se iba interesando en la lectura de mis impresiones, me instaba con mayor empeño para que escribiera algo para el público, encontrándome talento y gusto estético, decía él. Ya he narrado sobradamente en mi «Historia de una novela» la resistencia que hice a ese deseo de Monseñor. Tenía miedo al público; era demasiado tímida para exponerme a las críticas que tenía la seguridad de merecer si escribía alguna cosa. Mi ilustre amigo fué dominando esa timidez, sin vencerla enteramente -aun perdura- haciendo que mi esposo publicara, sin mi consentimiento, lo primero que apareció firmado por mí!

Lo que se proponía Monseñor era encontrar un recurso contra mi tristeza: proporcionarme una distracción poderosa, por medio de un trabajo que me interesara el espíritu y le absorbiera, si era posible.

Y lo consiguió muchas veces por que, cuando escribo, salgo un poco de mí misma. Me identifico con el perso-

naje que quiero retratar o crear y me olvido de mí. En los momentos actuales, desde hace casi un mes que estoy redactando en ratos desocupados estas memorias, vivo, por decirlo así, con Monseñor de Meriño presente; tengo su retrato a la vista y al escribir lo contemplo. Parécemе que en realidad veo a mi verdadero amigo; que lo estoy oyendo; que le hablo y que él me escucha con atención afectuosa; con bondadoso interés. Por eso me he extendido tanto hablando aquí de mí, apesar mío, contra mi propio querer, mas dominada por mis recuerdos tan gratos y tan tristes al mismo tiempo. Mi memoria me representa tan fielmente los detalles minuciosos que he dado sobre mis primeras entrevistas con Monseñor, que la pluma ha corrido, ha corrido; y no he sabido detenerla.

.....

Dedico este trabajo al Reverendo Canónigo, Don Rafael C. Castellanos; [*el querido Rafaelito* de mi ilustre amigo] conozco, hace tiempo, el amor y el reconocimiento profundos de este buen discípulo del gran arzobispo, por el que fué su mentor y su padre espi-

ritual. Las cartas autógrafas de Monseñor de Merlio para mí, también las depositaré en las manos del que hoy es mi estimadísimo amigo, segura de que él sabrá conservarlas como preciosa reliquia.

SEGUNDA PARTE

XII

Al principiar la segunda parte de estas memorias, debo acusarme de una grave falta respecto de la verdad histórica, cometida al finalizar la primera. Es cuando digo que la redacción de mi «Diario» hizo breve para mí el tiempo de la ausencia de mi amadísimo Pastor.

Consiste mi excusa en que, en las presentes páginas había querido no presentar en lugar importante otra figura que la del que me las ha inspirado. Pero es imposible, deseando ser exacta al narrar una historia de la época de mi vida más accidentada. Epoca en la que entraron tantos ele-

mentos distintos: el comercio, la literatura, la política: acontecimientos de familia que cambiaron, hasta cierto punto, la paz de mi espíritu. Todo esto me obliga a hablar de personalidades que nada quitan al relieve de la que tanto quiero honrar al escribir: antes por el contrario, pueden contribuir aunque sea indirectamente a ponerla mas de manifiesto.

La verdad es que después de la partida de mi ilustre amigo quedé tan triste que se temió verme caer de nuevo en mi pasado estado. Principié a redactar mis notas para el ausente, pero con una melancolía que me hacía encontar el cielo nublado, el sol pálido, el ambiente poco agradable, la vida sin aliciente alguno. Añadióse a esto una fuerte afección bronquial que amenazó castigar mis pulmones siempre delicados.

El más inquieto, entre los míos, fué mi hermano Eugenio. (*) Tenía él nociones de medicina: era muy aficionado al arte de Esculapio y muchas veces servía de galeno en la familia. Con-

---

(*) Eugenio de Marchena, comerciante, escritor, secretario de varias sociedades comerciales, filántropo, masón de alto grado.
Murió en 1883, a los 48 años de edad.

migo no se atrevía a tanto por creerme enferma de un género distinto a los que él curaba. Era yo como quien dice su hija predilecta. Desde pequeñita le había yo querido en extremo, obedeciéndole y sometiéndome a él en todo. El me correspondía con su afecto y su alta estima, lo cual era mucho, dado su carácter reservado y poco inclinado a la confianza.

Como yo no tuviera médico a decir verdad para asistirme, porque tan solo en consulta era que aceptaba uno que otro, como sucediera en la pasada crisis, desde que, primero por enfermedad y luego por ausencia indefinida, nos faltaba aquel que nos atendía a mi esposo y a mí desde mucho antes de nuestro matrimonio, empeñóse él en que recibiese y conservase en calidad de facultativo a Don Emiliano Tejera, cuyos conocimientos médicos le inspiraban absoluta confianza.

Siendo muy amigo suyo, ya le había él consultado para mí en otras ocasiones. Así es que Don Emiliano me conocía como enferma aunque no me hubiera visto. Aseguraba que podía mejorarme y estaba dispuesto a cuidar de mí.

No pude negarme a la solicitud de mi afectuoso hermano y condescendí en que me presentase a su gran amigo.

Trátalo, díjome Eugenio, como a tu médico anterior. Para lo moral y para lo físico, confía en él. Es hombre que merece tu confianza.

Así recomendado, entró, como si dijéramos, en mi intimidad, el que debía ser, aunque en orden muy distinto, el émulo en mi amistad de Monseñor de Merino; sin que jamás hiciera perder a este un ápice de su dulce influencia sobre mí, ni la menor partícula de mi veneración afectuosa por él.

De fama conocía yo hacía tiempo a Don Emiliano; y sabía de su carácter excéntrico y caprichoso, de su gran reserva, dudaba mucho de serle simpática. Pensé en que nuestras relaciones tendrían, por ese motivo, escasa duración.

¡Qué rara encontré, pues, y que gratamente satisfactoria, la bondad que él me demostró desde el primer día de nuestras entrevistas! Cuánto interés le merecí!

Sí! Don Emiliano Tejera, el sabio, el así llamado hasta en el extranjero por su extraordinaria inteligencia,

por sus vastísimos estudios generales, por su profunda ciencia económica y por todo: fué para mí tan cariñoso, tan espontáneo, tan sencillo, como lo fuera el mismo Monseñor de Meriño.

Durante mi enfermedad fué a verme diariamente, y cerca de mí pasaba horas enteras.

Al cabo de una semana, me decía, admirado él mismo al oírse:

Amelia. [su edad y sus condiciones le permitían llamarme así sencillamente] ¡qué extraño es eso! Apenas hace algunos días que la trato y me parece sinembargo que la conozco de toda la vida! Es usted una maga, de seguro! ¿Conquistarme así, a mí, un hombre tan rebelde a la confianza y tan poco formado para inspirarla? Es un prodijio este!

Y reía, con una risa que iluminaba su melancólico y sereno semblante: una risa que hacía fulgurar sus ojos, que tan bellos habían sido pero que importuna miopía velaba tiempo hacía, y lucía su perfecta dentadura, en un rostro fresco, abierto a la expansión. Yo calificaba esa risa de iluminadora.

Don Emiliano añadió, melancólico,

otra vez:

Sí, usted me ha conquistado. Su sinceridad tan rara: la sencillez de su alma; su clara inteligencia; su gran corazón: toda su espiritualidad han operado el milagro. Es usted para mí como una hermanita, casi como una hijita: no sé. Lo que sé es que temo quererla demasiado y que mi amistad la importune. Es difícil que un ser como yo inspire gran simpatía a otro de las condiciones de usted, muy poco afecto puedo esperar de usted y sufriría de quererla yo mucho, porque, apesar de mi apariencia adusta, soy sensible, Amelia! Usted lo estará comprendiendo, no es verdad? Lo reconoce usted?

Sí, Don Emiliano: contesté muy conmovida, compadecida íntimamente de aquella desolación moral que adivinaba. Sí! Lo he reconocido. Y por eso es que le prometo ser para usted una amiga afectuosísima. No sé querer sino a los seres sensibles. La sequedad de corazón me mortifica. Me repele, por decirlo así.

XIII

Las prescripciones médicas de mi nuevo amigo habían mejorado mucho mi salud. La bronquitis iba pasando; mis pulmones se fortalecían en tanto y mi melancolía era dulce y soportable, gracias al afectuoso empeño que se ponía en disiparla. Don Emiliano no hacía ya visitas diarias, por ser innecesario, pero cada semana le veía llegar dos o tres veces en las mañanas y permanecer conmigo conversando, largas horas. Ya era yo para él la reina Esther.

—Qué tiene de común mi triste personalidad, Don Emiliano, con la de la bella esposa escojida por el rey Asuero?

—Voy a decirle, Amelia: usted encarna, para mí, toda la poesía que puede caber en una mujer.

—Muchas gracias.

—Y la reina Esther es uno de los tipos de los tiempos bíblicos que yo he encontrado siempre más interesante.

—De acuerdo.

—Y como ella era judía y usted desciende de esa raza.

—Es verdad.

—Yo creo en la transmigración de las almas y he imajinado que el alma de Esther vivía en usted.

—Perfecto.

—¿No quiere usted que yo la llame así?

—Eso me halaga mucho, Don Emiliano, pero no lo haga delante de nadie, porque.....

—Se lo que va usted a decirme. Que me llamarán ciego y no miope. Ese es su tema. Pues nó. Verdad es que mi miopía no me la deja ver enteramente natural, pero su alma está visible en usted.

—Tan mal tiene usted la vista, Don Emiliano?

—Muy mal. Usted está a bien corta distancia de mí y sin embargo no la

distingo sino como al través de un velo transparente.

—Por eso me poetiza usted, dije en tono de broma, pero conmovida por la triste declaración.

—Esta miopía, continuó Don Emiliano, melancólicamente, apesar de su habitual estoicismo, esta miopía me ha hecho daño. Yo valdría el doble sin ella. Me ha perjudicado para muchas cosas. A corta distancia soy casi ciego.

¡Qué pena tuve! Nada dije, pero comprendí y compadecí muchas de las excentricidades de que acusaban a mi pobre amigo reciente y que a su enfermedad debían imputarse más que a él.

Y sentí verdadero afecto por quien era víctima de tal infelicidad.

Desde nuestras primeras conversaciones hablaba yo de Monseñor de Meriño a Don Emiliano. Decíale el entusiasta sentimiento que el ilustre ausente me inspiraba y como era correspondido.

Tan pronto pude escribir volví a la redacción de mi Diario y narraba todo lo que me reunía a mi noble corresponsal.

«¡Qué grato es esto! le decía. Y que

grato para mí!»,

Manifestábale mi impaciencia mayor de verle regresar y cómo contaba los días que faltaban para su vuelta. Entre él y Don Emiliano estaba yo bien sostenida. Ambos formarían, para servirme de firme apoyo en mis venideros desfallecimientos de cuerpo y de alma, un sólido bastón.

Cuanto me tardaba verles reunidos en mi casa cerca de mí!

Loca ilusión, como todas las formuladas y acariciadas en mi vida!

Monseñor de Merlño no podía contestarme. Hasta su regreso no vería mis comunicaciones; pero Don Emiliano respondió por él, echando por tierra mi vana esperanza, con un golpe rudo.

En vísperas de la vuelta de mi amado amigo, expresele mi contento y mi anheloso afan de verles cuanto antes, reunidos a mi lado, tan pronto me visitara el esperado.

Eso no puede ser, Amelia; díjome él muy serio y con tristeza. Lo siento por usted.

¿Por qué don Emiliano? Qué pasa? Temerá usted que yo me muestre en pesencia de Monseñor menos buena

amiga de usted que ahora en su ausencia?

No Amelia; no es eso. Es que el padre Meriño y yo no estamos bien.

¿Que no están bien? Qué significa?

Hace tiempo que rompimos.

Don Emiliano, usted no me había dicho nada de esa enemistad. Y sin embargo yo le hablaba de Monseñor diariamente.

Me daba pena. Estaba usted enferma y yo temía hacerle mal, la veía tan entusiasmada! Sí, temía! Y que usted me quisiera mal a mí por no ser amigo de él.

Don Emiliano, Don Emiliano, cuanto sufro con lo que usted me revela; pero no me conformo, no! Qué me importa lo que a ustedes les separó. Es necesario que ahora se unan otra vez! Es necesario, si ustedes me quieren ambos, como lo decantan. Yo no podría vivir sino martirizada entre usted y Monseñor, enemigos! No ha querido usted *meterse de intruso* en mi corazón? Pues es preciso sufrir las consecuencias de ello. Yo quiero unir en mis débiles manos las diestras de ustedes! Complazcame, Don Emiliano!

No se empeñe, Amelia! Sabía que usted iba a sufrir y por eso callaba. Pero no tema! No haré daño nunca al que usted quiere tanto! Tenga usted la seguridad de ello!

Callé abatida. Don Emiliano se retiró tristemente, pensando sin duda que mi amistad para él se resentiría de sus declaraciones.

No fué así, como tampoco que yo, derrotada una vez, me diera por vencida completamente. Propúseme aguardar una ocasión favorable para volver a la carga y triunfar.

Monseñor de Meriño regresó.

Tardó días en ir a vernos. La afluencia de visitantes que iban a darle la bienvenida, impedíale salir de palacio. Fué un expreso a saludarle y me trajo mil recados de su parte. Encontróle rodeado, pero él le aseguró que pronto nos visitaría.

Así lo efectuó.

Cuánto placer tuve en recibirle! Y él ¡cuánta satisfacción en verme más restablecida y ya ocupada en los asuntos de mi casa!

Habíale dicho mi esposo que a Don Emiliano se debía mi restablecimiento después de una seria enfermedad. El

nada contestó. Había comenzado a leer mi «Diario» y ya lo sabía todo porque yo quise, apesar de las revelaciones de mi nuevo amigo, que Monseñor no ignorara lo que anhelaba mi corazón respecto de él y del que era mi médico actual.

Comprendí su reserva y la imité.

Era tan distinto lo que ocurría de lo que yo imaginara a la vuelta de mi tan querido amigo!

Don Emiliano espació sus visitas a mi casa y luego se fué al campo como lo acostumbrara anualmente a pasar una temporada de tres meses, salvo alguna circunstancia que le hiciera volver antes. Decíame él que eso le daba vida por el resto del año, por convenir a su salud delicada y a su constitución poca robusta, ademas de que allí se entregaba a ocupaciones agrícolas que eran un encanto para su alma.

No me olvidaba. Aunque no escribiera, siento poco afecto a las correspondencias epistolares, estaba yo convencida de que su admiración por mí no variaba. Como no disminuía mi gratitud por él no permitiéndome su carácter especial, indiferente a toda exterioridad, darle muestras materia-

les de mis sentimientos, por medio de obsequios y otras atenciones, desquitábame con su familia. Quise ser y lo fuí, la más afectuosa amiga de su esposa, la dulce y abnegada Doña Clara, hermosa personificación de la mansedumbre y de la bondad; la *madrinita* amorosa de sus pequeñuelos que hasta a saltos me encontraron siempre maternal. Ellos me correspondían con afecto. La confianza que les inspiraba me lo probaba así y yo cada día les quería más sabiendo que Don Emiliano me lo agradecía, siendo un *tierno* en el fondo de su corazón para los suyos y para mí.

Sí! Un tierno, apesar de su aparente sequedad! Creo, y con convicción muy honda puedo afirmarlo, que su escasa vista era la causa de que se le juzgara muy *otro* de lo que hubiera parecido gozando de tan preciosa facultad en toda su plenitud.

¡Pobre amigo mío! Mi afecto por él era un reflejo del que le inspiré. No nació de simpatía espontanea: puedo decir, como el que experimenté por Monseñor de Meriño: pero mi compasión por su desventura lo aumentó y el estoicismo con que él soportaba esto

acrecentó la admiración que me mereciera.

Mas tarde explicaré estos dos afectos que ocupan tan gran lugar en mi corazón, sin combatirse, siendo tan puro y desinteresado el uno como el otro.

Ahora vuelvo a Monseñor de Meriño.

XIV

Por complacerle continuaba yo redactando mi «Diario» para él y de ese modo sabía mi ilustre amigo lo afanosa que era mi vida. Y como no ignorara que mis frecuentes enfermedades tenían siempre por causa excesos de fatiga o grandes disgustos, y por lo regular ambas cosas acumuladas, me escribía lo siguiente en 1891 en la que llamaré

CARTA 1ª

Amelia, cara y apreciada hija mía:

Esta tarde iba a tener el placer de verla., Hasta hice venir el coche, que

BIBLIOTECA NACIONAL · SANTO DOMINGO, R. D. ·

me aguardó mas de media hora. Pero el viento era insoportable y el polvo ahoga a uno hasta dentro de la casa. Iré otro día.

Y como iba, leí su último cuadernillo, con la intención de llevarlos todos y de echar unos párrafos referentes a ellos. Se los mando aunque no voy.

Mientras tanto, aliéntese! Sacuda a plumadas la tristeza y adelante! Continúe su diario.

Cuando ví el cofrecito que lo contenía, dije para mí: «Es apropósito; encierra joyas del alma!»

Y ¡cuan grato me es leer esas páginas en las que usted se me viene a los ojos, tal cual es, con la mayor naturalidad! Lástima que viva usted tan llena de atenciones, no pudiendo disponer de mas tiempo para escribir! Las naturalezas puras de artistas como es la suya, deberían ser libres y no celebrar otras nupcias que las santas del espíritu con la luz que las seduce y cautiva!

Y ¡me despido! O mejor: supóngame allá y háblemo mucho en su «Diario».

Su afectísimo Q. B. S. M.

Padre Merino.

Monseñor no exajeraba al apenarse por mi condición. En realidad yo era esclava verdadera de mil deberes, superiores a mis débiles fuerzas físicas. Pocos días antes había él estado en casa y le dijeron que yo confeccionaba la comida de la tarde, no teniendo sirvienta. Apenas pudo verme. Retirose por temor de molestarme en mis faenas. Supe que se había propuesto no volver a esa hora por no molestarme, así ocupada en tareas que comprometían mi salud y tan poco conformes a mis aptitudes naturales.

Ese día le había prometido estar libre para recibirlo antes de las cinco y por eso iba.

De nuestras primeras entrevistas, había conservado una impresión penosísima al verme tan enferma y desesperada. El miedo de que yo recayera en aquel estado, del que con tanta dificultad había salido, le movía a repetirme constantemente, tan pronto tuviera noticia de que yo volvía a descuidarme para consagrar toda mi atención y mis esfuerzos al cumplimiento de mis compromisos abrumadores:

—Amelia, por Dios, cuídese! No olvi-

de que es usted muy delicada!
Cuídese por Dios, hija mía!

XV

Poco después recibía yo esta otra carta, a que dió motivo un asunto de familia, sobre el cual fué él consultado y del que yo le diera parte en mis periódicas comunicaciones.

Carta 2da.

Mi nobilísima y querida Amelia:

Acabo de leer las cortas páginas de su «Diario» de ayer tarde y de hoy.

Tranquilícese, hija mía! Nada hay en ellas que pueda preocuparla con razón y, menos aún, hacerla sufrir. Cuide sus nervios, amiga mía!

.....

.....

Esos puntos suspensivos reemplazan unos párrafos en que él me hablaba del asunto que causaba mi mortificación. Respecto del caso, dábame su opinion franca. Y continuaba:

—¡Nó, nó! No he mencionado a usted sino como debo hacerlo y usted lo merece: para honrarla y hacerla amar mas y mas de los suyos y de los extraños. Sí! Confieso que hablé a mi ahijado A. y a la esposa de éste de su novela; la que yo solo conozco. Y ¿porqué no deja usted que su corazón diga lo que siente? Despues de haber leido esa obra suya, lamento más profundamente no haberla tratado diez años antes! Juro que no sería usted una enferma, y que ya se habrian cosechado preciosos frutos de su fecundo talento!

Suyo del alma,

Padre Meriño

Siempre tuve que agradecer a mi amadísimo amigo esa prueba de desinterés en su amistad. Lejos de demostrar el egoismo afectuoso de otros que no quieren sufrir rivalidad ni aun en sentimientos de familia, él se empeñaba en hacerme querer como él me que-

ría, en que se me estimara y conociera de igual modo.

Así también señalaba a mi particular aprecio a aquellos preferidos de su corazón tan noble. Por él conocí y o y estimé los altos méritos del que es hoy su sucesor en la silla arzobispal: su Señoría Ilustrísima, Monseñor Adolfo Alejandro Nouel.

«El padre Adolfo, decíame Monseñor de Meriño, en los últimos años de nuestra amistad: el padre Adolfo ¿usted no le conoce, Amelia? Es para mí un hijo. No sabe usted cuanto me alegro de que sea *persona grata* a la corte pontificia! Así podría lograrse fácilmente que se le nombre mi coadjutor ahora, y después el que sea consagrado Arzobispo de Santo Domingo. Son mis votos por la iglesia y por él.

Dios quiso escucharle. Túvole de compañero y muy pronto le sucedió, como él lo deseaba.

Una de las más honradoras relaciones de las que me proporcionó mi ilustrísimo amigo fué la de Don Manuel de Jesús Galván.

A su antiguo condiscípulo hacíale él de mi grandes elogios. Cuando se dió a la luz pública mi novela «Madre Cul-

pable» envió en mi nombre un ejemplar de la obra al insigne escritor y jurisconsulto. Don Manuel me correspondió, dándome las gracias, en una de esas cartas que, con gracia magistral, solía él escribir. Pediame el permiso para visitarme, a insinuación de Monseñor, y galantemente me rindió homenaje. Su primera visita inició una amistad, para mi gratísima, entre él y yo, durante años.

Mi querido arzobispo me decía, luego que vió el resultado de su noble iniciativa:

—Amelia, ¿se convence usted de que es una caprichosa? Por timidez se negaba a enviar a Manuel su novela y mire como él le ha correspondido. No le agrada el juicio que ha publicado respecto de ella? Está satisfecha?

—Oh Monseñor! Nunca esperé tanto! La benevolencia de Don Manuel para conmigo la debo a usted!

—Es que usted lo merece, hija mía! Usted merece eso. Y persuadase de que Manuel es hombre capaz de apreciarla a usted. El sabe estimarla.

Mi esposo me leyó el juicio del autor de Enriquillo, al mismo tiempo que las hermosas páginas que Don Fe-

derico Henríquez y Carvajal dedicara a mi pobre obra. Habíanle halagado mucho y, no pudiendo yo leer en esos días, halagóme tambien con dicha lectura.

--Federico, como me lo nombraba Monseñor de Meriño, al señalármelo como amigo y antiguo discípulo suyo en más de una ocasión, fué siempre consecuente conmigo, estimulandome en mis trabajos literarios. Hoy que le llamamos el Maestro de Maestros, soy su deudora, puesto que le merezco un gran afecto y muchas atenciones.

En cuanto a Don Manuel de J. Galván, cuán triste me es decir que la política puso sombra en una amistad, llena de encantos para mí!

Sí! Esa política que he debido maldecir tantas veces porque ha alejado de mi lado seres queridos, separados en bandos distintos! Por no encontrarme en mi casa con personas que la frecuentaban y que, siendo de opinion contraria a la suya, juzgaba él como enemigos, dejó Don Manuel de visitarme antes de su partida del país, al que no volvió jamás! El me creía enojada por el juicio que emitiera respecto de mi novela «Francisca Martínez». A

Monseñor, nuestro amigo tan respetado, encargué yo de desengañarle y díle a él mismo muchas pruebas de lo contrario; hasta que él reconoció mi *generosidad*, como decía en una de sus cartas que conservo.

En la última visita que me hiciera, confesóme lo que llevo dicho anteriormente, quejándose amargamente de mis amigos que tanto daño le hicieran después del *26 de Abril*.

Recuerdo que lloré ese día en su presencia; por la pena que me causaron sus palabras. No volví a verle mas, porque se ausentó; y a poco murió en Puerto Rico.

XVI

Continuaré refiriéndome a lo que me escribía Monseñor en lo que llamo aquí carta segunda.

Hablaba él de una novela. Era esta otra, aún anterior a aquella sobre la cual calqué mi «Madre Culpable» extendiéndola. Escrita en plena adolescencia, le admiró por la profundidad de ciertos pensamientos y la exactitud de algunas descripciones y por el estilo, bastante orijinal, dados mis pocos años y mi ninguna preparación. Esto lo decía él. Yo no le encontraba mérito alguno y como contenía algunos episodios, que podían suponerse *vividos* y disgustase a la familia, preferí des-

truirla, apesar de la voluntad de mi ilustre amigo. De ella extraje unas páginas que me servirían para otros trabajos ulteriores.

En cuanto a su firme creencia de que yo, consagrada desde la época en que él deseaba haberme convertido a una vida de arte puro y sin trabas para desarrollar por completo mis facultades intelectuales, había sido otra enteramente distinta, tanto psicológicamente como en lo moral, esa era inarraigable. La misma absoluta convicción tenía Don Emiliano Tejera y es posible que ellos no se equivocaran. Mi nerviosidad por amor al retiro; mi disgusto del bullicio del mundo, todo eso ha dependido de las circunstancias que en mi existencia han tenido curso. El ambiente respirado de continuo, hostil a mi naturaleza toda, ha venido disponiéndola desde temprana edad y no se jactaba Monseñor al asegurar que él hubiera podido influir decisivamente en mi destido de haberme conocido antes. Mi hermano Eugenio, que hacía de jefe de la familia por la enfermedadque postraba a mi ya viejo padre, le veneraba a tal extremo y le tenía en tal concepto que yo misma

pude creerle exajerado, cuando aún no había experimentado el magnetismo del gran Merlino.

De haber empleado éste su elocuencia persuasiva para convencerle de que era una necesidad vital para mí un cambio de ocupaciones, orientaciones distintas, mi hermano, que me quería como he dicho; que me juzgaba inteligente y había tratado de inclinarme a escribir articulillos para periódicos y cosas ligeras, siendo por sí mismo tan aficionado a las letras que cultivaba con amor en sus ratos perdidos, cede probablemente a las instancias del que se proponía como mi maestro y me permite toda libertad para el estudio y para la literatura.

Así me lo escribió, después que fué publicada «Madre Culpable» y que se la dediqué, acusándose con dolor de haberme perjudicado en mi destino; por ignorancia de mis aptitudes. Fué un admirador de mi novela. Su carta que encontré ha poco, entre otras muchas de esa época, me conmovió el alma por la humildad y el gran afecto que en ella demostraba el pobre Eugenio.

¡Vivió tan corto tiempo después de eso! El que se proponía resarcirme,

favoreciendo mi labor futura literaria, todo lo mas que pudiera, por el daño que decía haberme hecho!

XVII

Carta 3ra.

Amelia, mi apreciadísima amiga: le remito lo que le ofrecí ayer: las sabrosas cartas de George Sand a Gustave Flaubert y las de éste a ella. No dudo que gozará leyéndolas y que así se distraerá algunos ratos.

Soy su muy afectísimo
Q. B. S. M.
Padre Meriño.

La víspera en la tarde, había él ido a casa. Hablamos de literatura. Díjome él de esas cartas que acababa de leer. Le manifesté que la popular y

fecunda escritora francesa me agradaba por muchas de sus obras que conocía, pero que como mujer la interpretaba yo muy mal; que no la entendía. Contestóme:

—Lea esa correspondencia. Se la voy a enviar. La madre de familia y la abuela se revelan en ella admirables. Verá usted, Amelia, como la encantan.

Y así fué. George Sand es deliciosa en su vejez. Como ama de casa, como amiga: como todo!

Cuando dije mi opinion a Monseñor, quedó él muy complacido. Así de ese modo cambiábamos impresiones frecuentemente. Casi siempre estábamos de acuerdo sobre nuestras lecturas de libros que yo le prestaba o con que él me favoreciera. Era un placer muy grande para mí.

CARTA 4TA.

--Amelia, mi muy querida y respetada hija:

Usted previó las dificultades que iba yo a tener para ir donde usted. Esta tarde no me será posible sino llegar, verla y salir. Para eso, prefiero ir o-

tro día. Lo que me priva del gran placer de pasar un rato con usted es una atención impretermitible. Pero aliéntese, hija mía! No desmaye y levante el ánimo! No puede usted imaginarse cuanto sentí ayer dejarla triste! Su aflicción me conmovió el alma; afortunadamente, después la ví algo disipada y ésto me hizo apreciar mas su carácter.

Su respetuoso amigo que tanto la distingue y admira

Padre Meriño

Sí! yo había llorado esa tarde y Monseñor se acusaba de mis lágrimas y por tal motivo, para excusarse de nuevo, tenía tal empeño de volver a casa. Lo que dió lugar a todo fué lo siguiente:

En esa semana el presidente Heureaux había hecho ejecutar a una persona amiga de la familia en provincia. Habíanme ocultado el caso. Monseñor lo ignoraba. Cuando llegó se encontraban visitandome Don Francisco Gregorio Billini, el noble expresidente de la República, escritor y periodista notable; y Don Miguel Román, afectuosísimo amigo, respetado como un padre

de mi esposo y mío: admirador entusiasta del gran arzobispo. Ambos callaban sobre lo ocurrido; pero en la conversación general que se entabló, su ilustrísima pronunció el nombre de la víctima y los otros creyeron permitido decir algo. Yo que sospechaba lo que no se me quería revelar, comprendí, y sin poderlo evitar, estallé en sollozos. Monseñor se juzgó culpable, excusando a los demas que se confundían:

--Soy un torpe! exclamó. Se que ella es sensible en extremo! Debía haber pensado....!

Todos se apuraron mucho. Por tranquilizarlos supliqué me permitieran retirarme un rato hasta serenarme. Entré en mi habitación y, dos minutos después, salí y aparenté distraerme.

Al retirarse me prometieron volver al siguiente día. Yo escribí en mi «Diario» a Monseñor, excusándome de haber sido muy poco dueña de mis nervios.

Mi buen amigo Don Miguel me había pedido que le proporcionara una entrevista con su gran ídolo, no acostumbrado a visitarle y deseando ha-

blarle menos rodeado.

Hícelo y Monseñor me contestaba:

CARTA 5TA.

Carísima mía y respetada:

Puede usted decir a Don Miguel que venga esta tarde de cinco a seis. No saldré. Y mañana iré a ver a Mr. Becker.

Entre tanto; nota usted como mi letra se va pareciendo hoy a la de *oiorta personita* que usted y yo conocemos mucho?

Besa sus manos su muy afectísimo de corazón.

P. Meriño.

Mi amado amigo se divertía dándome bromas con mi letra tan variable.

La visita que me prometía hacer a Monsieur Becker era otra de sus complacencias conmigo. Yo se la había suplicado.

Era dicho señor un notable explorador y colonizador belga: el último que quedaba de los cuatro enviados por el gobierno de Bélgica para la obra civilizadora en una parte del Congo. Todos sucumbieron por etapas, debi-

do a las fatigas de la colonización.

No se a que asunto había venido a Santo Domingo. Amigos de Europa le recomendaron a mi esposo, así como a su única hermana la señorita Becker, adorada por él y que le correspondía del mismo modo.

Los dos hermanos tendrían de 38 a 40 años. Eran simpáticos, robustos, agradables: de trato ameno. Nos visitaron. Prendáronse de mí y llegaron a proponerme acompañarles a Europa cuando ellos partieran de regreso, a su vuelta de los Estados Unidos, a donde se dirijieran.

¡Pobrecitos! Quien les hubiera dicho lo que el destino les preparaba? En Nueva York sufrió la hermana una operación quirúrgica de la cual murió. El dolor del hermano fué espantoso; según contaba el médico amigo que les acompañó. El desgraciado Mr. Becker perdió desde entonces el equilibrio de sus facultades. Cuando volvió a Santo Domingo, no era el mismo. Enfermó y, como Monseñor le conocía por haber estado en palacio con su hermana, antes del funesto viaje, me empeñé mucho en que fuera a verle y tratara de alentarle. Y el fué

por compasión y bondad. Hízolo por satisfacerme tambien al verme tan interesada, tan conmovida por desgracia tal.

Mr. Becker regresó a su patria casi demente. Mas tarde nos dijeron que volvió al Congo, donde había muerto.

Esa lamentable noticia impresionó casi tanto a mi ilustre amigo, como a mi esposo y a mí.

Conservo los dos volúmenes escritos por el infortunado colonizador en los que relata la historia de esa obra de progreso civilizador; los que él me regalara en su primer viaje.

XVIII

Un duelo en la familia de mi esposo nos había afectado mucho y aumentado en éste uno de esos quebrantos que con frecuencia le aquejaban, obligándole a vivir sometido a un régimen severo, so pena de graves consecuencias si lo olvidaba alguna vez. Siendo joven, debía curar su salud como si estuviera cargado de años y fuera ya un valetudinario.

Don Emiliano, vuelto a la ciudad, le asistió como médico y con mucha eficiencia, mejorándole muy pronto. La fatiga que me produjeran, los asiduos cuidados que su enfermedad necesitó, deprimió demasiado mis fuerzas. Mi

nuevo amigo se empeñó en que convaleciéramos en el campo, y tanto hizo que fué atendido. Como Monseñor siempre deseaba verme respirar mejor aire, en medio de la naturaleza, y llevar vida mas expansiva, siquiera por algun tiempo, unió sus instancias a las de nuestro médico, y aplaudió la resolución que tomamos de satisfacer a este.

Mucho anhelaba yo, hacia largos años, una temporada en las afueras de la ciudad, sin que me hubiese sido dado realizar mi anhelo. Ansiaba cambiar un tanto de género de existencia; moverme en mayor espacio y ensanchar mis pulmones libremente, fuera del reducido recinto de mi casa.

Mi hermano Eugenio, sabedor de lo que ocurría y solícito siempre en mejorar mi salud, nos facilitó grandemente la ejecución de nuestro proyecto de temporada campestre, proporcionandonos una quinta, o estancia, (como las llamamos por aquí) a cierta distancia de la villa y próxima al mar. Eso era lo ideal; para mi esposo que, empleado en la ciudad, no podía alejarse mucho de ella, debiendo tan pronto se sintiera repuesto, volver a su ofici-

na diariamente: para mí que imperiosamente tenía necesidad de saturar mis pulmones de emanaciones salinas.

Eugenio me favoreció también con recursos, no ignorando que los nuestros eran escasos. Así, ayudados, pudimos partir sin tardar.

Para corresponder a las bondades de mi hermano, quise llevarme conmigo al campo a una de sus hijas, casi adolescente y salvada de una fiebre tifoidea que la dejó muy mal; acompañada de una primita suya de la misma edad también sobrina mía. Ambas eran de las que yo llamaba mis hijitas y por haberlas adoptado como tales, en mi corazón, cuando aún contaba pocos años, de las que me tenían por su *madrecita jóven*. Las llevé para reponerlas, para que se divirtieran en libertad, rodeándoles de cuidados y de mimos. Y al efecto les añadí otra compañera, en la persona de una parienta mía de edad, querida y estimada por mí, lo bastante para encargarla de representarme cerca de ellas en sus correrías, a las que mi delicada salud no me permitía asociarme. Los recursos que me suministró mi hermano permitiéronme todo ese lujo

por un mes.

¡Mes delicioso para mis acompañantes que no lo han olvidado!

Gozaba yo en viendoles adquirir preciosos colores en sus mejillas, alegría en su ánimo, lozanía de flores recién abiertas, a las menores; fuerzas mayores, a las de edad! Qué apetito devorador les daba el baño de mar y qué exuberancia de vida despertaba en ellas!

Cuando, desde el interior de la quinta, íbamos a la playa, cargaban las chicas con mi sillón largo, todas las mañanas, de ocho a diez, antes de que el sol se hiciera sentir con fuerza importuna y me hacían recostar en él, para que yo así en reposo las contemplara, jugando, corriendo, saltando; insultando a las olas que nos salpicaban al estrellarse cerca de nosotros y tan contentas que daba encantò verlas! A la parienta la obligaban a imitarlas y ella, bondadosamente, se prestaba a todo por complacerlas.

En presencia del vasto horizonte, soñaba yo. Esparcía, por decirlo así, mi espíritu aspirando, con toda la fuerza de mis débiles pulmones, el aura balsámica impregnada de perfu-

mes silvestres y marinos...! Todavía amaba mucho el mar, todavía amaba el campo con deleite! Escribía a mi ilustre amigo mis impresiones porque él no pudo visitarnos durante ese mes de solaz y de contemplación.

Don Emiliano estuvo una mañana a verme y quedó encantado del cuadro que ofrecimos a su vista.

—Así querría yo que pasase usted un año entero, Amelia! Gozando en calma de la naturaleza. Le garantizo que su salud se restablecería!

No podía ser esto. Hube de volver a la ciudad; a mi casa; a mis faenas anteriores. Sí, habíame fortalecido bastante; mi esposo lo mismo; y devolví a sus familias las compañeritas que me había llevado, frescas y rosadas; en ese mes de Mayo que había sido espléndido en grado igual a la blancura que ostentaba su tez brillante de salud. Fué esa una satisfacción para mí que compensó los cuidados que les había prestado.

Una gran pena me esperaba pocos días después de reintegrarnos al hogar.

XIX

Tuve la inesperada noticia de la muerte de una persona a quien yo había querido mucho y de la cual me alejaran circunstancias enojosas. No obstó eso para que mi corazón sufriera un golpe rudo, del cual tardó algún tiempo en reponerse.

La persona fallecida era íntima amiga de Monseñor de Meriño, quien la estimaba en alto grado y la sentía profundamente.

Escribióme él contestando a lo que yo le decía en mi «Diario».

Carta 6a.

Gracias del alma, mi apreciada

Amelia, por sus demostraciones de afecto que me honran!

Y está bien! Recibiendo usted de las 5 en adelante, me será más fácil tener el gusto de ir a verla.

En estos días de nuestro duelo, ¡he pensado tanto en usted.....!

Hasta pronto

Su affmo.

P. Meriño

Don Emiliano también me acompañó en mi pena puramente por afecto hacia mí. Con gran frecuencia fué a verme. Yo no abandonaba mi secreta idea de unir a mis dos amigos tan íntimamente dignos de mi estimación. Al efecto, volví un día a traer ese punto con el que ya conocía mis deseos.

—Usted y Monseñor son tan buenos para mí! Don Emiliano, se lo suplico, por amor de Dios! Vuelva usted a ser amigo suyo, si quiere probarme mejor el cariño que me tiene! Yo sufro por esa distancia entre ustedes!

—No insista, Amelia! interumpióme él. Usted me apena inutilmente. Usted quiere al padre -así lo llamaba siempre- con todo su entusiasmo y lo comprendo, porque del mismo modo

le quise yo. Tal vez más tarde cuente a usted lo pasado entre nosotros para que usted juzgue. Le quise con mi alma. Por él todo lo sufría. Estuve en la cárcel, fuí expatriado. Por él hubiera dadó la vida! Era un enamoramiento el mío! Lo que poseía estaba a su disposición. Para mí no había otro hombre como él! y después.....

—Calle, Don Emiliano! No me diga más! Es verdad; dejemos ese asunto, porque me hace daño! Yo *quiero creer en Monseñor! quiero creer* y por eso no puedo oir a usted!.....

—No tema, Amelia! No la disuadiré de su afecto por él! Tal vez no tenga usted nunca motivos para quejarse! Comprendo lo que le pasa. El padre es hombre que seduce; muy diferente de mí. Aunque en su vida ha dado poca cabida a las mujeres, ni aun a las de su familia, puede haber cambiado con los años y ser un buen amigo para usted que sabe cautivar.

Como yo callara, llena de tristeza, añadió:

—Por lo que le digo, no abrigue usted ningun cuidado. Si le digo que abandone la idea de reunirnos es por que jamás podríamos él y yo volver a

ser lo que fuimos. Desde que rompimos tan solo nos hemos encontrado juntos una sola vez. Y sufrí mucho. Así, separados, estamos mejor. Tenga usted la seguridad de que nunca le seré hostil y que en cuanto me sea posible servirle, lo haré, así no fuere sino por amor a usted. De mí no tema nada por él, Amelia!

Hube de bajar la cabeza, resignada, pero muy triste. Y puse empeño igual, al que tuviera antes en reuniros, en que no se encontrasen nunca en mi casa.

Sin embargo, sucedió.

Don Emiliano no solía ir a casa de tarde, sino en las mañanas. Ese día llegó como a las tres y media de la tarde y permanecía hablando conmigo hacía más de una hora, cuando, sin esperarlo, se detuvo en la puerta principal de entrada de la casa, el coche de mi ilustre amigo. Oí a éste saludando fuera. Dije a Don Emiliano con precipitación:

—Ahí está, Monseñor: Puede usted salir por la puerta de esta habitación, sin que él se aperciba de que estaba usted aquí; antes de que venga donde mí.

—Sí, Amelia, contestó Don Emiliano. Pero no se movió, aunque yo me levanté para abrirle la puerta.

Pasó un momento y no hubo tiempo para lo que yo deseaba.

Monseñor aparecía en mi habitación y veía a su antiguo amigo sentado y a mí de pié.

¿Qué pasó en ambos? Después pensé que la emoción paralizó a Don Emiliano. En el instante me irrité interiormente contra él. Dominándome, recibí como siempre a mi amadísimo arzobispo, quien me correspondió.

El saludó con la cabeza a mi otro amigo. Este respondió con un sonido gutural, mas bien que con palabras y gesto, a aquel saludo y quedó inmóvil.

Yo estaba sobre ascuas. No pudiendo contenerme, al cabo de un buen rato, exclamé:

—Monseñor, va usted a permitirme despedir a Don Emiliano. El se retiraba apremiado por asunto urgente antes de llegar usted y yo le hice detener por motivo vital. Temo haberle perjudicado grandemente. Con toda nobleza y con faz casi sonriente, hizo mi ilustre amigo un gesto de aquiescencia con la cabeza y con la vista.

Ya vé usted que Monseñor le escusa, Don Emiliano. A mí me perdonará.

Con otro sonido casi inarticulado, pareció que el aludido contestaba: Sí.

Empero, permaneció sentado como si en el asiento le clavaran. Transcurrió otro rato de conversación entre Monseñor y yo, después del cual levantóse éste con la mayor naturalidad diciendo:

—Va usted a dispensarme, Amelia. Mi visita es corta porque solo vine de paso. Tengo otra que hacer esta tarde. Volvere pronto a verla. Tenga la bondad de saludar por mí a su esposo.

Tendióme sus manos, como lo acostumbraba, estrechó en ellas las mías con el afecto de siempre y, saludando otra vez cortesmente a Don Emiliano, salió. Apenas le reconduje unos pasos volví donde mi hosco amigo.

Prorrumpí desde luego:

—Lo que acaba usted de hacerme no se lo perdono, Don Emiliano ¡Cuánto me ha mortificado! Oh! He sufrido. Por más que quise facilitarle la despedida, siguió usted ahí, con su *cara de miopo*, como sinó entendiera!

—Es, Amelia, contestóme él sencillamente, aunque visiblemente con-

movido, es que pensé que el padre al comprender que yo me iba por no verle, hubiera sufrido... y preferí quedarme .....

¡Oh almas grandes! espíritus sublimes! Por qué os conocí, tan tarde, desunidos? Por qué siendo tan estimada y querida por ambos, fuéme negada la dicha de unirlos otra vez?

XX

Nada ignoraba Monseñor de mi amistad con Don Emiliano, aunque solo de un modo indirecto nombrara yo a este en mis conversaciones con él. Sabía mi ilustre amigo el culto que me rendía el otro y la adhesión con que me servía en todo. Nunca hizo alusión a ello, sino en sus cartas, cuando repetidas veces me decía:

--Muchos la quieren y la estiman; pero sepa que no soy segundo en el número; que nadie la estima mas que yo!»

Un día tan solo, por primera y única vez, habló me él directamente de Don Emiliano. Fué después de haber-

le encontrado en casa. Y se refirió al rompimiento que tuvo lugar entre ellos. Ah! Ese día pude medir la capacidad afectiva del corazón de Monseñor de Merifio y la profundidad del sentimiento que le había ligado a mi otro amigo, por el dolor que se reveló en él.

Muchas veces tuve ocasión de ver los ojos del ilustre arzobispo arrasarse en lágrimas de compasión por mí; pero sin que ellas brotaran. El día a que me refiero dos perlas nítidas, salidas del alma, escaparonse, apesar de su enérgica voluntad, y surcaron el rostro hasta los labios contraídos, en donde se perdieron! Esas lágrimas me dejaban ver en el fondo la herida no cicatrizada: la terrible desgarradura! Oh, Monseñor querido! Su pena inmensa conmovió en sus íntimas fibras mi corazón como las mías conmovían el suyo! Así dolorido: así lastimado; ¡cuanto le quise! Con voz alterada le oí decir:

—Amelia, yo le quería como a un hijo! Conmigo vivió mucho tiempo! Supe que había dicho de mí que yo era tan.....

—Calle, Monseñor! estalló.

¡Calle! No puedo oir más! Mire co-

mo sufro! Me duele el alma!

.....

Jamás quise indagar cual fué, de esos dos seres que sabían amar de un modo tal y padecer tanto por dejar de quererse, el culpable de lo que les separó. Preferí creer siempre que ambos, siendo dignos el uno del otro, fueron víctimas de la fatalidad que horriblemente pesó sobre ellos.

¿Por qué debía caberme también la desgracia de verles desunidos? Esos dos hombres de otras épocas a mi lado, elevándome en mi propio concepto por el amor que me profesaban, ¡cuán feliz me hubieran hecho, comulgando conmigo en el altar del patriotismo, del puro afecto, de la caridad!

De la trinidad que formáramos no habría podido resultar algo grande? En tanto que desligados, trabajando aisladamente, nuestra labor fué imperfecta, estéril, por mucho que supiéramos sacrificarnos al ideal!

XXI

Comprendiendo Don Emiliano que me era doloroso cuanto me dijeran en perjuicio de mi ilustre amigo, pareció complacerse, por el contrario, en referirme, siempre que la ocasión se presentaba, datos ignorados sobre el pasado de Monseñor de Meriño; sobre la antigua amistad que les hiciera inseparables; todo en honor del que yo tanto honraba.

¡Cuánto le agradecí esta delicadeza y cuánto ascendió él por ella en mi estimación!

Llegué a quererle casi en el mismo grado que a mi otro amigo, aunque ese cariño revistiera un carácter dis-

tinto del mío por Monseñor. Con este *bogaba yo en pleno azul*. Nuestra amistad se mantuvo constantemente en las altas esferas de la espiritualidad. Tenía una poesía, una idealidad encantadoras. Nuestras conversaciones jamás versaban sobre asuntos vulgares, sobre materialidades prosáicas. Consecuente desde su origen, fué siempre tan noble como se inició; delicada y sublime.

En mis relaciones con Don Emiliano entró el positivismo con pleno derecho. No fué como médico que principié a tratarle? Pues natural era que las dolencias físicas, las trivialidades domésticas, las mezquindades económicas: todo lo que compone lo ordinario de la vida, tuviesen cabida en las prolongadas pláticas que sosteníamos Don Emiliano y yo, de acuerdo con mi esposo, para quien esa amistad era preciosa, porque tenía fé completa en la alta sabiduría de nuestro extraño amigo y hacía que yo le consultara en todo. Era nuestro consejero práctico, siempre dispuesto a sernos útil con su palabra, con su asistencia personal, cada vez que se le llamara: acudiendo solícito a la menor insinuación y sin

ser llamado, cuando se creía necesario. Y así le fué en los trances difíciles porque atravesamos en más de una ocasión.

No dudo de que Monseñor de Meriño quisiera servirme de la misma manera que Don Emiliano, como me lo dijo varias veces con toda sinceridad, pero su grandeza le condenaba en muchos casos a la impotencia. No podía siquiera visitarme con la frecuencia que tanto deseaba. Sus cartas lo prueban.

Las exigencias convencionales y su alto cargo atábanle como férreas cadenas que le quitaron toda libertad.

Consciente de sus trabas, a él no acudía yo sino en las grandes perturbaciones de mi espíritu. Comunicábame con mis dos amigos diariamente. Con Don Emiliano por medio de su familia, que recibía las atenciones particulares que a él no podía hacerle; con Monseñor de Meriño, de un modo más directo, porque una de mis mayores complacencias consistía en ofrecerle cuanto me imaginaba que podía hablar de mí a su alma: flores para su oratorio; objetos sencillos de arte; libros y mi Diario. Ese Diario que tanto

le interesaba. En la carta que sigue es fácil ver la impresión que en él produjeran mis obsequios. Algunas veces el entusiasmo lírico con que me escribiera provocaba en mí sonrisitas de dulce ironía y me inspiraban tiernas bromas de las que él reía bondadosamente.

CARTA 7a.

Mi respetada y carísima Amelia:

Desde ayer tengo, por decirlo así, la pluma en la mano para escribirle; pero ¡ay amiga mía! paso días de atraque tales, que solo Dios sabe lo que me cuesta hacer para desembarazarme de las mil atenciones que se me acumulan, y lograr algún respiro.

Apreciando sobre modo la amistosa solicitud con que usted me favorece, sepa que en el santuario de mi alma tiene altar y culto el reconocimiento que le debo.

Y permítame decirle que de lo que abunda en el corazón dieran testimonio la pluma y la palabra si no me contuviera el respeto que tributo a su modestia y a su delicadeza.

Sí, mi noble hija! Difícil me sería

corresponder cumplidamente a sus finos obsequios! Pero ¿para qué no confesar que me huelgo en ser un bien hallado prisionero voluntario de los puros y tiernos afectos con que usted tiene el arte de enlazar, por admirables disposiciones de su rica naturaleza, a los que honra con su amistad? Esté usted persuadida de que, entre los que la aman, no seré nunca segundo!

Gracias pues, muy de mi alma, por tanto empeño como el que se toma usted en servirme. Plenamente me satisface lo que recibí de mi encargo y, como temo que por él sea usted deudora, envíeme la nota de todo para que no quede usted siendo sino la nobilísima acreedora de mi reconocimiento y de mi más sincero y respetuoso afecto.

B. S. M.

P. Meriño

Había dado ocasión a esta carta uno de esos pequeños servicios que yo solía hacerle a mi ilustre amigo. Algún malicioso tal vez podía juzgarle un mentís a mis repetidas afirmaciones respecto de la pureza de los sentimientos que yo inspirara al gran arzobispo; pero bien se equivocaría. Sabía yo

interpretarle perfectamente y mucho habría tenido que ruborizarme y arrepentirme, si por un segundo hubiese dado cabida en mi mente a la más ligera duda sobre el concepto que yo le mereciera. No! El estimaba mi desinterés, como yo hacía justicia a su respeto por mí.

Después de recibir de él una de esas cartas entusiastas, no necesitaba para convencerme de ello, mas que verle llegar a mi casa, tan sencillo, tan franco, tan leve como siempre, tendiendo sus manos noblemente abiertas a mi esposo y a mí, olvidado de los términos en que me escribía y satisfecho de haber sido comprendido. Si yo le daba mis cariñosísimas bromas sobre el estilo empleado, reía de corazón. Esta vez le ataqué diciendo:

—Monseñor, debió usted nacer poeta. ¡Qué lirismo para agradecerme una simpleza! Poco ha faltado para que yo encontrara su epístola *ditirrambo*!

Cuidado con eso, no se burle usted de mí, Amelia! Bien sabe usted que lo que le digo sale del corazón. Usted lo merece, hija mía. Usted lo merece todo; no me cansaré de repetir-

selo! Es admirable. Y a propósito de poeta, ¿no le he contado una historia con Manuel de Jesús Galván? No? Pues óigala para que se divierta más. Manuel y yo éramos estudiantes y dos mozos muy garridos, por cierto! Intimos amigos que nos comunicabamos todo. Un día se me ocurre a mí hacer una composición poética. Después de terminada, con bastante aplomo, se la presento a Manuel, diciéndole:

—Lee esto y dame tu opinión. Manuel coje mi trabajo, le lee, me mira y exclama:

Mi opinión, Fernando? Es que bien puedes escribir todo cuanto quieras, pero versos no! Chico, resignate! No has nacido tú para poeta!

Mire, Amelia! Concluyó Monseñor, riendo con tanta gracia y buena voluntad, que yo tambien reí: No volví a escribir versos. Quedé curado de mis veleidades de cantor lírico.

Yo contemplaba a mi ilustre amigo, tan grande en su sencillez y pensaba en la elevación que alcanzara Don Manuel! Lo que prometió la juventud de ambos ¡qué bien cumplido fué!

XXII

En apariencia el tono de mis relaciones con Monseñor de Meriño había cambiado: en realidad no había en el fondo nada de ello. Ridículo y hasta chocante habría podido encontrarse el que él continuara tratándome como a una chiquilla débil y enferma, como lo hiciera al principio, mostrándome yo a todos la dama que era, si no robusta y satisfecha de la vida, al menos firme, enérgica y consagrada a mis deberes, sin pensar en mimarme lo más mínimo. Mi ilustre amigo debía aceptarme así, aunque sintiera lo contrario y le apenara mucho la dureza de mi existencia real.

Seguía yo confesándome a él en mi Diario y, siempre que veía por éste mi alma angustiada, revivía en su corazón la compasiva ternura de los primeros tiempos.

A costa de increíbles esfuerzos, dadas las condiciones de salud de mi esposo y la mía, nuestra situación económica había mejorado un tanto; empero yo sufría mucho, siendo esclava de tantos deberes como los que la fatalidad de mi destino acumulaba sobre mí.

He dicho que mi esposo era un enfermo. Aunque apenas contara treinta años de edad, y pareciera ágil y sano, tan solo se sostenía en equilibrio de fuerzas relativas, gracias a mis cuidados y a mis desvelos por él. Aun en medio de mis mayores dolencias debía velar por su bienestar material y atender a que nada le faltara de las comodidades a que estaba acostumbrado y que le eran indispensables. Su vida me estaba encomendada: esa responsabilidad pesaba sobre mi conciencia y la abrumaba. Creíame obligada a desplegar extraordinaria energía, cargando sobre mis pobres hombros el mayor peso de las dificultades de nuestra exis-

tencia. Como ama de casa, como enfermera, como comerciante; como todo, encontrábaseme siempre a la altura de un deber que tal vez yo exageraba. Todos admiraban mi fuerza de voluntad, mi entereza casi viril. Monseñor más que ninguno. El, que conocía mis innatas repugnancias por las ocupaciones a que estaba condenada! El, que no olvidaba nunca el daño que, en lo moral y en lo físico, hacíanme esos excesos de fatigas materiales; esa violencia que imponían ellas a mi naturaleza delicada y creada para un vivir diametralmente opuesto a aquel tan complicado y enojoso para mí!

Y su pena era igual a su admiración. El habría querido verme libre de todo compromiso, rodeada de comodidades y entregada al puro arte, buscando en este las nobles y elevadas satisfacciones del espíritu.

En proporcionarme algunas de ellas, empeñábase desinteresadamente. Juzgando mi correspondencia con Pierre Loti una grata distracción, la alentó desde el principio. Graciosas bromas me daba con el espiritual escritor.

Reproduzco a continuación una esquela suya de esa época, que me vie-

ne a las manos:

CARTA 8a.

Mi queridísima amiga:

¡Cuánto agradezco su amistosa solicitud! Mi hermano José María está mejor; mis temores por él han cesado, de lo cual doy gracias a Dios.

Y ¡ahí van Pierre Loti y su admiradora! Yo me quedo con el espíritu de ambos.

Tambien quiero que sepa que alzaré la voz para reclamar la custodia de sus manuscritos, si es que de veras no quiere usted conservarlos.

A mí me corresponde. ¿Quién, si no yo, la ha instado a que escriba su «Diario»?

Su tan afectísimo de corazón
P. Meriño.

«Pierre Loti» significaban varias obras de éste que yo había enviado a Monseñor para que las leyera. «Su admiradora», el folleto que escribí sobre mi *lejano amigo* y cuya publicación se debió al ilustre arzobispo. No ignoraba él como se iniciaran mis relaciones con el célebre marino-poeta.

Tuvo noticias porque yo se lo confié de que, entusiasmada por el raro estilo del entonces nuevo escritor francés, hice que mi esposo pidiera a París las obras que Loti hubiese ya dado al público. Eran cuatro, entre ellas «Le Roman d' un enfant». La idea de expresar al autor mis sentimientos, de admiración y de simpatía por su delicada prosa y su sentimentalidad, se fijó en mi mente moviéndome a dirijirle una carta conmovedora.

No esperaba respuesta alguna. Tansólo quise darle expansión, al escribir, a un impulso del corazón, mas bien que del espíritu. Monseñor no dudó un instante de que Loti me contestara.

Cuando, estando yo en el campo, llegó la respuesta que aguardaba él, con un ejemplar de su última obra publicada, con respetuosa dedicatoria, mi ilustre amigo se alborozó por mí

—Oh Amelia! Bien seguro estaba yo de que Loti es un caballero y que correspondería a usted galantemente! Desde hoy soy su amigo tambien. Sí! Tiene mis grandes simpatías. Seremos dos para admirarle, al saborear sus páginas.

No varió nunca de opinión. En to-

do tiempo apreció a Loti y aprobó el gran afecto que tuve al marino soñador, animándome a escribirle e interesándose por él.

XXIII

Sin intención alguna, redacté mis dos artículos sobre el autor de «Aziyn-de»

Enviéselos, como lo hacía con cuanto salía de mi pluma y pudiera agradarle.

Escribíome después de leerlos:

Carta 9a.

Mi respetada y carísima amiga:

Ya he tenido el gusto de leer su Defensa de Pierre Loti.

Ha escrito usted en honor del amigo *ex abundantia cordo*, es decir que da usted de la plenitud de su

corazón.

La felicito y le ofrezco aprovechar una de estas tardes para ir allá y que hablemos de eso y de otras cosas.

Su afectísimo admirador y amigo:

P. Meriño

Lo que deseaba decirme era que hiciera editar la tal Defensa para enviarla impresa a Pierre Loti. Lo dije a mi esposo y este satisfizo su deseo, siendo él mismo entusiasta admirador de mi admirado autor.

CARTA 10a.

Amelia, mi estimadísima amiga:

Ahí le va su «Diario». No deje de continuarlo con perseverancia; pues desde el principio le he leído con interés y me será muy grato seguir viendo reflejado en él, el fondo de su alma. Escriba, pues, pero, ¡cuidado! No se precipite, apurando la máquina! Hágalo entre días y en horas de inspiración. Su salud ante todo y por sobre todo, mi queridísima hija!

Hoy he leído ya lo que usted me envió. El amigo Loti anda, sin duda, viajando por Asia. No se inquiete

Déjelo y espere que vuelva de su zabullida.

Su muy adicto.
P. Meriño.

Aunque nuestra amistad databa ya de dos años; nunca había yo visitado a mi ilustrísimo amigo. Tan solo salía para ir con poca frecuencia a casa de mi madre y de otros deudos muy cercanos y cuando por prescripción médica me obligaba mi esposo, que era casi siempre mi acompañante, a hacer algun ejercicio en coche. A pié no andaba yo nunca en la calle.

A una de estas salidas que le anunciara yo en mi «Diario» aludia Monseñor en la carta siguiente:

Carta IIa.

Muy estimada amiga:

Siento que haya Ud. pasado malos ratos y que ayer y anoche la aquejaran su dolor en el pecho y su dispepcia. Sinembargo me es grato ver que se halle Ud. hasta dispuesta a salir hoy. Debería haberlo hecho temprano, y no a las diez, como lo proyectó.

Y no, no! No venga hasta aquí. No

podría recibirla con sus acompañantes, como lo quisiera, porque precisamente de diez a doce encontrarían ustedes la turba de estudiantes que viene para la clase de Filosofía. ¿No sabe usted que aun hago de profesor en el Seminario?

Deje su visita para mañana. Espero que usted aprecie mi franqueza y que la verá como una prueba muy grande de mi amistosa confianza con usted. En esta semana iré a su casa. No lo he podido hacer antes, porque ¡misericordia! la gente me llueve y no me deja tiempo para moverme de aquí.

Luego vendrá la Semana Santa y tendré que andar en la calle todos los días.

Pero sepa, mi amada hija, que siempre estoy pensando en ella porque la quiero con todo el corazón!

Su muy afectísimo.

P. Meriño.

XXIV

—Amelia, es usted tan rica de alma que siempre presta a los otros lo que tiene usted de más. Y tendrá que sufrir mucho en la vida porque siempre perderá. Le devolverán cobre por oro de su corazón.

Esto me dijo Don Emiliano, desde el principio de nuestra amistad y en mas de una ocasión; queriendo significar que, yo, sensible y tierna y recta en todo, atribuiría siempre a otro las cualidades que en mí abundaban y que, de continuo, recibiría decepciones.

—De muchos sí, Don Emiliano, contestaba yo, he experimentado y no dudo que seguiré experimentando lo que

usted me dice: pero espero que algunos serán leales y que honradamente me corresponderán. Crea, amigo mío, que de estos nada temo.

Pensaba yo en Monseñor, al hablar así, por lo que Don Emiliano me había manifestado sobre él. Y añadía:

—Dígame, desde luego, si cuenta usted ser de los que tratan de desilusionarme, para dejar de quererlo, porque sería horrible para mí un desengaño que me viniera de usted. Cuando usted se aleja, cuando usted permanece un tiempo en el campo sin darme señales de vida, le juzgo a veces versátil; venático, como decimos por aquí, y me apeno por ello. Soy tan consecuente! No sé comprender siquiera la versatilidad. Por qué es usted tan variable, Don Emiliano? Por qué no se muestra siempre igual conmigo como lo hace Monseñor de Meriño? No sabe usted que mi corazón sólo alienta por el calor de los afectos que siente a su alrededor? El frío de la indiferencia lo aniquila. Necesita ser siempre reconfortado y usted me decepciona por épocas, aunque luego vuelva a animarme.

—Yo soy así, Amelia. Debe usted

estar satisfecha por haberme visto expansivo con usted y diferente a lo que acostumbro ser.

—Por qué no trata usted de imitarme, Don Emiliano? Por qué no se empeña en parecer amable como Monseñor? Si mi amabilidad es la que le seduce y quiere usted ser tan querido, por que afecta usted tanta complacencia mostrandose *hosco*, y tan *huraño*, como si lo fuera por naturaleza?

—En realidad, Amelia, yo no soy expansivo. La espontaneidad afectuosa de usted me encanta, pero me es imposible imitarla.

—Pues con Monseñor no sufro esas alternativas de confianza y de temor. Es él siempre el mismo, Don Emiliano, y comparando lo que experimento con ambos, sabe usted que es lo que he encontrado como resultado de la comparación? Un simil que tal vez no sea de su agrado, pero que es exacto, amigo mio.

—Cual es, Amelia?

—Paréceme que representando ustedes dos el papel de soles que iluminan mi existencia - o que lo pretenden - es Monseñor el sol de Niza; sol esplendoroso y suave, sol germinador de her-

mosas flores, de deliciosos perfumes: brillando en un cielo de un azul limpido y transparente: dulce para los tristes: el sol que necesita mi alma adolorida, para ser reconfortada!....

Es usted el sol de.....las pampas?

--Calle, Amelia! interrumpióme Don Emiliano, entre riente y escandalizado. Eso no es verdad!

--Sí: repliqué yo impertérrita, sin dejarle hablar. Sí; sol que si bien por lo ardoroso fertiliza, fecunda violentamente y hace prodigios, pero lo terrible es que esteriliza y mata tambien! Quiere usted ser eso para mí!

--Oh Amelia! Cuidado que es usted mala conmigo! ¿Que le ha dado? Usted no cree lo que está diciendo. Muy segura se siente usted de mí. De mi ternura para usted! Bien sabe.....

--Nada! Sino que es usted variable y que me obligará á preferir á otros! Quiere que le cuente lo que me contestó el ángel que tiene usted por esposa en semanas pasadas, cuando, estando usted en el campo, le escribí á usted tres cartas, sin tener contestación, de lo cual me quejé á ella. Díjome:

--Amelia, no se mortifique usted por eso. Emiliano es así. Ignora us-

ted que es algo loco?

--No juegue Amelia, interrumpióme mi amigo, asombrado e incrédulo al mismo tiempo y queriendo reir. Clara decía eso a usted? No es cierto! Verdad que se lo dijo?

--Sí señor, contesté yo, afectando casi enojo para ser creída en mi inventada historia. Sí me lo dijo. Le extrañará, eh? Se imagina usted que, porque ella es una santa, no reconoce las singularidades de su señor esposo? Yo sí le aseguro, Don Emiliano, que habría quien en lugar de ella le obligara a usted a cambiar!

Don Emiliano echó a reir de tan buena gana: se divirtió tanto con mis ocurrencias, vacilando entre darme crédito y dudar de mi veracidad, que se puso rojo y principió a toser. No se cansaba de repetirme. Esta Amelia tan mala ¡Mirenla! Esta Amelia!

Y tomando mis manos, hacía que me castigaba, dándome golpecitos en ellas, con las suyas.

Gozaba mucho con mis *traits d' esprit*. Mis cariñosas malicias le alegraban tanto los ojos como el corazón y hacíanle por momentos no solo expansivo, sino efusivo cual ese día.

XXV

Habíamos entrado en el año 1893.

Monseñor de Meriño se mostraba cada día menos resignado a ver desperdiciadas mis facultades intelectuales en cosas indignas de mí.

Mi «Diario» robustecía más y más su fé en mi capacidad literaria.

—Sé, mi queridísima hija, se que pedirle que escriba para el público es exijir que aumente sus tormentos; un cúmulo de fatigas para usted. Esto en lo material. Pero abrigo la íntima convicción de que ese trabajo la distraería de muchas penas; que le proporcionaría satisfacciones que hoy no tiene, por que Ud. escribirá con éxito

se lo prodigo! Se creará amigos y admiradores por medio de sus obras y ello vendría a compensarla de un sinnumero de sinsabores. Complazcame, Amelia, y principie a escribir para los demas, sin dejar de hacerlo para mí!

Di comienzo, al fin, a mi novela «Madre Culpable» Conócese ya el origen de esta obra.

Fué convenido entre Monseñor y mi esposo y yo que se publicaría, como folletín en un periódico local; a medida que yo fuera escribiendo. Como era semanal el periódico, seríame permitido satisfacer al editor.

Y desde el primer número del folletín, despertó el interes general por mi producción naciente y un interés particular en muchos literatos. Fué entusiasmo verdadero en Don F. Gregorio Billini, dueño del periódico, escritor amable; hombre público abnegado y probo; ciudadano sin tacha. Su conducta, cuando fué presidente de la República, mereciale los mayores encomios. Supo renunciar tan alto cargo tan luego como se apercibiera de que el hábil político que le encumbrara hasta el, no tuvo otro propósito que

el de convertirle en ciego instrumento de sus maquinaciones. Desafiando las iras del que con ese hecho grandioso, burlaba él en sus maquiavélicos planes, pobre y digno, descendió del poder y se resignó a la oscuridad, viviendo de su trabajo y siendo útil a todos sus amigos.

¡Gran Billini! Ese solo rasgo tuyo no podía ser olvidado y debe merecerte la inmortalidad!

Otro de los intelectuales que favoreció mi obra, aun incipiente, fué Don José Joaquín Perez, el hombre de todos los entusiasmos literarios; cantor insigne de Quisqueya; gran poeta nacional, que conquistara mi admiración al igual de la gran poetisa Doña Salomé Ureña de Henriquez, desde mis tiernos años. Sus entusiasmos eran comunicativos; contagiosos. El que le mereció mi principiada novela tuvo por resultado alentarme en mi trabajo.

Mas tarde muchos aplaudieron la obra ya completa; mas, en esos tímidos comienzos, mayor gratitud debo a los que sostuvieron mi ánimo. Habría podido bastarme la casi colaboración de Monseñor de Meriño, para llevar

a cabo mi ardua tarea, sin desmayo. Empero, muchas veces temí que el afecto tan grande que el ilustre arzobispo me profesaba, llegara hasta ofuscarle no permitiéndole ver lo malo que en ella hubiera del mismo modo que a otros.

En esto, me equivoqué. Demostróme él su sinceridad en aquella ocasión, como en todo lo hacía.

Día por día, enviabale yo mi manuscrito sometiéndolo a su censura. El, con su alto juicio, lo revisaba y me daba a conocer su opinión.

Principiaré a mostrarle en sus cartas como un acervo de pruebas. Oh! amigo sublime, que sencillo se hacía para complacerme y por servirme! Facilitandome la tarea a que me comprometiera, era uno de sus más caros empeños. En la literatura quería él proporcionarme un derivativo a mi mal moral; distraerme de mi misma.

XXVI

Carta 12a.

Amelia, mi inspirada amiga:

¡Ha trazado usted ahí dos páginas bellísimas que valen la novela! Siga su interesante trabajo con mayores alientos, aprovechando los ratos que su delicada salud le permita dedicar á él, y no haga caso de los ligeros rasguños que, por tener yo la mano demasiado bronca, puede llevar su hermosa producción.

Líbrela Dios de críticos que van envejeciendo!

Pero á mí me perdona, ¿no es verdad? porque sabe que soy su sincero

admirador y que la quiero mucho.
P. Meriño.

CARTA 13A.

Amelia, mi noble amiga:

Usted sigue sometiéndose a mi escalpelo, apesar de tener yo la mano pesada! Bueno! Sufra y no se queje!

En la 1ra. plana, donde verá una = lo que indica la variante que propongo a lo que está escrito, y luego verá arañazos.

Ah! En la 2da. plana encontrará otra. Significa que me parece mejor decir: «Isabel, por el contrario estaba espléndida. Jamás habían tenido sus ojos miradas mas centellantes ni sus labios sonrisas mas seductoras».

En las últimas planas hay ligeros rasguños.

Y, sabe que ahora apura usted el trabajo? Cuidado, mi querida hija! No le vaya a costar caro!

Deseo mucho verla y espero tener pronto esa satisfacción. Será en estos dias.

B. S. M.
P. Meriño.

CARTA 14a.

Muy distinguida y amada Amelia:

Tres pruebas he revisado de anteayer acá y las he enviado a la imprenta con sus correspondientes recomendaciones *aconsejadas*.

Siga usted sin preocuparse porque el cajista ande con remilgos y Don Manuel se ponga bravo. Nuestro buen amigo se contentará. (*)

Y ahí le va el manuscrito, con las enmiendas que usted verá. Trato de hacerlo copiar.

Tomaría yo poderle servir de copista. Me sería tan grato! Como lo es para mí, sobre manera, repetirme su admirador y amigo affo.

P. Meriño.

CARTA 15 a.

Mi apreciadísima: le envío las últimas pruebas que recibí ayer de la imprenta, para hacerle notar un error de páginas que hay en ellas.

Que vean eso con cuidado! Lo señala

---

* Don Manuel de J. Garcia, honorable impresor, amigo estimadí simo de Monseñor de Meriño y mío.

con dos—

Su afectísimo de alma.

P. M.

CARTA 16ª.

Debo justificarme con usted. Le devuelvo la última plana para que la compare con las pruebas. Verá anotadas en estas las faltas que no aparecen en aquellas -aunque estaban señaladas en ambas-.

Adviértalo a Don Manuel. Mi clérigo* mismo puede llevarlas a la imprenta.

Y mientras tanto ¿cómo sigue usted de sus quebrantos? Cuídese, por Dios, mi querida enferma! No quiero que vuelva a recaer en cama!

Su muy affmo.

P. M.

Los cajistas se quejaban de mi letra. A cada rato exijían la copia de los manuscritos que se enviaban a la imprenta. Yo me iba fatigando demasiado con el trabajo. Hube de suspender la publicación en el periódico, mucho

* El clérigo es hoy un querido cuentista.

antes de terminar la obra, y se había dado para que fuera editada en volumen la parte ya impresa como folletín a la casa editora de García Hermanos. Ya se resentía mucho mi salud de tales afanes, cuando recibí la carta siguiente de mi ilustre amigo:

CARTA 17a

Mi apreciadísima Amelia:

Le envío los cuadernos ya revisados que no tienen de malo (dispense Ud.) sino que la letra ofrece dificultades a los que no están acostumbrados a leerla. Y sabe que me ausento?

De improviso se me presenta una ida al Sur y me embarco, esta tarde a las tres, en el vapor americano. Voy a asuntos de curas y de parroquias.

Hasta mi vuelta, pues! Cuídese y cuídese mucho!

Pero no! Yo...me la llevo! Me la llevo en espíritu, amiga mía.

Ni mi ahijado A. sabe de mi repentino viaje. Usted tendrá noticias del que se suscribe

Suyísimo

P. Meriño.

¿Vé usted como sé imitar su letra?

Ese *suyísimo*, ah! significaba para mí lo muy penetrado que estaba Monseñor de la pena que su ausencia, por corta que fuera, iba a causarme! Con su tono de afectuosa broma, al darme la inesperada nueva, quería atenuar el mal efecto de esta. Sentíame sin fuerzas para continuar luchando con la imprenta, sin su asistencia. Presente él, cargaba con buena parte del trabajo que con ella se tuviera y, además, con su voz de aliento me sostenía: distante, cómo no había de faltarme?

Mas adelante, reproduciré una carta suya como la más evidente prueba de la sinceridad con que me trataba y del empeño que puso siempre en que mi obra literaria fuese digna, en todos conceptos, de la aceptación general que iba recibiendo.

XXVII

«Madre Culpable» me costó esfuerzos, que creí insuperables, en más de una ocasión. ¡Cuanto sufrí por ella! Tanto al escribirla como para su publicación. Más de una vez tuve la intención de renunciar a terminarla, agobiada por los inconvenientes que se presentaban en mi camino. Ya enfermaba mi esposo y era yo misma la que caía extenuada a cada paso. Una circunstancia adversa de las que fue siempre pródigo mi destino, obligábame a suspender el trabajo abrumador, por semanas y por meses. Prolongóse esto mas de un año. Yo me encontraba de tal manera cansada de él que

llegué a aborrecerlo. Después del viaje al sur de Monseñor de Meriño, debió copiarse por otra mano que la mía, el final de la obra y mas atrás sobrevino lo peor de todo: la partida de mi ilustre amigo para Roma!

Su Santidad Leon XIII le llamaba y él debía obedecer al Santo Padre embarcándose sin tardanza con dirección a la Ciudad Eterna.

¡Esta noticia cayó sobre mí con todo el peso de un desastre verdadero.

Dije a mi ilustrísimo amigo:

—Monseñor, yo no lucho mas! Por usted emprendí una obra superior a mis fuerzas, sin fe y sin voluntad. Pésame ya demasiado! No hay inconveniente que no surja, para impedir la realización del propósito de usted! Va usted a faltarme ahora: nada puede animarme a proseguirla!

—No se desaliente así, Amelia!, contestome él entristecido, al ver el atontamiento en que estaba yo sumida.

No! Animo, hija mía! He pensado en todo! Voy a recomendar al padre Apolinar * que me supla cerca de usted. Queda él encargado de la Secreta-

* El que fue luego el Canónigo A. Tejera, hace poco fallecido.

ría del Arzobispado y bien puede hacerlo. Tiene talento; es literato y posee verdadero gusto estético. No dudo que aceptara con placer mi recomendación y que le servirá en la revisión de su trabajo y para la corrección de pruebas.

Hízolo así y yo aceptó la ayuda del padre Tejera, que era hermano menor de Don Emiliano, por no disgustar a mi venerado amigo ya bastante apesadumbrado del estado de desaliento en que yo había caído.

El padre Tejera me sirvió gustosamente. Con toda exactitud y complacencia iba a mi casa varias tardes en cada semana a trabajar conmigo. Mi esposo y yo le recibíamos con agrado, encontrándole ameno, aunque algo original de trato, y de conversación llena de atractivo. Su erudición era ya muy vasta y daba gusto oirle. Sus visitas y su cooperación distrajéronme un tanto de mi tristeza, sacándome de la nostalgia que me produjera el alejamiento de mi afectísimo amigo y *maestro*, como yo le llamaba luego.

Apesar de la buena voluntad del padre Tejera en servirme, suspendí el trabajo, pretextando mi real cansan-

cio. Continuó mi colaborador visitándonos todos los domingos, por mucho tiempo: Dos horas pasaba en las mañanas, cerca de nosotros, hablando de todo con su desparpajo intelectual que divertía a mi esposo y a mí me divertía un poco.

Agradecíale sobre todo que me hablara con elogio de Monseñor.

—Es un alma muy noble, Doña Amelia ¡Sí! Es un alma muy noble, añadía con su manía de repetición. Temí, cuando mi hermano Emiliano rompió con él, que mi carrera eclesiástica sufriera por ello: ser alejado o desconsiderado; y nada de ello ha resultado. Monseñor me favorece como antes. Ya ven ustedes que me tiene a su lado y me concede su confianza. Es muy noble!

Siempre me manifestó su satisfacción respecto de mi ilustre amigo, en el mismo tono de agradecimiento.

Alejóse él de casa, dándome razones que acepté como válidas. Mucho mas tarde, decíanme que había cambiado de opinión respecto del gran arzobispo, por rivalidades de carrera. Viósele, en su encono, abandonar el traje eclesiástico y vivir civilmente. Ha muer-

to fuera de la iglesia aunque no rompiera enteramente con ella.

Mucho deploré esas circunstancias porque había llegado a cobrarle afecto. Sus relaciones con nosotros cesaron con la muerte de mi esposo. Habíanse sostenido a distancia, por medio de demostraciones corteses, que se le retornaban con agrado. Tengo la convicción de que él nunca dejó de estimarme.

XXVIII

Cerca de mí nadie podía suplir a mi ilustre amigo. La falta que me hacía era especial. Entre él y yo existían afinidades tan raras como únicamente podían encontrarse en una hija y un padre, ligados por entrañable afecto, e inseparables además de serlo por lazos atávicos. Esto lo reconoció él un día maravillado. La escena que tuvo lugar entre nosotros fué graciosa. Y me hizo admirar mas, la ingenuidad infantil que por momentos podía observarse en ese gran carácter.

Había yo leído un libro, muy interesante, de un autor francés. Envíéselo para que gustara de él, como solía ha-

cerlo con toda lectura de mi agrado.

Una tarde me lo devolvió. Quiso llevarlo él mismo para que habláramos de la obra que le pareció magnífica. Y sobre ella y sobre literatura y mil cosas más, estando solos, intrincados en una conversación tal y en nuestra larguísima plática, púsose de manifiesto tan admirablemente nuestra conformidad de gustos de sentimientos y de ideas, que de súbito se detiene él, me mira y dice:

—Amelia, se me ocurre una cósa! Conversando me ha venido una idea! Que bueno que usted y yo nos hubiéramos encontrado hace mucho tiempo; yo sin este hábito; usted libre pero no tan jóven como lo es para mí, y que nos hubiéramos casado, eh? Que bien nos hubiéramos entendido! ¿No lo cree usted?

—Es posible, Monseñor! Contestéle, sorprendida, pero mas divertida aún de la ocurrencia, aunque afectuosa, tranquila y seria.

—Sí, añadió pensativo. Y después de un rato, alzando la cabeza, continuó:

—Aunque tal vez nó! Porque de ser así yo no la hubiera querido con el

puro afecto que le tengo, sino de otro modo; y ¿usted a mí? Es posible que me quisiera menos o sabe Dios cuantos defectos me encontraría!

Despues de ponerse cabisbajo un breve instante, dirijióse a mí y mirandome con suma ternura y apoderandose de mis manos que sacudía suavemente, terminó diciendo:

—Más vale que nos hayamos conocido así, mas vale ¿no cree usted, mi querida hija? Así nos queremos mejor!

—Es verdad, Monseñor, contesté.

Y no pudiendo contenerme mas, porque sabía que la ocurrencia de mi ilustre amigo necesariamente tendría esa conclusión, me eché a reir.

Monseñor rió tambien. Temió haberse mostrado tonto y se sonrió.

—Vamos, Amelia, no se ría de mí! Es que nos parecemos tánto! No se burle... y reia.

—Es que le diré una cosa, Monseñor. Al hablarme usted de habernos casado, pensaba yo en que para ello habrían existido varios inconvenientes, siendo el primero, por que cuando usted recibió las sagradas órdenes, aquí en Santo Domingo, yo no había venido aun

al mundo en Puerto Rico. Que distantes estábamos!

Monseñor rió más y más!

--Maliciosa, maliciosa! exclamaba sacudiéndome dulcemente las manos. Cómo me llama viejo! Pero, tiene usted el derecho!

--Delicioso carácter! Sus ingenuidades, hacíanle amar mas de mil! El pensamiento que por su mente había cruzado era semejante a una ráfaga ligera de aire perfumado que, al pasar sobre la cabeza de un niño, dejara en esta la vaga impresión de un grato frescor y de un dulce recuerdo.

XXIX

Llegó esta carta a mis manos antes de lo que yo esperaba. Puede suponerse, después de leerla, el efecto que produciría en mi ánimo.

Carta 18a.

New York, Julio de 1918.

Mi pensada, carísima y respetada amiga:

No tengo pulso, ni cabeza. Ayer desembarqué en este puerto y he caído en un abismo de ruidos incesantes que me tienen aturdido y, por supuesto, los nervios excitados a causa de la irritación. El viaje me tiene bailando todo

el organismo.

Pero deseaba llegar para acusarle recibo de sus gratísimas líneas y del retrato, todo lo cual me entregó abordo, al zarpar el vapor en San Pedro de Macorís, nuestro buen amigo Don Miguel Román. Si me lo hubiera dado diez minutos antes, no habría dejado de trazarle unas líneas desde allá, para que supiera usted que carta y fotografía estaban en mi poder. [Le castigué no mostrándole el retrato]

.....

Interrumpo la carta para señalar esta humorada de niño, que corrobora lo que de él decía yo en el capítulo anterior. Cuan simpático le hacían las tales salidas!

Y continuo la reproducción.

.....

Gracias mil, amiga mía, por tan marcadas pruebas de afecto! Las expresiones amistosas de su noble alma, han tenido eco armonioso en el santuario de la mía, siempre abierta al reconocimiento; y su retrato, que he colocado en mi bulto de escribir y el cual tengo ahora ante mis ojos, me la recordará a cada momento.

Y ¡qué bueno está! Qué parecido!

Con un poquito de brillo en las miradas y un ligero aleteo en las ventanas de la nariz, la *reyerso* es perfecta! Y note que he querido decir, no *soñadora*, sino algo así como quien *recuerda* y *piensa*, pues tal es la expresión de la fotografía.

Ya sabe usted, mi amada amiga, que viajará conmigo en espíritu y en imagen.

El 7 saldré de aquí para el Havre y no me detendré en París sino ocho días. De ahí seguiré, cosa de estar en Roma el 18 o el 20, despachar mis asuntos y regresar a París, a tiempo de aprovechar el vapor que llegará a Santo Domingo el 26 de Setiembre

¡Viaje rápido como de quien está a la altura de la época! ¿Se ríe usted?

Y ¡créame! Bien quisiera volverme de aquí! Ya no siento placer en viajar! La sombra tiene su atracción y ya se proyecta bastante sobre mí! Reposar a su abrigo es lo que me pide el cuerpo.

Pero, agitemos aún los miembros fatigados y sigamos sin desmayar! Salúdeme a Don Rafael y a toda la familia.

Cuídese mucho; haga ejercicio; alimentese y no se haga cargo de las cosas

que la contrarien y apenen! Y, sobretodo, esté persuadida del inalterable afecto de su admirador y ¿diré apasionado amigo?

P. Merliño.

P. S. Me olvidé de dejarle su «Diario», pero quedó seguro dentro de una cajita y está encerrada en mi armario.

Ah! No le he dicho que aquí estoy vestido de gentleman y que me dan ganas de retratarme con bombo y todo! Creo que así tengo aire como de un ruso viejo.

.....

Si Monseñor de Meriño encontraba sabrosas las cartas de Flaubert a George Sand, por lo íntimas y afectuosas tanto como por su hermosa forma literaria, yo hallé a esta suya para mí un sabor deleitoso. El estilo, la variedad de tonos, todo en ella me cautivó. Ese viaje descrito en algunas líneas, parecióme una maravilla. Sentíme como arrebatada con él en un vuelo fantástico y vuelta a tierra, saliendo de un sueño. Y luego esos chistes! Oh esos chistes fueron los que mas me conmovieron! Los que hicieron brotar las lágrimas de mis ojos! En ellos

pude apreciar la extensión del afecto que se me profesaba! No se lo inspiraba a mi ilustre amigo el deseo de distraerme?

Suficientemente me probaban que él recordaba con dolor a la pobrecita enferma de cuerpo y de alma que, a tanta distancia, luchaba penosamente contra un destino siempre adverso, y deploraba su ausencia!

Cada párrafo de la carta estaba escrito expresamente; meditado para hacerme comprender que no se me olvidaba.

Hasta la forma apasionada de la despedida, tenía su significación. Había sido dictada por un corazón lleno de sublime caridad para mí. El deseo de volver pronto era otra prueba de tierna bondad: ese deseo que yo reconocía por sincero y que sabía agradecer en lo más íntimo del alma.

XXX

No recibí otra epístola de mi amado amigo.

El tiempo pasó lentamente a mi modo de ver; mas en realidad trayendo consigo las distintas peripecias de la vida, que lo hacen soportar. Y Monseñor regresó. En buena salud y muy animado. Siempre amoroso, como un padre para mí.

Ya le tenía a mi alcance de nuevo. Volverá verle me fué muy grato; pero mi melancolía perduraba. Lamentó, el que se hubiese suspendido la edición de mi obra y, haciendo oposición a mi propósito de revisar mis manuscritos y de hacer en ellos correcciones, acon-

sejó a mi esposo que me los quitara y me dijo:

—No, Amelia! Deje su novela así: que salga como está. El público gustará de ella y que eso le baste.» Su salud vale más que todo. Un exceso de trabajo volvería a hacerle daño.

El trabajo en la imprenta se reanudó volvimos a nuestra correspondencia epistolar con ese motivo y por otros distintos.

.....

En una tarjeta sin fecha:

Nada, mi buena y noble amiga.

Ya listo para ir donde usted, me ha llegado gente y he tenido que *suplicar me permitan un momento* para trazar a usted estas líneas de escusa!

Fernando, Arzobispo de Santo Domingo.

.....

CARTA 19A

Vaya, mi querida caprichosa!

La atmósfera nebulosa de ayer nos tenía a todos como ofuscados! Con que le escribí *arcbiepiscopalmente*? Pues hoy, despejado y afectuoso, hago

lo mismo, para bendecirla! Dígame ¿está contenta?

Ojalá no llueva hoy para ir allá y que me vea sin nubes, siempre el mismo, admirador suyo y muy afectísimo,

P. Meriño.

....

No sé que carta de mi buen amigo provocaría la queja que él repite con tanta gracia y tal cariño.

....

CARTA 20a.

Amiga mia queridísima, respetadísima y todos los *ísimos* que sean desu agrado!

Mande a la imprenta esa plana. Así como está quedará bien. La palabra *conocicra*, lo arregla todo.

Y doy a usted mil gracias por sus delicadas atenciones! Cuan sinceramente las estimo! Pero no siembra usted en terreno estéril, pues bien sabe Dios cuanto la quiero, Amelia!

Le devolví los libros porque ya los he leido. Del otro leí lo que mas me interesaba. Con el alma le agradezco el bien que me hace proporcionandome agradables ratos de distracción con

la lectura de esas obras.

Espero tener en esta semana el gusto de ir a verla. Trate de cuidarse para que yo la encuentre mejorada y contenta.

Su adicto de corazón

P. M.

XXXI

Recordaré aquí que la novela, aunque principiada a editar hacía tiempo, no estaba terminada. Faltaban muchos capítulos por escribir, cuando Monseñor volvió a ocuparse de ella.

Conocía él el plan de la obra porque yo se lo había revelado; pero, en el curso de mi redacción, cobró tal amor a María, que un día me sorprendió por ello. Voy a relatar el incidente conmovedor, como una prueba de la emotividad del gran arzobispo.

Habíale enviado yo el cuaderno en que la inocente víctima de la madre

culpable aparece a punto de morir, herida por el corazón por lo que ella cree una traición de su adorado Alberto.

Monseñor llega sin anunciarse como lo acostumbraba. Trae el cuaderno y me lo entrega, después de saludarme. Le noto como preocupado. Imagínome que va a señalarme en el trabajo alguna grave incorrección y me preparo a oirle, cuando exclama:

—Amelia, no sabe usted lo que me trae aquí?

—Creía, Monseñor, que era algo que deseaba usted decirme.

—Vengo a pedirle una gracia!.....

—Diga, Monseñor.

—Oiga, Amelia! Lo que voy a suplicarle es que no me mate a María! Aquí le traigo su cuaderno en donde usted la hace morir! Pero yo no quiero que ella muera.

Sorprendida, miré a mi ilustre amigo. Creí que bromeaba. Pero me convencí de lo contrario y conmovíme al notar cierta angustia en su semblante y al escucharle que añadía en tono casi lastimero:

—Déjela vivir, Amelia, y que sea feliz!

- Monseñor, le contesté, confusa. Qué significa eso? Usted apasionarse de un personaje ficticio, al igual de una chiquilla romántica? Me parece imposible! Dejar vivir a María es dar al traste con todo el artificio de mi obra. Usted sabía que estaba ella concebida así!

--Oh Amelia! Es que usted no comprende!

Acercose más a mí y, como lo hiciera siempre que quería penetrarme de su fluído, cojió mis manos, las oprimió en las suyas y mirándome en los ojos, prorrumpió:

--Usted no sabe, Amelia! En María heme acostumbrado a ver a usted! Paréceme que al dar muerte a esa niña interesante, a esa delicada criatura que la mente de usted forjó, es usted misma la que se suicida y que en ello muy cruelmente se complace!

--Y yo no quiero que usted muera! ¿No me llamó usted para salvarla?

Al oir a Monseñor, sentíme palidecer. Mi corazón se contrajo; yo también me angustié. Callé un momento. Luego, oprimiendo a mi vez con fuerza nerviosa las manos que enlazaban las mías y devolviendo mirada aguda

por mirada penetrante, repliqué:

—Monseñor, deje que María muera. En medio de su desgracia, ella es feliz por morir en temprana edad! Ya hubiera yo querido que una mano piadosa me hubiese hecho desaparecer del mundo, adolescente aún! Desengáñese, Monseñor. Cuando en el corazón de una niña tierna, el desencanto prematuro de la vida, por una causa o por otra, engendra amarga melancolía, la muerte es lo mejor. En ese corazón el mal es incurable. Una circunstancia venturosa puede atenuarlo un tiempo; hacerlo cesar, jamás! Los seres como María, están heridos para siempre. Pueden aparecer felices en las novelas, por conveniencia del escritor, pero en la realidad de la existencia, nó! no, Monseñor. Usted me clama porque mato a su favorita! Ella es mas feliz así! Déjela usted morir!

Monseñor bajó la cabeza. Miróme tristemente y soltando mis manos después de estrecharlas por última vez, me dijo:

—Está bien, Amelia! Que muera la pobrecita! Pero viva usted aunque sea la María de la realidad! Prométame vivir!

—Si Dios lo quiere viviré, Monseñor! Aun cuando la vida me pese! ....

Despidióse él de mí, conformándose con lo que yo le dijera. Y María murió. Mas todavía debía yo sufrir por mi «Madre Culpable». Mi disgusto provino de mi disentimiento entre mi ilustre amigo y yo respecto del final de la novela.

La carta que voy a reproducir dará luz suficiente acerca de este último incidente que me apenó bastante.

CARTA 2ª.

Mi respetada y distinguida amiga:

Acabo de leer su «Diario», para mí siempre apreciabilísimo. En esas líneas que traza usted, poniendo la verdadera expresión de su alma, se me viene usted de tal modo a los ojos que no pueden menos que serme interesantes hasta las sombras de tristeza que envuelven luego su discurso. No son ellas tambien el reflejo de esa alma, llena de melancolía?

Pero no es a nada de esto que quiero referirme. Dios sabe bien que las tristezas de usted me la hacen más simpática y que yo desearía verla sa-

nar de cuerpo, aunque tuviera el espíritu velado por ellas; que ni las tristezas matan, ni dejan de dar sus horas de treguas al corazón.

Al escribirle es mi propósito referirme a lo que usted ha creído ver en el juicio que le emití sobre el desenlace de su novela.

¡Cómo he comprendido que esto la ha preocupado! Por qué? No ha tenido usted en cuenta que el juicio mío no constituye autoridad?

Ocurrióseme, leyendo las bellas líneas del último cuaderno de su «Diario», que estaba usted bajo la acción de una de esas enfermedades que bajo el cielo del alma se alzan luego. Siéntese la electricidad que se enciende en relámpagos y estalla en truenos!..

Y así ha escrito usted con admirable elocuencia!

Tornando al asunto indicado, mi deseo es convencer a mi noble amiga, muy querida, de que mi juicio es este: que la novela es buena; que la autora muestra en ella talento, gusto estético y alta elevación moral y que las pobres letras dominicanas ganarán crédito con su publicación. Así lo creo, y añadiré sin lisonjas que lo que sor-

prende es que, siendo aun tan jóven, pudiera escribirla!

Sin embargo, tengo para mí que en el matrimonio de Alberto con Margarita hay una sombra!

Fueron culpables Isabel y Alberto? No lo dice la novela. La escena del aturdimiento y la debilidad del desgraciado jóven termina discretamente con el grito y la caida de la infeliz María; con lo que queda velada. Si hubo falta: no parecerá casi incestuoso el matrimonio de él con Margarita? Si no la hubo, una conciencia recta podria resentirse, al ver que se alza, sobre la tumba de la desdichada niña el altar de himeneo para su novia tal vez infiel y su hermana deshonesta? Si Isabel murió castigada y arrepentida, Alberto puede aparecer regenerado por el dolor, pero no feliz y como premiado por el matrimonio.

Repito que no soy autoridad. Mi juicio tal vez sea errado, pero debo a mi noble amiga la verdad del alma y se la expreso tal como la siento. Y todo porque la trato con toda sinceridad y soy su adicto amigo.

P. Meriño.

¡Gracias por el delicado y lindísimo ramillete. Que viva mil años la artista!

XXXII

Sí! Sufrí mucho con ese juicio de Monseñor. Y no dudo que con elocuencia prostestara contra él. Declaré que dejaría trunca la obra, antes que trabajar más en ella. Supongo que envié flores a mi ilustre amigo para atenuar en su espíritu la impresión que de mí resabio recibiera. Y gané la partida porque él se enfermó con el final de la novela y «Madre Culpable» vió la luz pública, tal como yo la concibiera desde el primer momento.

Oh! El amor a María: el dolor por la muerte de ésta, era lo que ofuscaba a mi queridísimo mentor! No podía él convenir en que otros fueran felices,

habiendo ella sido víctima de los demás!

Más tarde, luego que la obra fué aplaudida, debiendo en gran parte el éxito que obtuvo al interés tan vivo que él pusiera en hacerla conocer, aceptóla plenamente.

La reproducción de una carta suya servirá para probarlo.

CARTA 22a.

Sí, Amelia! Usted hizo bien, enviándome ese periódico. Es el juicio más cónsono con mi sentir. Y lo he leído con gusto.

¿Vé usted que hay puntos de vista en que colocarse para juzgar su «Madre culpable» con un criterio más elevado y con mayor acierto?

Supongo que usted habrá dicho (o se habrá dicho para sí)

«Este sí me ha comprendido!»

No es verdad?

Su muy afectísimo
P. M.

El juicio a que se refería Monseñor de Meriño, estaba inserto en un periódico de Puerto Rico. Agradó mucho a

mi esposo que fué quien lo envió a Monseñor. Yo lo conocía por él: pero lo había olvidado como casi todos los demás que sobre la tal obra se publicaron. Mi esposo conservó el periódico que he encontrado últimamente entre otros muchos de aquella época. Lo reproduciré, por parecerme oportuno, aun cuando deba excusarme por su extensión.

JUICIO CRITICO
por
RAMON MARIN (Fausto)
MADRE CULPABLE

Así se titula un libro que acabamos de leer y de releer, saboreando sus bellezas, que son muchas, y pasando por alto sus incorrecciones, que son ínfimas. Es un libro que no se suelta, que no se cae de las manos, una vez abierto, por cualquiera de sus páginas.

Comenzar un capítulo es sentir el deseo de devorar, sin detenerse, sus trescientos y más folios.

Ni el calor de la luz nocturnal que quema el rostro y enrojece la pupila rinde de cansancio nuestros párpados: al revés. Su lectura es de las que nos arrastran dulcemente a una noche de

vijilia».

¿Quién ha creado ese libro?

Ese libro es el fruto hermoso, delicado, tierno, de una mujer con un corazón que, sin esos tesoros del ser humano, no lo hubiera creado, apesar de su entendimiento claro y de su mucha cultura.

Porque para escribir «Madre Culpable» la inteligencia es lo secundario; el corazón es lo primordial. No basta pensar bien; es necesario sentir mejor: y a quien ese libro ha concebido, sóbranle aptitudes para otras y otras creaciones filosóficas y deleitables.

Y ¿quien es esa mujer?

Esa mujer es el ingerto de dos floras antillanas.

Del sol abrasante de Borinquen recibió su ser los primeros efluvios de vida, y su frente el primer beso de la patria.

Bajo la vieja Ceiba que lamen las linfas del Portugués y Becuní silenciosos, dieron las auras a su cuna las mecidas primeras, al arrullo de las tórtolas que saludan el alba, al despertar entre el verde ramaje del árbol vetusto y gigantesco.

En sus pañales de armiño y de tul

acojeronla las nereidas que con las nayades en el Ozama juguetean, y fueron aquellas aguas el Jordán donde sació su inteligencia la sed que la asediaba. Borinquen y Quisqueya las patrias son de la creadora de «Madre Culpable».

Se nos pide el juicio crítico del simpático libro y nuestra pluma ni sabe, ni puede, ni quiere hacer sino su elojio. Y ese camino fácil y corto lo tiene andado ya. Algunas pinceladas más y nuestro cuadro estará terminado.

Es una leyenda? Es una historia? Es una novela?

Es ésto último, con imájenes de idilio.

Es clásica?

Es romántica?

Es realista?

Las tres escuelas juegan en ella, sin choque, sin rozamientos y sin que resulten en sus episodios discretísimos ni el clasicismo de la Stail, ni el romanticismo que se vé en Julieta y Romeo, ni el naturalismo desnarado de Zola. La jóven más angelical y púdica lo devorará sin que sus mejillas de rosa se enrojezcan. Todos los personajes del

libro enamoran por su belleza física o su perfección moral.

La misma heroína de la novela, si como madre es un adefesio humano, como mujer tiene todos los encantos de la de Médicis o de la de Milo, con todos los hechizos de una maja. Isabel es la escultura de la tentación.

El único cuadro que toca los lindes del realismo sensual, es el que se destaca en el gabinete, más de una vez profanado por la mujer y por la madre.

María y Margarita, dos niñas inocentes; la una víctima propiciatoria de la que el ser divinal le diera; la otra, fruto de infame adulterio.

Alberto de Montalván, jóven rico y, mas que por su fortuna, opulento por su linaje, el que juega con el amor como lo hace el niño con los soldaditos de plomo, hasta que llega el día como casi siempre acontece a los Tenorios en que cae rendido por el candor; por el engendro de todas las virtudes, que tal es la María forjada por la novelista: idilio transfigurado en mujer.

La Condesa de Montalván que, apesar de sus blasones aristocráticos, no desdeña verlos enlazados con los modestos timbres de la virtud incorrupti-

ble es madre y contraste sublime de la pecadora Isabel. Blanca de Montalvan, criatura modelada como puede modelar el cincel de Miguel Angel, una divinidad pagana: casta y ductil a todos los sentimientos generosos, por abolengo y por herencia.

¡Cuan grande es en su humildad, tambien Beatriz, el aya de María!

Para completar el cuadro, están el doctor Romero y Andrés de Zuñiga, dos genios del bien, en quienes la naturaleza compartió por igual los dones de la bondad y de la justicia el primero, anciano venerable; noble porque es un sabio; el segundo, jóven abogado inteligente, honrado. Ambos amigos del alma de María; y de Alberto, quien, aún siendo atolondrado en el albor de sus mocedades, fué siempre caballero e hidalgo.

Estos dos últimos personajes, puede decirse que son la clave del engranaje sobre el que se desarrolla todo el plan de la novela que nos ocupa.

Echamos de ver que hemos ido más lejos de lo que intentamos al tomar la pluma y aún nos resta por añadir que la autora del interesante libro que nos la ha puesto en la mano, sólo tiene un

objetivo, y a él va moviendo todos los resortes del sentimiento e interesando siempre al lector: santificar el amor en sus diversas manifestaciones y pintar los celos y la envidia en su mas reprochable execración, encarnando pasiones tan vituperables en el corazón de una madre desgraciada que, al abrir una tumba para María, abra para ella, víctima de feroces remordimientos, las rejas de un manicomio.

Y ¡castigo horrendo de su horrenda culpa! Dios quiso desvolverle la razón para que viera, con las claridades de su conciencia, todas las negruras de su peregrinar en la vida!

Aun se nos pregunta: ¿quién es? ¿Qué nombre tiene la que esas páginas trazó? Amelia Francasci se llama.

Esa es la novelista ponceño-quisqueyana!

Aplaudamos su talento y rindamosle el tributo que se ha conquistado, leyendo su libro!

Ramón Marín [Fausto]

XXXIII

¡Cuan noble me pareció Monseñor al aplaudir así un juicio que contrariaba tanto el que él me manifestara algun tiempo antes, desalentándome por completo! Y con tanta sinceridad como la que tuvo al disgustarme! Era que la obra impresa apareció a sus ojos distinta de la que él fuera leyendo por partes interrumpidas y mal redactadas! Lo mismo le pasó a mi esposo. Sólo yo no encontré gracia para ella! La detestaba, al extremo que un dia que mi ilustre amigo, con su voz maravillosa y su gran arte de la lectura, que pude admirar ampliamente, quiso leerme, con todo entu-

siasmo, algunos capítulos de ella, para hacermelos apreciar, apesar mio, cometí la grosera acción de taparme los oidos para no escucharle; diciéndole:

—Ya Monseñor, ya! No lea más!

Fué involuntario aquello; pero luego me lo reproché, como indigna del conocimiento de la gran bondad que se me estaba mostrando y del honor que se me hacia. ¿No desmerecí en el concepto del generosísimo lector?

Tan solo su gran amor por mí pudo impedirlo tal vez.

Además de Monseñor de Merino fué mi hermano Eugenio gran propagador de mi novela. Enviólá a escritores extranjeros, que él conocia directa o indirectamente, y recibió de ellos cartas satisfactorias; que coleccionaba con el propósito de publicarlas todas en un folleto. Pobrecito! La muerte le arrebató al afecto de sus tan numerosos familiares antes de realizar su intento. Falleció en 1895.

Conservo la esquela, tan lacónica como elocuente, en la que mi ilustre amigo me presentó sus condolencias. Dice así:

CARTA 23A

Mi carísima Amelia:

¿Deberé enviarle mi expresión de pésame?.... Dios sabe, amiga mía, cuan sinceramente participo del amarguísimo duelo de toda la familia y del de usted en particular!

Su respetuosísimo amigo del alma,
P. Meriño

Y dias después recibí esta otra con motivo de una misa por el reposo eterno de mi tan sentido hermano.

CARTA 24A.

Dos letras y no sé como se las hago! La gente me quita el tiempo. Háceme perder toda la mañana.

Su misa se la dirá el padre José María en Santa Clara, el lunes a las 6!

Su muy afectísimo.
P. M.

Pasó un año lleno de acontecimientos dolorosos, ocasionados en parte por la desaparicion de Eugenio. Monseñor no me desatendió nunca, como tampoco Don Emiliano. A am-

bos vi a mi lado, asíduamente, alentandome con sus afectuosas demostraciones y con sus amistosos consejos. Quiero olvidar cuanto ocurrió en la familia, durante ese lapso de tiempo, tan triste para mi que me costó otra grave enfermedad.

Mis fuerzas habían vuelto a agotarse y razones suficientes motivaban esta recaída en mi antiguo estado de postración.

Habíase resuelto mi esposo a abrir un establecimiento de mercancías en uno de los departamentos de la casa que habitábamos hacia años, situada en calle muy céntrica y apropósito para el comercio que emprendiera.

Dicho establecimiento debía ser dirijido por mí, detrás de bastidores; es decir desde mis habitaciones particulares, jamás pude presentarme frente al mostrador. Mi compañero, empleado fuera de la casa, no disponía de tiempo para atender a los negocios, sino un rato en la noche y en la mañana de los domingos. Era esto muy poco. Los afanes mayores me incumbían a mi sola y esto habría sido bastante para extenuarme.

Monseñor vió con gran pesar lo que

ocurría. Protestó, pero no pudo ser escuchado. La necesidad de ganar la vida se imponía.

—Amelia, usted comerciante! Oh! Ese es un pecado mortal! Va usted a sucumbir! Acaso ha nacido usted para eso? Ya no podrá usted escribir, cuando tanto éxito ha alcanzado!....

—¿Qué hacer, Monseñor? No sabe usted que mi destino me condena a luchar siempre y siempre? A vivir en dos elementos contrarios a mi naturaleza?

En 1896 faltó poco para que el vaticinio de Monseñor de Meriño se cumpliera. Debí irme al campo en busca de algun reposo y de aire mejor.

Don Emiliano partió para Roma. Contra todos sus sentimientos y en oposición abierta a su manera de ser especial, aceptó, por patriotismo puro, una misión para el arreglo de un asunto nacional. Esplicóme él las cosas y yo le comprendí, ¡Cuanto lamentó dejarme enferma y con cuanto pesar se despidió de mi! Pero él contaba con el bien que debía resultarme de una estada en el campo que fué el primero en aconsejar recomendando a mi esposo que tratase de que se prolongara

el mayor tiempo posible. Cuánta falta me hizo!

Monseñor era un esclavo del deber. Al campo podía ir a visitarme, menos aún de lo que lo hacía en la ciudad.

La carta que voy a copiar es un testimonio de lo que asevero aquí. La recibí estando algo mejor aunque apenas abandonaba el lecho.

CARTA 25a.

Amelia, mi carísima y respetada amiga:

No se fije en mis faltas. Quiérame así como las circunstancias de mi fatigosa vida me hacen aparecer: algo descortés; pero con un corazón lleno de afectos ferventísimos siempre y nunca indiferente a los pesares de los que amo!

Siento infinito haber causado a usted la pena que me revela. Yo que tanto me complaciera en disiparle el ánimo y en verla libre de los padecimientos que la agobian!....

Es, mi querida amiga, que en estos días se me han acumulado tantas atenciones, que no sé como he podido irme

desembarazando de ellos, sin que me estalle el cerebro.

Sí, Amelia! La vida de este su pobre amigo sólo tiene fugaces respiros! Cércanme las contrariedades y paso días de tales ahogos en este cargo que ejerzo, que no puede usted ni aún imajinarlos.

El mismo día en que su esposo me mandó la estimadísima carta de usted y su «Fantasía» solo tuve tiempo para leer aquella. Al siguiente ví la «Fantasía» De esta hablaremos cuando tenga el gusto de ver a usted para lo cual extenderé una de estas tardes mis reducidos paseos. Mientras tanto, haga copiar su obra, para que me sea posible leerla *do corrido* (dispense!) y fijarme mejor en la forma y en el asunto.

Yo mismo pensé ir a llevarle el manuscrito, pero no he podido. Hasta la próxima semana, no me será permitido salir de aquí de tarde.

Y ¡vamos, Amelia, no esté triste, por Dios! Ni se crea sola! Usted tiene muchos que la quieren! Y hay quien piense constantemente en usted! Anímese; pasee por el campo; vaya con frecuencia a orilla del mar y empeñese en alimentarse! Sacuda penas y quebrantos! Deseo tanto verla!

Amelia, mi noble hija, usted no puede imaginarse cuanto la aprecia, distingue y admira, su afectísimo.

P. Meriño.

¡Qué carta tan afectuosa esta! ¿Quien no comprende que había sido dictada por el corazón de aquel hombre tan grande y tan espontáneo en sus sentimientos, como sincero y magnífico era para todo lo demás!

La «Fantasía» de que hablaba era mi «Pepe. Pepe y José» capricho de mi imajinación de enferma, que escribiera yo el primer dia en que dejé la cama, allá en la estancia.

Mostrelo a mi esposo y él se adueñó de mi insignificante trabajo y lo envió a Monseñor.

Mas tarde mi entusiasta amigo Don José Joaquin Perez, lo admiró y lo dió a la prensa. Yo no me ocupé de él para nada. El gran poeta me pidió una serie de cuentos como ese y se los prometí, sin poder luego cumplir mi palabra.

Carta 26a.

Mi queridísima: ayer tarde me he

llevado un solemne chasco. Fuí a la estancia a eso de las 4 y me dijo un viejo, que salió a recibirme, que desde las 2 había usted venido a la ciudad.

Al regresar detúveme un rato, conversando con mi comadre, Doña Dolores Lavastida de Baez en su casa de campo en el mismo camino y me volví a mi rincón; no pasé por donde usted porque supuse que algo de importancia la había hecho venir a la ciudad y que podía yo importunarla.

Si usted no se vuelve pronto, tenga la bondad de avisarmelo para ir a verla aquí, no esta tarde porque estoy muy ocupado, pero tal vez mañana.

Sé que usted se encuentra bastante mejorada y espero que siga reponiendose para satisfacción de los que la quieren como su afectísimo

P. M.

XXXIV

Sí! Hacía dos meses que habitaba yo en el campo y tuve que ir a mi casa por asunto comercial, con toda urgencia, por desearlo así mi esposo; y pasar algunos días en ella antes de volverme. Había recomendado esa mañana que lo avisaran a mi ilustre amigo, pero no fuí obedecida a tiempo. Quiso la casualidad que Monseñor determinara visitarme ese mismo día, habiendo tantos en que yo le había aguardado inútilmente.

Mi vida está llena de tantas contrariedades.

Como tan pronto mejorara yo afuera de la ciudad, respirando aire

más libre, iba y venía cada quincena, obligada a atender a los negocios aunque fuese de ese modo intermitente, no volvió mi estimado amigo a llevarse chasco, porque me vió en mi casa, cada vez que tuvo noticia de que yo me hallaba en ella.

Sobre mí pesaban tantos compromisos!

Después de la muerte de mi hermano Eugenio, mi madre, muy anciana, y dos hermanas mías, solteras, habían quedado bajo mi tutela y casi sin recursos.

La pérdida de ese hijo, que ella adoraba, habíala convertido en un pobre ser incapaz de soportar el menor disgusto. Había que evitarle la mas ligera incomodidad; rodearla de cuidados; preservarla de mortificaciones.

Uno de mis mayores empeños tenía por objeto el sustituir cerca de ella a mi hermano en todo lo material de la existencia, para que la falta de él fuera menos sensible a la pobre anciana.

Para conseguirlo, qué suma de esfuerzos erame necesaria! Jamás tenía sosiego. Aún postrada en cama, trabajaba, dando órdenes y dirijiendolo todo.

En el campo mismo, faltábame la tranquilidad de espíritu.

Siendo muy precario el estado de salud de mi esposo y no debiendo su régimen higiénico sufrir alteración alguna, había que prodigarle cuidados mayores aún que a mí, por mal que yo estuviese, y así lo exigía yo misma, preocupada de continuo por la observancia del método que él necesitaba seguir. En nuestra casa era el médico indispensable. Hubo ocasiones en que tuve que servir de enfermera, en medio de crueles quebrantos.

Pasó esto en una epidemia de influenza; terrible esa vez y que arrebató en pocos días a muchas personas robustas. Contrajo él la enfermedad.

Díjome el médico que nos asistía entonces:

—Para su esposo es preciso que se evite la más ligera congestión pulmonar. Si sus pulmones dejasen de funcionar normalmente, no tendría remedio.

En cambio, el que se llamó luego, porque el primero enfermó, y que me estimaba mucho, me declaró:

—Doña Amelia, ésta epidemia es muy peligrosa para usted. La temo por usted más que por los míos. Debe

usted a toda costa preservarse de ella!

¿Y cómo? Hube de abnegarme consagrada, noche y día, al cuidado de mi enfermo. Inclinada sobre él, aspiraba el aire contaminado de su pecho removido por una tos violentísima y de ese modo adquirí el mal epidémico al cuarto día.

Aquello fué horrible. Pensaba yo que al Dante le faltó imajinación para inventar un suplicio semejante al mío. Mi estado era lastimero. Tenía una fiebre ardentísima; una cefalalgia atroz que hacía zumbar mis oidos dolorosamente; los pulmones congestionados; los bronquios afectados por una tos que no daba tregua. Y unos dolores que inundaban mi cuerpo a todas horas. Podía creerse que así fuera yo enfermera y directora de la casa y de los negocios? Sí lo era, porque no tenía quien pudiera suplirme y la vida de mi esposo me estaba encomendada! A riesgo de morir yo creía de mi deber tratar de preservarle de la muerte.

Había hecho colocar una cama ligera, en la habitación de mi esposo, para estar próxima a él y velarle.

Una mañana, al querer levantar-

me para ir hacia el lecho y ver si dormía, caí al suelo sin conocimiento, por exceso de debilidad. Y él encontró bastante fuerzas, al darse cuenta de ello, sobresaltado, para alzarme en brazos y depositarme en mi cama.

Volví en mí y, tan luego recobré algún aliento, continué mi papel de enfermera. Como podrá bien verse, mi condición era fatal.

XXXV

Cada día aprendía yo a conocer a mi amado Monseñor, y a estimarle, bajo todos sus aspectos, más y mejor. Como *padre de familia* no era menos digno de admiración que como amigo y como todo.

Y digo padre de familia porque no merecía otro nombre el protector amoroso de las huérfanas del Asilo de Santa Clara, atendido por las Hermanitas de la caridad.

Nadie podía dar testimonio de ello con más razón que yo, que era la encargada de las compras que él hacía para ellas y además estaba ligada íntimamente con personas sabedoras de cuan-

tos desvelos tenía él por *sus niñas* como las llamaba. Por mis amigas conocía detalles conmovedores de su piadosa solicitud por las desamparadas.

Yo había querido verle, como las que me lo referían, en las mañanas de los domingos, velando desde el balcón interior del palacio, como un Dios tutelar, sobre la turba de chiquillas de todas edades, que correteaban en su jardín y en su huerta, que él hacía abrir para ellas generosamente. Gozaba el noble arzobispo de un modo indecible, contemplando aquel enjambre de mariposas humanas revolotear; posarse aquí y allí, alegres, satisfechas; gozando de la libertad que se les concedía, como las más favorecidas de la suerte. Las flores y las frutas estaban a la disposición de las desheredadas, a las cuales animaba a divertirse desde lo alto de su observatorio, con su voz dulcísima y persuasiva.

¡Qué bello espectáculo debía ser ese!

Una de esas mañanas fuimos mi esposo y yo a llevar una sobrinita que deseaba visitar a mi ilustre amigo, a quien veneraba, pero no sé porqué motivo las chicas no fueron a solazarse

en el palacio. Casualidad que deploré por mí y por la niña. Monseñor estaba delicioso de amabilidad por nosotros. Pasamos un rato muy agradable allí.

Tambien en las tardes de los días festivos, íbase el gran Meriño al mismo Asilo, haciendo el trayecto, que era corto, a pié; y sentado en una poltrona, con la más admirable sencillez y suavidad, imitando a Cristo cuando decía:

—Dejad que los niños vengan a mí! Llamaba a las chiquillas una por una. Para inspirarles confianza, hacíase el pequeño. Y, que grande era! Enviaba por una bandeja de dulces á alguna dulcería y los hacia repartir en su presencia. La alegría de las chicas le encantaban así como las ocurrencias de algunas de ellas. A las mas conscientes les preguntaba lo que deseaban que él les regalase. Y ellas no tenían inconveniente en pedir. Mimábalas él tanto. Al día siguiente me llegaba la nota de pedidos para que yo la llenara y pasara la cuenta. Tengo un sin número de cartas, de esquelas y de tarjetas de Monseñor de Meriño, que me las dirijia con motivo de compras. Copia-

ré algunas de las que conservo para que se admire la minuciosidad, la exactitud en sus cuentas, la prodigiosa bondad que desplegaba ese hombre tan grande en sus obras de caridad.

Complacíame yo en servirle, queriendo colaborar de esa manera en algo, al bien que él efectuaba. Mi ilustre amigo ingresó siempre el verdadero precio de los artículos que yo le proporcionaba para sus protejidas. Deseoso de favorecernos, despues que abrimos el establecimiento de mercancías y objetos curiosos, quiso ser él nuestro mejor cliente y por esa razón no temía molestarme pidiendome cuanto necesitara.

Yo rebajaba para él todos los precios, hasta el costo sin que él, desdeñoso de mezquinas averiguaciones, se diera cuenta de nada. De lo contrario, su extremada delicadeza habríale impedido utilizar mis servicios.

Empresa grande era, a veces, para mí satisfacerle: sobre todo cuando en nuestro establecimiento faltaba lo que él deseaba conseguir. Entonces, nuestros empleados y sirvientas andaban buscandolo en otras tiendas. Los precios naturalmente eran más elevados

que los que le anotabamos de costumbre, lo cual me mortificaba, por el temor de parecerle gravosa en mis compras por su cuenta.

Todos estos eran escrúpulos de delicadeza que él ignoraba.

CARTA 27a.

Mi carísima amiga:

Dispense usted, mi noble Amelia, que la moleste; pero, como no entiendo nada de trajes de mujer, de usted debo valerme para engalanar mis huérfanas.

Deseo siete cortes de vestidos; tres de diez varas y cuatro de ocho, con sus correspondientes adornos. Le envío $50 para que se cobre lo que le debo; y mándeme, además, dos varas de cinta de terciopelo de las angostitas que se usan para el cuello.

Perdone a su muy afectísimo,
P. Meriño.

¿Será creible tan ingénua bondad? Ocuparse de cintas de terciopelo para el cuello de las huérfanas! Reia yo a veces y dulcemente le daba bromas sobre tales tonterias.....

Decíale:

Monseñor, qué entiende usted de monerías semejantes para pedírmelas?

—Nada, amiga mía, contestaba él riendo. Pero usted entiende de ellas y con eso basta. Se que mi Señora Doña Amelia, me sacará de apuros.

CARTA 28A

Mi muy querida amiga:

No debiendo dar lugar a que en pascuas, me anote usted en el número de sus deudores de dinero, le remito:

Los $ 11.50 de ayer
y los » 20.30 de hoy
$ 31.80

y como falta el último corte de vestido por arreglar, van $ 35.00 para que usted se cobre. Si quedo debiendo *contavos*, no será nada para quien tiene por acreedora de todo su afecto y de su respeto a una amiga como usted.

P. M.

¿Creeráse qué exagero cuando digo que Monseñor de Meriño era *dolioloso*?

Espero que nó.

CARTA 29A.

¡Ay amiga! quedo riendome!

Qué mal dependiente sería yo ¡Pobre «Nueva Feria» (*) si Don Rafael me empleara en ella! Ahora veo que me quedaba con 50 centavos sobre la docena de media, ¿no es eso?

Pues van los $ 4 y los 50 centavos y no tenga cuidado, mi noble amiga! Voy a repasar la aritmética!

Que siga usted *aurora* como la ví ayer!

B. S. M. su muy afectísimo
P. Meriño.

CARTA 30A.

Carísima Amelia:

Necesito algo para las niñas del Asilo. ¿No lo habrá en su establecimiento? Son siete cortes de vestidos, blancos. Escojerá usted una tela regular y les añadirá los correspondientes adornos, segun lo quiera la moda y sea conveniente para las circunstancias de mis protejidas. Usted dirá.

Y una docena de medias, de clase

(*) Nombre del establecimiento de mi esposo.

mediana, blancas. Y si no las hubiera así, color de rosa.

Y lleve con paciencia a su afectísimo amigo que tanto la distingue.

P. Meriño

CARTA 31a.

Amelia, carísima mía

Mil gracias le doy! «La Nueva Feria» verá que obsequia en Pascuas a un corazón reconocido; tan pronto me caigan algunas motas[*] pues voy a necesitar algunas cosas para mis pobres.

Ayer fuí donde el amigo Galvan y no estaba en su casa. No olvidaré el recado de usted para él.

La quiero como usted lo merece.

Su muy adicto

P. Meriño

CARTA 32 a.

¡Nada, mi noble amiga! Es que tengo tal cúmulo de atenciones que, aunque estoy acostumbrado a repartirme, voy viendo que ya no me falta mucho

---

[*] Moneda usada

para perder la chaveta.

Por no haber tenido menudo, dije a Ruperta: yo arreglo eso «después». Esto fué olvidando que en mi esquela decía a usted otra cosa. Pero ya le esplliqué a ella mi distracción y creo que quedó conforme.

Ahí le envío $ 14.

Sobre mi visita el lunes, haré lo posible, comprometiéndome. Si fuera mas libre, veria usted con cuanta frecuencia iba a saludar a mi señora y a echar gratos párrafos con ella, disfrutando de su amable compañía.

Así como soy, siempre la tengo presente y estimo muy mucho.

Su *fstimo*

P. Meriño

He copiado ésta carta para dar a conocer otro rasgo de la sencilla bondad de Monseñor de Meriño.

La Ruperta que él nombra era una mulata buena moza y simpática que me sirvió durante cuatro años; queríame mucho y me respetaba altamente. Empero con los demás mostrábase luego arisca y mal genlada, por ser muy escasa de inteligencia. Su honradez era absoluta. Hacia oficio

de mandadera diariamente, cerca de mi ilustre amigo, quien bromeaba con ella y acostumbraba propinarla halagadoramente cada vez que le llevaba algo: obsequio, compra u otra cosa Ruperta se hacía lenguas al hablar de Monseñor.

El día en que éste me escribió, había yo enviado uno de sus encargos. Como me dijera en su esquela que Ruperta me entregaría el importe, le pregunté a ella sencillamente por el dinero. Eso bastó para que mi mujer se arborotara y para que, sin escuchar a nadie, creyendo que se dudaba de su probidad, partiera como un diablo a *preguntar al Arzobispo que jera lo que el me jabia escrito.* Comprendió mi noble amigo que se trataba de una estupidez de la criada, y la calmó con bondadosas palabras. ¡Que otro que él hubiera sido tan paciente? Hombre sorprendentemente bueno! Que corazón magnánimo tenía!

XXXVI

Pues, señora mía, ¡soy hombre al agua! He querido decir:

1. Que necesito una docena de toballas para la cara. Las recibí.

2 Que deseo otra docena de servilletas de mano. Aquí las tengo.

3. Que si me acepta mi Señora Doña Amelia como criado. Lo conseguiré? Pues ¡a los pies de Ud., señora mía!

P. Meriño.

¡Puede darse carácter más hermoso? Mostrarse al igual de muchos grandes hombres. que suelen tener reversos de muchacho, tenía él ingenuidades infantiles. Era como un verdadero niño

en eso de querer pasar por malicioso, no existiendo en él tal malicia.

Del mismo modo, como las de un chiquillo eran sus cóleras: en la intimidad. Así pasaban pronto. Irritábase, al parecer violentamente: sacudía los brazos; daba sus patadítas en el suelo y hasta soltaba alguna *interjección* inacostumbrada.

Esto, únicamente en los casos en que se le importunaba en demasía; más allá de los límites soportables para un hombre de tal calma y serenidad. Entonces oíasele exclamar:

—¡Hombre, hombre! Esto es demasiado. Esto es imposible! No puedo mas. Y se sofocaba como si fuera a estallar.

Empero, tan gran enojo y tan profunda irritación, pasaban pronto sin dejar huellas; semejantes a una granizada de verano: tras la cual sale el sol más radiante sin que la tierra sufra por ella.

Mi esposo y yo tuvimos una noche ocasión de observar esto.

Hacía algun tiempo que yo no salía a la calle, ni aún para ir al campo. La temperatura era agradable. La luna se mostraba hermosa, con una clari-

dad de plenilunio.

Vino mi esposo a mí y me dijo:

—¿Quieres complacerme, Miss? Acompañarme a dar un paseito en coche, por las orillas del mar. Aprovechemos esta noche fresca y hermosa y que te sientes mejor. Sabes el bien que te hace eso! ¡Vamos; no me digas que no!

Insistóme tanto, que convine en complacerle. Fuimos y pasamos casi una hora contemplando las olas y aspirando la brisa saturada de perfumes marinos.

Sacó mi esposo su reloj y al ver que era temprano, me dijo:

—Son las ocho y media, nada mas. Está la noche tan bella? Sabes lo que se me ocurre? Vamos a sorprender a Monseñor en su palacio. ¡Tal vez esté solo y se alegrará tanto al vernos!

La idea me halagó. Estaba yo de buen humor, por la saturación de mis pulmones, producida por el aire que había respirado por un largo rato.

Volvimos al coche que abandonamos para gozar más libremente de la brisa. I en dos minutos llegamos al palacio. No había visitas, por extraordinario. Subimos; llamamos; Mon-

BIBLIOTECA NACIONAL
BN PH

señor se presentó. Estaba solo. Acababa de tener uno de esos momentos de rara excitación que alguna vez le demudaban el semblante. Todavía tenía el rostro descompuesto: Oprimióseme en seguida el corazón al descubrirle otro del que yo conociera y admirara hacía años. Pero ¡que poco duró aquello! Al reconocernos, iluminose su faz súbitamente con luz bellísima y volvió a resplandecer.

Oh! Que rato tan ameno, tan dulce pasamos a su lado! Que amabilidad nos dispensó! Hubiera yo querido detener el tiempo para prolongar la visita!

Retorné a casa con el alma llena de gratas impresiones. Mi paseo me había encantado.

Monseñor, díjele por broma, la primera vez que volví a verle en casa, ¿que feo le encontré la otra noche, cuando nos abrió usted su sala, sin saber quienes llamaban! Sabe que le cojí miedo?

--Oh amiga maliciosa! En cambio usted se mostró a mi *aurora* y me iluminó!

Así querría yo verla siempre y como en este momento en que se burla de mí!

CARTA 33a.

Buena amiga mía:

No he podido salir en estos días porque recibí un golpe en el *tendon de Aquiles* que me impide calzarme.

Yo tengo el empeño de que usted me proporcione lo siguiente:

Un corte de vestido bonito para obsequiar a Antonia, la niña del sello que usted conoce. Lo quiero color de rosa con sus correspondientes adornos; usted lo escojerá a su gusto.

Dos cajas de polvos finos y una polvera con su mota.

Y ¿que más será? No sé. Algo a propósito para una señora modesta ¡Un hermoso abrigo, o qué? Usted sabrá.

Son tres Antonias de mi cariño las que quiero obsequiar en su día. Y usted sola es la que puede ayudarme para ello!

Resuelva, pues!

Y dispense todas las molestias que le da quien quisiera servirle hasta de criado!

¿No me aceptará mi noble amiga?

Su affo. de alma.

P. M.

CARTA 34a.

En estos tres días estoy de exámenes en el Instituto [*] Si tiene que mandar acá que sea por la mañana. Quiero un corte de vestido y una docena de medias negras.

La cuenta de una vez!

Usted no me dice lo que le debo, pero se que es mucho.

Van $30.

Compongasela usted para cobrarse!

B. S. M. su affmo.

P. Meriño

No voy allá porque el viento y el polvo me tienen preso.

Ceso aquí de reproducir cartas motivadas por asuntos de compras. Tal vez mas tarde volveré a copiar alguna que me venga a las manos.

(*) Hoy es la Universidad. Monseñor era Rector en esa época.

XXXVII

A fines de 1898 tuve precipitadamente que abandonar la casa y los negocios porque las fuerzas me faltaron otra vez.

En un estado de postración indecible me condujeron a los altos de otra vivienda más fresca, más espaciosa é higiénica que la que dejaba.

Los que me vieron transportar a la nueva habitación en un coche cerrado y rodeada de almohadas y envuelta en mantas, me juzgarían moribunda; ¡tan mal estaba!

El médico que me asistía era un amigo verdadero. Empeñado en salvarme había él mismo escojido la casa

que debía ocupar temporalmente y asistido a mi instalación en ella, por ser su opinión que de tales cuidados, dependía la prolongación de mi vida, en aquellos instantes.

Y no se equivocó. La crisis que sufrí al día siguiente de instalada, pudo conjurarse merced a las precauciones aconsejadas por él.

Y después de dicha crisis, mejoré rapidamente; y me animé bastante. Lejos de afanes y de perturbaciones de todo género, comencé a reponerme en lo físico como en lo moral.

Traté de olvidar los disgustos de familia, las penas que contribuyeran a reducirme al estado en que cayera en el mismo grado que las fatigas de mi vida comercial.

Tuve como una impresión de renacimiento. Lisongeramente acaricié la ilusión de seguir mejorando.

Nuestra situación económica me permitía esperarlo. A costa de inauditos esfuerzos, habíamos logrado realizar un pequeño capital, cuya renta debía asegurarnos la subsistencia, en el porvenir, aun cuando no nos fuese dado continuar trabajando. A ese fin habían tendido los sacrificios acepta-

dos por mí heroicamente. Cuatro años había pasado entregada a un trabajo ímprobo, sin comodidades, sin el menor confort, en una casa sin aire e invadida cada día más por la mercancía, fuera de todo centro social; lejos de todo ambiente literario; sin una sala de recibo, llevando casi una vida de campamento; preocupada por las materialidades de la existencia únicamente!

Oh! ya podría respirar: no verme en otra esfera, rodeada de arte, de comodidades, de luz: ser ájil! Soñaba con la literatura. Principié a concebir planes de obras distintas, llevadas a cabo en calma: libre de preocupaciones mezquinas; feliz en lo posible! Halagábame la idea de complacer a Monseñor.

La peña de este había sido grande durante mi enfermedad. Y su regocijo al verme mejor, no era menor que ella. Los nuevos alientos, que él contribuía a comunicarme, llenábanme de placer. Algunas cartas suyas son testimonio de su afectuosa satisfacción. Encuentro una de Enero de 1899. Despedíase de mí en ella al embarcarse para Azua, a donde iba en visita pastoral.

Muy pronto debió partir de nuevo para Roma, exigiéndolo así su seguridad personal, tanto como sus deberes respecto de la corte pontificia.

XXXVIII

Ha llegado el momento en que yo hable aquí de política, para decir de qué manera y por qué razones intervine yo en ella.

Cuando esperaba un poco de felicidad, después de tantos y tan crueles sufrimientos, vinieron los acontecimientos políticos, al precipitarse, a vedarme toda tranquilidad de espíritu.

En la República Dominicana todo el que tuviera una parcela de patriotismo, tenía que sufrir. El presidente Heureaux estaba casi loco. Había llegado el instante en que la megalomanía produce vértigos. Padecía de la

ebriedad de la tiranía. Nada respetaba. Hasta sus partidarios y amigos le temían ya. Disponía de los bienes que él mismo, en sus favores, les había hecho adquirir, sin escrúpulo alguno, como de cosa propia, arruinando casi a los que había enriquecido; y ¡ay del que pretendiera oponerse a ello! Había que soportarlo todo sin quejarse; acatar todas sus voluntades; rendirle homenaje como a un Dios; inclinarse humildemente ante todo sus caprichos, así fuesen los más infames. No faltaban personas estimables y honradas que, habiéndole debido servicios particulares en otro tiempo y no siendo ingratos, le querían aun. Sin embargo, no podían excusarle. Reconocían, tristemente, la verdad y lamentaban todos los actos de locura del sátrapa dictador.

Monseñor de Mariño le había estimado antes, le había favorecido cuando era bueno. El mismo lo decía. Luego que le vió desbordarse, corromperse, convertirse en fiera sanguinaria, sufrió íntimamente. De ello hablábamos muchas veces; lamentando el despilfarro de las fuerzas públicas; la corrupción completa en todos los órde-

nes sociales, el descrédito en que había caído el país en el exterior: todo aquello necesariamente debía atormentar a todo dominicano consciente; y con mayor motivo al gran patriota que se llamaba Meriño. A mí se me laceraba el corazón a cada acto de barbarie del odiado déspota. Y en mi pecho no cabía la indignación cuando tenía noticia de alguna nueva violación de la moral más elemental. Habíanme dicho que Monseñor de Meriño, aunque respetado aparentemente por Lilis [a] era detestado por él y que en la lista de los que debían *suprimirse*, estaba él anotado. Mayor temor me produjo entonces ese hombre funesto. La inquietud me martirizaba. Por eso le vi partir resignada. Lejos le era más difícil al temible loco, satisfacer en él su apetito de maldad; saciar su sed de venganza por la censura que tenía conciencia de merecer del que fué su protector. Estaría yo más tranquila, así sufriera por esta nueva y larga ausencia. Adios mis esperanzas de relativa felicidad. Todo se hundía; todo se

(a) Apodo del general Ulises

abismaba ante la dolorosa situación nacional!

Antes de partir fué a visitarme mi amadísimo amigo.

Díjele llena de pena:

--Monseñor: no habrá en Santo Domingo hombres que puedan detener a la fiera voraz en su camino de destrucción. ¿Cual será el fin de esto?

—Escuche, Amelia ¡Su dolor tan justo me apena y por eso quiero hacerle vislumbrar una esperanza. Sí. Habrá hombres. Se piensa en ello. Y muy reservadamente me suministró algunos datos respecto de un plan revolucionario combinado para derrocar a Lilis.

Entreabrióse mi corazón, no a la misma esperanza prometida, pero sí a cierto anhelo de que esta pudiera nacer en mí. Antes nada creía que fuera capaz de redimirnos de la horrible tiranía que nos esclavizaba.

Contesté:

—Monseñor, como son amigos suyos los que quieren abnegarse por salvar la triste patria, dígales que con ellos estaré yo, ayudandoles en cuanto pueda serles útil. Que así lo juro

Lo cumpliré.

Desde ese día traté de ponerme al corriente de los acontecimientos y favorecí en lo posible a los amigos que se confiaran a mí.

XXXIX

Don Emiliano, mientras tanto, se encontraba en su propiedad de Antonci. De él no tenía noticias sino por su familia. Diariamente me informaba, enviándole recados y, entre días, alguna carta, si las circunstancias lo requerían.

Habíame acostumbrado a su manera de ser. El jamás escribía. Habíame dicho en ocasiones que no gustaba de correspondencias epistolares, porque muchas veces resultaban peligrosas, y yo no se las exigía. Durante todo el tiempo de nuestra amistad de él no obtuve sino tres cartas poco expansivas y afectuosas que solo pude

arrancarle a fuerza de súplicas en ciertos casos excepcionales, cuando su interés personal me obligó a hacerlo.

Ni aún en época de su mayor entusiasmo por la *reina Esther*, conocí su letra. Siempre evitó escribir. Si tenía algo importante que decirme, iba a mi casa y allí pasaba horas complacido y hasta abnegado, pero no escribía.

Cuando yo le reprobaba esas excentricidades, a veces lastimada por ellas, repetía:

Yo soy así, Amelia. El que me quiere debe aceptarme como soy!

Concluí por no quejarme: pero tal vez le quise menos entonces. Luego vino el momento en que volvimos a ser los amigos de otro tiempo y en que llegué a verle diariamente, atraído cerca de mí por el patriotismo y por el renuevo de afecto que le inspiré por mi conducta especial en los acontecimientos que sobrevinieron.

XL

El general Heureaux, presidente de la república, fué muerto.

Ese acontecimiento produjo en el país un regocijo delirante.

En mí produjo un efecto extraño. Sil La desaparición de ese hombre nefasto, hízome sentir el gran alivio que experimentaban los demás, libres para siempre del horroroso peso que su existencia constituía.

Pero hubo, en medio de todo, un sentimiento que me entristeció. Pensaba con pesar:

¿Por qué ese ser dotado por Dios de cualidades excepcionales para su condición, debió corromperse a tal extre-

mo que le convirtiera en un azote para su pobre patria, que tanto necesita de hombres como él, pero dotados de virtud? ¿Por que en lugar de emplear para el bien su inteligencia natural, tan despejada; su habilidad política; su innegable valor militar y otras cualidades, hízose odiar tan profundamente por sus maldades y sus espantosos vicios?

Lamentábalo por la patria querida, cuando me convencí de la realidad de esa muerte, por el alma del réprobo imploré a Dios, en un piadoso impulso de caridad cristiana, imitando sin saberlo a una santa mujer, que muerta suya fué. Mujer de virtud sublime a quien él crucificó al martirizar al esposo de ella, del modo más cruel hasta que le quitó la vida! Hablo de la noble viuda del general Eugenio Generoso de Marchena, primo mío, ejecutado por Lilis y cuya muerte me causó dolor profundo.

Pero al mismo tiempo que pedía a Dios misericordia por el monstruo fallecido, invoquela con tanto fervor y de lo mas íntimo de mi alma, para que me favoreciera, para que me iluminase en la empresa patriótica que

iba a acometer: no pensando un instante siquiera en mis proyectos literarios.

Inmediatamente, llena de valor y de esperanza, entré en la lid.

Desde el primer momento ví a Don Emiliano a mi lado. No hice más que llamarlo y acudió presuroso.

Tanto él como yo estuvimos animados, de ardor patriótico. Nos entendiamos perfectamente. Mi actitud no le extrañaba. Encontrábale natural, como yo el celo con que él me ayudaba.

Sus consejos prácticos éranme preciosos; mis inspiraciones le servían para orientarse muchas veces. Lo repito: nos entendiamos que era maravilla.

Pude admirar su gran desprendimiento Muy grande le encontré en su patriotismo, y tan sencillo?

En ese sentido, con toda justicia le igualé en mi espíritu a mi inolvidable ausente; cuya vuelta ya posible, vivía anhelando yo!

Fecunda fué mi labor, favorecida por don Emiliano.

Y delicada tambien, debió ser. La situación política no era muy clara. Los pesimistas la juzgaban caótica.

Pero en nosotros habia la fé. Yo la tenia en mi colaborador, él creia en si mismo y contaba con mi entusiasmo. Ambos esperabamos en el Dios de la república que siempre habíala salvado de las mayores calamidades, y obrabamos, asi animosos.

Del régimen pasado subsistia aún el gobierno. Era el del vice-presidente general Wenceslao Figuereo, legítimo presidente por la muerte del presidente Heureaux. En verdad no era aquello sino un esqueleto de gobierno y nada mas; pero siempre habia que temerle.

Y existentes, habia dos fracciones revolucionarias; la una en el Cibao, encabezada por los que pusieron término a la existencia del tirano: muy fuerte por la popularidad de que gozaba a causa de ese hecho libertador, en armas para defenderse contra lo que quedara en pié del gobierno pasado; la otra, la que representaba mi amigo A. el ahijado de Monseñor de Meriño; ferviente devoto mio y merecedor de toda mi estimación. Esta fracción favorecía unicamente los intereses de Don Juan Isidro Jeneres y no estaba dispuesta sino a trabajar por él.

Antes de la muerte de Heureaux,

los dos grupos estaban de acuerdo; unidos para la empresa de derrocar al terrible dictador; pero ese acto de justicia violento; obra exclusiva de los cibaeños y consumado por circunstancias especiales, cambiaba la situación de los revolucionarios entre sí. Los jimenistas temían que los que se encaminaban hacia la ciudad para sitiarla y echar abajo al presidente Figuereo, no estuvieran ya dispuestos a reconocer como jefe supremo de la oposición a Jimenes. Ellos venían rodeados del aura popular, aclamados por todas partes, en tanto que el caudillo jimenista se encontraba relegado en Nassau después del fracaso de su expedición contra Lilis; ¿querrían aceptarle así vencido? No estarían engreídos por el triunfo? Era difícil saberlo, porque las comunicaciones se hallaban interceptadas y era peligroso tratar de salvar las distancias entre unos y otros rebeldes.

Mi amigo A, con gran ansiedad por las responsabilidades que asumiera, a cada rato estaba en mi casa consultándome o recomendando algo importante a mi eficaz intervención. Era él muy sospechoso al gobierno y por eso

debía andar con gran prudencia.

Acudí a Don Emiliano y los dos nos concertamos para la obra patriótica de unir a las dos fracciones y de evitar con esa unión una doble guerra civil. Encontré emisarios a quienes pude comunicar mi entusiasta ardor que se comprometieran a aclarar el punto capital. Empeñáronse de tal manera en ello que lo consiguieron. Y llegó a saberse, con toda certidumbre, que los del Cibao continuaban leales a sus primeros compromisos y que venían resueltos a reconocer a Jimenes como candidato a la Presidencia de la República. Causóme esto una gran satisfacción. Podía ya trabajarse con toda seguridad y contando con el éxito. El manifiesto en que se hallaban contenidas las declaraciones de los jefes del Cibao, lo llevó a mis manos mi sobrino Héctor de Marchena. Digo mal mi sobrino; que fué él mi hijo predilecto, desde casi mi niñez, en el tiempo en que chiquilla aun, sabía hacer veces de madre, en mi familia.

Era su *tía Amolia* una divinidad para el sobrino querido. Por complacerme se expuso. Y tambien por que en su corazón hacía vibrar la fibra

patriótica. Con otros tan entusiasmados como él, en aquella hora solemne, formó una banda que se lanzó tarde en la noche en busca de una imprenta particular en la que clandestinamente fuera posible reproducir el manifiesto en gran cantidad de ejemplares para esparcirlo por la ciudad dormida. La consiguieron y tuve yo a mi disposición un número regular de hojas que a mi vez reparti, empleando para ello humildes subordinados como la famosa Ruperta de la escena con Monseñor de Merlño, y un pobre albañil, que me era tan adicto como ella y que por mí se ofrecía para todo, por servirme. Los dos pobres, con el mayor sigilo, echaron a volar las hojas por barrios ignorados y suburbios para hacerlas populares hasta en los recónditos ámbitos de la ciudad.

Faltaba conocer las intenciones de Don Juan Isidro Jimenes Había aun peligro en comunicarse con él en Nassau. Ignorabase por completo lo que él pensaría de la situación y si contaba con algunos recursos para favorecer a los amigos que luchaban por elevarle. Dirijiósele un telegrama que mi esposo firmó por complacer a mi

amigo A. y por ayudarme en mi obra de reconstrucción nacional. En dicho telegrama se le avisaba todo y se le pedía un informe de su situación propia y de sus intenciones.

Y ahora debo decir aquí que de todos mis *sirtos*, y de los más fervorosos por mí era mi marido.

Dejábame él libre acción porque gozaba viéndome en plena actividad y ejercitando mis mejores facultades. En mí tenía confianza entera. Estaba tan seguro de que yo jamás podría perjudicarle en nada! El carácter de nobleza que revestían todos mis actos le seducía. Admirábame sencillamente, tanto como me respetaba. El encontraba natural que se me quisiera excepcionalmente por quererme él mismo así y por eso no se ofuscaba por las demostraciones de afecto que se me tributaran por exageradas que pudieran parecer. Agradecíale yo la gran estimación que hacía de mí y puedo asegurar que ella contribuyó a mantener la armonía en nuestro interior. Yo no habría sabido tolerar la menor desconfianza, siendo tan leal y sincera. La independencia era indispensable para mí, pero mi sensatez sa-

bia ponerle límite. Si mi esposo no vijilaba mis acciones, si en libertad me dejaba para recibir solo a mis amigos más queridos, en cambio le autorizaba a abrir mi correspondencia; a contestar por mi muchas cartas y le daba cuenta de todo. Si le callaba algo en algun caso dado tenía por objeto cortarle sufrimiento o mortificacion. El tambien era libre respecto de mí. Respetó siempre todo lo suyo y, en mi sistemático empeño de no desagradarle, llegaba hasta no dar entrada en nuestra casa, ni aun a deudos míos que no fueran de su agrado.

De ese modo, nos conllevábamos aunque nuestras dos naturalezas distaran de ser jemelas.

Y nuestro matrimonio duró.

XLI

Don Juan Isidro Jimenes contestó al telegrama. Estaba satisfecho de todo y vendría al país con recursos. Esta última afirmación dió por resultado casi un fermento de entusiasmo por él. La situación del país, económicamente, era tan mala! Las arcas nacionales estaban vacías y muchas dificultades podían surgir, aun triunfando, por falta de dinero. La noticia cundió, causando alegría casi general.

Lo que quedaba por hacer era forzar a *Manolo* [*] a renunciar pasivamente.

(*) Apodo familiar del general Figueroa.

En esto representé un papel *brillante*.

Y me río al decirlo porque ese trabajo fué muy sencillo.

Mano Lao no tenía el menor amor a la presidencia. Rico e independiente, despues de la muerte de Heureaux que le dominaba, preferia vivir tranquilo a sostener una lucha por el poder. Cerca de él tenía yo amigos que le servían de consejeros y eran muy atendidos por él. Desde el primer momento traté yo de hacerme oir de ellos, insinuandoles la idea de la renuncia del presidente. Insistí de continuo. Unas veces se me escuchaba con atención; otras se me respondía que bien podía él conservar el mando el tiempo requerido por la Constitución que no era largo. Impaciente y temerosa, llegaba yo hasta amenazar, en nombre de los revolucionarios, aunque sin revelar que estuviera yo con ellos. Decía que tenía noticias de que, si se les resistía, serían terribles las represalias que llevarían a cabo. Esto era efectivo para hacer penetrar el miedo en el ánimo del prudente sucesor de Lilis. La presión ejercida por esos medios surtió feliz efecto. El presidente Fi-

guereo renunció.

He sabido, después, que el ilustre Don Manuel de Jesús Galván, mi buen amigo, y Don Federico Henríquez y Carvajal, tambien ilustre y noble amigo mío, llamados por el presidente para que le sirvieran, declinaron ese favor, sin concertarse, separadamente, porque así se lo aconsejaba su conciencia de patriotas, dejando comprender a Mano Lao que la renuncia era el partido que a él le convenía tomar, para ser más digno en aquellos momentos de tanta trascendencia.

Y muchos debió haber en esos días memorables que sintieran conmovidas sus fibras patrióticas y que, olvidando intereses mezquinos, tan solo pensaran en el bien del país.

Todas las dificultades estaban vencidas. No había gobierno. Quedaba un simulacro que vino al suelo en la noche del 30 de Agosto, por la decisión de una turba de mozos alegres y briosos que, como divertida mascarada, se lanzó a las calles tirando piedras y gritando: ¡«Viva la revolución»! ¡«Abajo los traidores»! Formóse inmediatamente un gobierno provisional. En él tomó parte mi amigo A.

Las tropas olbaeñas se preparaban para hacer su entrada triunfal en la ciudad. Jimenes, prevenido, inmediatamente, se disponía a salir de Nassau para Santo Domingo.

Desde el 1o. de Setiembre estaba yo enferma. Había caído despues de la excitación de la lucha, rendida de extenuación. Porque todo no había sido flores en aquel combate. Tuve días de gran tribulación; horas de penosa ansiedad. Dijeronnos que yo había sido denunciada; que cerca de nuestra casa teníamos espías; que mi amigo A. estaba señalado como conspirador y amenazado de prisión nuevamente. Nuestra prudencia debió aumentar. Don Emiliano venía a vernos al amanecer y mi amigo en altas horas de la noche. Mi esposo y yo velabamos, cuando el vecindario dormía o no había despertado aun, para recibirlos. Lo mismo que a mi sobrino Hector.

Cuando nos aseguraban que los amigos del general *Mano Lao* le aconsejaban la resistencia y que ya se estaban preparando tropas para combatir a los *mutadores* de Lilis y cárcel y grillos y pasaportes para los denunciados como conspiradores, mi inquie-

tud era dolorosa.

No tenía otro consuelo a cada amenaza de estas que llegara a mí, sino el siguiente:

¡Que venga Don Emiliano!

Decidía él y conmigo examinaba la situación nuestra y, con toda lucidez y calma, calculaba lo que en pro o en contra de ella pudiera haber y casi siempre me tranquilizaba.

—No se atormente tanto, Amelia, me repetía. Esperemos que todo se arregle. Yo quería tener fé. Y la tenía en él; la tenía en mi entusiasmo y por medio de este, la comunicaba a otros. Los demás creían en mí y conmigo contaban para todo. Sobre todo con mi influencia sobre don Emiliano que les era necesario y que, probablemente, sin mí, no les hubiera servido, como lo hacía a mi lado. Era yo el lazo que le unía a los jimenistas. En cuanto a los revolucionarios del Cibao, conocíalos él muy poco entonces, según me declaró, para serles útil como les fué, por órgano mío.

Mi colaboración debió ser preciosa para todo.

.....

Sin embargo, poco tiempo despues

todo esto estaba olvidado. En esa ocasión, mas que en otras, recibí *oobro* por el *oro do mi oorazón* que dicra según el decir de mi psicólogo amigo que conocía bien el mundo y la humanidad!

—No me importa.

Bastábame la ilusión que acariciaba en mi espíritu para encontrar hermosos los días que siguieron:

Parecíame que nadaba en un océano de plena luz; que en el cielo de la república comenzaba a alzarse un sol esplendoroso; que ese sol la iluminaría por siempre y que ya todo sería paz, concordia y felicidad para la familia dominicana; que una era de progreso verdadero se abriría en breve para ella; que todo sería divino.

Deliciosas quimeras! Que pronto se desvanecieron!

La tarde en que el *heroe libertador*, (como se llamara al general Ramón Cáceres) y sus compañeros entraron en la capital, en tanto que la alegría cundía desbordante y que todo era fiesta y vítores a mi alrededor, yo en cama, desde mi habitación, seguía los movimientos exteriores, congratulándome también por el país.

Un gobierno mixto se formó para preparar las elecciones en corto tiempo. Jimenes era el candidato para la presidencia; el general Horacio Vasquez, jefe de los cibaeños, el escojido para la vice-presidencia. Todo parecía convertido en la mayor armonía; todo inspirado por los mejores sentimientos patrióticos. Así lo creía yo en mi sinceridad; así lo esperaba mi alma anhelosa.

Aunque comenzara a ver que se me relegaba; que de mí se desentendiera, conformábame con tal que los intereses de la patria prosperaran; que fueran bien atendidos y defendidos con amor.

XLII

Respecto de esto no tardé también en principiar a abrir los ojos; en descubrir algunas sombras en el sol esplendoroso. Eran ligeras, pero no tanto para que me permitieran vivir libre de inquietud. No porque temiera yo aun un eclipse total, sino porque mi confianza tan ciega en el porvenir desaparecía.

Vi venir a mí de nuevo a amigos alejados. Les traía el propósito de ofrecer a Don Emiliano la vice presidencia, por intermedio mío, no queriendo dirijirse a él claramente.

Sorprendida y ya alarmada respondí:

—Don Emiliano no puede aceptar eso. Sería un mal muy grande para el país y él jamás obrará sino en beneficio de este, como lo ha hecho siempre; con todo desinterés. Me atrevo a responder por él sin consultarle.

—Es que usted tal vez le convenza..

—Nunca. En estos momentos el candidato debe ser popular. Y Don Emiliano no lo es. Muy pocos saben apreciarle. Así se lo diré. El mismo lo sabe y me lo ha confesado.

No insistieron. Conté a mi buen amigo lo ocurrido. Y él me aprobó. Díjome sencillamente:

—Es esta la tercera vez que se me ofrece la vice-presidencia y siempre la he negado. Quiero ver al país en libertad, sin compromiso de gobierno.

¡Noble respuesta, digna del espartano que me honraba con su amistad y a quien yo concedía toda mi confianza!

—Ayudaré en lo posible a los que ya he servido, pero con toda independencia, añadió él.

Y lo ejecutó. Conmigo continuó laborando en varios asuntos nacionales, siempre atinadamente. Sobre todo en el arreglo de las finanzas, se ocupo

eficazmente, y entonces directamente le fué propuesta la cartera de Hacienda que rehusó tambien.

Atribuyendosele un sentimiento hostil. Demostrósele ingratitud. Hasta llegó a ser insultado publicamente. Todo esto lo supe yo con dolor. Conociéndole, sabia yo que él no podria soportarlo y que abandonaria desde luego la tarea que habia emprendido tan noblemente y tan útilmente para todos.

Así resultó. Yo me desentendí, como él, de la política activa. Todavía no estaba del todo desilusionada. Queria esperar algo aun del porvenir para este pobre país que tanto he amado.

Monseñor de Meriño habia vuelto de Roma, hacia algunas semanas.

Alguien le refirió aun entusiasmado con el recuerdo de mi conducta durante los últimos meses que poco me habia faltado para convertirme en otra Juana de Arco. Que contento se puso él al saber ésto! Mi acción valiosa habia favorecido a los suyos, a aquellos con quienes estaba ligado, razón de más para merecerle inmensa gratitud! Así me lo escribió, en una carta hermosa que no he encontrado. Y así me lo re-

pitió cuando le fué posible desprenderse del tumulto de visitas que le abrumó por muchos días y tuvo tiempo para ir a casa. Su afecto por mí parecía exaltarse.

Es de suponer como yo le recibiera después de tantos sucesos y de tales vicisitudes pasadas lejos él de la patria! Luego que hubimos hablado de los acontecimientos y de la situación con la que él quería esperar como yo, aunque sin muchas ilusiones, preguntóme si, mas tarde, no me sentiría yo dispuesta a escribir de nuevo para el público. Contestéle que tal vez sí, pero que en aquellos momentos la salud de mi esposo había sufrido mayor alteración; que me tenía muy preocupada, por lo cual la mía se resentía aun mas. Los médicos que consultáramos, a más del de casa, reconocían en él síntomas gravísimos de una enfermedad del corazón incurable.

Que debía yo estar preparada a verle morir solitamente! Este diagnóstico se lo había yo arrancado a los facultativos por ser imperiosamente necesario que yo conociese lo que debía temer por él, siendo mi marido, como era, hombre de negocios y no teniendo

más que a mí para suplirle.

Monseñor se conmovió al oírme. La angustia que le noté llenóme de pena. Trató de calmarme con dulces palabras de esperanza. Luego que vió que no me convencía, dijo:

—Amelia, mi amadísima hija, escuche. Esperemos que Dios realice un milagro en Don Rafael y así se lo pediré; pero, si quiere el señor disponer de esa vida, sepa que ahí me tendrá para favorecerla en todo! Cuente conmigo más que nunca y tenga valor.

Sí, Amelia! Levante el espíritu! No se angustie tanto!

Contestéle que mi confianza en su amistad no tenía límites; que aunque él no me lo dijera, estaba yo convencida de su nobilísimo deseo de favorecerme, pero que no era económicamente que me vería yo afectada si mi esposo desaparecía. Mi situación no sería mala desde el momento en que, sabedora de lo que me amenazaba, me ocupara yo de ella; que lo que me tenía tan atormentada era el sentimiento de mi enorme responsabilidad respecto de mi marido. Mi espíritu necesitaba tranquilidad y ¿cómo podía yo estar tranquila, con un peso igual sobre la con-

ciencia? No sería mi vida una agonía? Ordenábaseme mayor vigilancia aún de la que yo hiciera! Sobre su alimentación, sobre su sueño, sobre todo lo que pudiera hacerle daño! Que no le permitiera esfuerzos, ni fatiga alguna; que le evitara impresiones y contrariedades. Tantas recomendaciones!

¡Pobre de mí! Era lo peor que había que engañarle: que hacerle creer que su mal no ofrecía peligro alguno; que distraerle de toda preocupación respecto de su estado. Ese fué siempre mi principal cuidado. Lo pedí a los médicos, lo supliqué a los amigos. Conocía la impresionabilidad de mi esposo y estaba convencida de que el conocimiento de su propio estado, de su mal real, sería fatal para él. Pero mi tortura moral era mayor por eso. Obligada estaba a disimular mis inquietudes, a consultar a los médicos en secreto; a fingirle una calma y una sinceridad que distaban mucho de mi ánimo cuando tan frecuentemente le veía decaer.

Mi noble amigo comprendió mis tormentos y me compadeció profundamente. Dile parte de que, como consecuencia de las declaraciones faculta-

tivas, tenía yo que resignarme a habitar otra vez la casa en que teníamos el establecimiento y de la cual me sacaran casi muerta, debido a sus malas condiciones, año y medio antes; exijiéndolo así la necesidad de atender de nuevo a los negocios, para ayudar a mi esposo y evitarle grandes fatigas. En compensación habíamos arrendado por un año una graciosa *estanola*, en la que pasaríamos temporadas por intervalos de meses, ya que no nos era posible permanecer constantemente en ella por largo tiempo. Tenía las condiciones requeridas: proximidad de la ciudad, baño de mar y espacio suficiente para largos paseos en el interior hasta orillas del Caribe.

Esto último alegró a mi ilustre amigo, quien me instó a partir pronto para el campo, donde me prometió visitarme, tan luego me instalara.

XLIII

Nos fuimos a la quinta; pero, antes de hacerlo, organicé la vieja casa de manera que me quedara reservada en ella una pieza exclusivamente mía, que adorné para recibir a mis amigos. En dicha pieza pasé gran parte de la vida hasta 1904. Desde esa habitación atendía a los negocios y a todo lo demás, aunque esta vez no fuera directora comercial. Mi esposo quiso continuar siendo el que mandara y yo, evitando contrariarlo, tuve que conformarme a servirle de simple empleada aun cuando cargara con el mayor peso en todos los asuntos

Después de pasar en nuestra estan-

cia dos o tres meses, yendo y viniendo, como me veía obligada a hacerlo, para la mejor marcha de todo lo doméstico y lo comercial, un tanto repuesta y mi esposo muy mejor en apariencia, traté de sobreponerme a mis tormentos y de vuelta en casa por otro tiempo igual, púseme a escribir para dar cumplimiento a la promesa que hiciera a Monseñor.

Lo que emprendí, desde luego, fué mi novela «Francisca Martinof» en español. Un año antes, había yo concebido la obra, que iba a titular «Alma de Artista», sobre un plan distinto y atrevidamente, queriendo como lo hice dedicarla a Pierre Loti, que seguía siendo mi *distante* amigo, la comencé en francés y tuvo mi esposo la intención de enviar el manuscrito a París para que allí se hiciera la edición. Pidió informe y recomendó a un amigo suyo el trabajo si se llevaba a cabo lo que él meditaba.

Pero yo no me sentí con fuerzas para continuar escribiendo en un idioma extraño y resolví redactar la novela en la lengua de Cervantes, que siquiera me era familiar; aun cuando tan imperfectamente sepa manejarla.

Escojí el género realista por complacer a mi esposo, que gustó medianamente del romanticismo de «Madre Culpable» y pensó que así sería más del gusto de Loti y del público francés, si yo la hacía francesa y se editaba siempre en París. En cuanto a lo que supuso de mi amigo errante, no se equivocó. Loti aplaudió la novela y dos veces me escribió para decírmelo y ni fué él solo. Mi esposo se la apropió como su predilecta y cuando yo, disgustada, la repudié, se ocupó de ella con amor. Mi sobrino Hector y Gaston Deligne la preferían a todos mis trabajos anteriores y posteriores. Principié a escribir con gusto; todos se complacían mirándome llenar cuartillas y soltarlas para que las leyesen y fueran dándose cuenta de lo que yo escribía. Nunca me había sentido mejor dispuesta para un trabajo literario. Ni jamás he vuelto a ocuparme de las letras con aquella animación. Hacía tantos años que las tenía casi abandonadas y que lo deploraba!

Si cometí un error, al inspirarme como lo hice, culpables fueron todos los que no me lo advirtieron, conociendo mi obra. Di a esta el nombre de

Francisca, que antes encontraba yo tan feo y tan vulgar, porque poco antes habíame apasionado por una *Francoise* deliciosa, del tipo de mi heroína. Casualidad rara! Era la creación de una novelista francesa.

¡Por qué debía costarme lágrimas esa pobre concepción realizada tan sencillamente? Circunstancias especiales vinieron a darle un colorido que no debió tener! De esas circunstancias fatales y frecuentes en mi vida, de las que tantas veces, en el curso de ella, me han llevado *casi al borde de la tumba*, provocando en mí crisis morales terribles!

De lo que sufrí por «Francisca Martinof» puede penetrarse el que estas páginas leas, por las cartas de Monseñor de Meriño, que me las escribiera a ese respecto y que reproduciré.

Mientras tanto diré el placer con que él me veía escribir mi desdichada novela.

XLIV

Parécemeque le veo llegar, durante el cursode mi trabajo, frecuentemente y a su hora habitual, por las tardes.

De su sencillo coche de alquiler, que era lo que él usara siempre para efectuar sussalidas distantes, descendía con tanta majestad y gracia como si lo hiciera de unacarroza imperial, y penetraba én la casa, *resplandeciente*; tal como le calificaba mi hermana Ofelia, modesta admiradora suya. Después de saludar a los que hallaba allí con su noble amabilidad; de decir a cada uno alguna cosa grata, como jamás dejara de hacerlo, entraba en mi habitación, en donde yo escribía y

recibía tambien, y venía a mí, con las manos tendidas, con su hermoso gesto de afecto, complacido, lleno de ternura y de satisfacción, y me saludaba diciendo:

—¡Qué bien está mi noble y laboriosa amiga! Cuánto me halaga verla así! Se siente usted mejor, no es verdad? Cómo vá ese trabajo?

Sentábase y hablábamos de las páginas que ya conocía él, porque yo se las enviaba, según iba escribiendo y él me daba su opinión o la reservaba luego por no haber entendido bien la letra del manuscrito.

Y en su bello semblante, reconocía yo que él me encontraba *airosa* como siempre que, vibrante y animada, me presentaba a sus ojos. Callábalo, pero me lo escribía después en sus hermosas cartas, rebosantes de cariño amable.

Los que pasaban así, eran gratos momentos, imposibles de olvidar ¿podrán borrarse de mi memoria, cuando en ella arraigaron indeleblemente?

La figura de Monseñor de Meriño parecía iluminarlo todo a su alrededor Y no era mi imaginación la que me lo representaba así, sino que a mi esposo, admirado, le pasaba tambien y lo mis-

mo que a mi sobrino Hector cuando cerca de mi le contemplaba; y mi otro sobrino muy amado, Luis Cohen, el joven poeta, malogrado más tarde; Luis, a quien yo consideraba hijo mio y que correspondía filialmente a mi afecto! Y en la misma idea abundaban cuantos vieran a mi ilustre amigo en aquellos momentos. Yo gozaba con ello y continuaba escribiendo con más buena voluntad y mayor animación.

De Luis, que amaba al gran Merino tierna y respetuosamente, habituado a admirarle desde pequeñito, solía decirme Monseñor:

—Nuestro Luisito tiene chispa; no lo encuentra usted así, Amelia?

Escribe bastante bien.

—Sí, Monseñor, contestaba yo. Su mérito es grande, porque no ha recibido educación literaria.

—Es verdad. Ya ha visto usted su poemita último y muchos versos suyos que me agradan.

—Luis, Monseñor, tiene grandes disposiciones naturales para la versificación. No será nunca un genio; pero a veces se inspira y llega hasta el verdadero lirismo.

—Yo quiero mucho a Luis, Amelia. ¡Es tan buen muchacho!

Mi querido sobrino se llenaba de orgullo y de gozo, cuando yo le repetía las palabras de su ídolo, que tal era el ilustre arzobispo para él.

XLV

Fué en manuscrito que «Francisca Martinof» encontró detractores. Hallábase en pañales cuando por ella exhalé las tristes quejas que dieran motivo a las siguientes respuestas de mi paciente y compasivo amigo.

Carta 35a.

Amelia, mi noble y estimadísima amiga:

Ayer no pude contestar su esquela. Todo el día tuve jente.

Y le digo que domine sus nervios y que no se torture, por Dios! Su novela no debe ser un suplicio para usted!

Déjese de prejuicios que no tienen fundamento. Hágala copiar porque quiero volverla a leer.

Mientras tanto no juzgué nada ni del fondo, ni de la forma, porque *no la he leido bien.*

¿Por qué estar atormentandóse? Son las novelas como los sueños. Sueños son. Por otra parte, ¿no es usted dueña de no publicarla, si cree ver en ello algun inconveniente? No la publique y olvide el asunto!

Vamos! Alce el espíritu y no se deje avasallar por la tiranía de esos sus revoltosos nervios! Sea dueña de sí, como lo es y muy señora de su afectísimo que le besa las manos.

P. Meriño.

CARTA 36A.

Mi siempre noble y muy querida Amelia:

Siento que quiera usted dormir. Eso no debe ser! Yo interpreto lo de la vida es sueño, por aquello de que vivimos soñando y como quien corre tras de fantasmas. No es así que lo interpreta usted tambien?

No! No duerma! Abra las alas de la

imaginación! alce el vuelo muy alto, por sobre todas las miserias de la vida, y vaya a recrearse en aquellas regiones de luz que son la mansión constante de los espíritus superiores. No, no duerma: Pronto iré allá y me complacerá encontrarla muy despierta y llena de ánimo!

Suyo de corazón!

P. Meriño.

CARTA 37A.

¡Gracias con toda mi alma por el interés que inspira a usted mi salud!

Mi catarro no declina, por más que lo combata y me empeño en sacudirlo pronto, para ir a pasar un rato con usted.

Y ¿que hay de su escrito? Lo pasaron ya en limpio? Deseo leerlo con toda la atención necesaria, sin las interrupciones que causa luego su letra inglesa. *china palmeino* [*]

Cuídese mucho y no olvide lo que la quiere este su affmo. Q. B. S. M.

P. Meriño.

(*) La más [illegible] ¿no es verdad?

No continuaré copiando epistolas sobre el mismo asunto.

Diré que, después que mi esposo se empeñó en que la novela se editara, esta ya impresa obtuvo acojida favorable por parte de muchos intelectuales.

Don Federico Henriquez y Carvajal, siempre consecuente amigo, le dedicó lindas páginas. Ya he dicho lo que de ella pensó, aquel gran lírico nacional que se llamó Gastón Deligne, quien la prefirió a cuanto pude yo escribir antes y después. Miguel Angel Garrido, el más vibrante de los jóvenes escritores de esa época, en un brillante artículo, la exaltó y en una carta bellísima que conservo, llegó al lirismo en honor de la heroina Francisca.

Repetiré que Pierre Loti aceptó con satisfacción mi dedicatoria y así me lo expresó en dos epistolas que muchos vieron entonces.

De Puerto Rico recibí una carta de Don Manuel Fernandez Juncos, el eminente literato que tanto honra las letras borinqueñas, en donde elogia mi pobre producción y promete un juicio detenido sobre ella.

XLVI

Don Manuel de Jesús Galván no emitió su opinion sino despues de publicada la novela. Antes, habia él estado en casa varias veces y hasta le hablé de mi preocupación, en los últimos tiempos.

En una carta que tengo á la vista, entre otras cosas, me dice Monseñor de Meriño, con su siempre generoso afán de distraerme, lo siguiente:

CARTA 38A.

¿Con qué no quiere mi carísima amiga seguir ocupandose de literatura? Pues no sólo protesto, sino que

voy a denunciarla a Pierre Loti!

Y no! Nada me dijo el amigo Galván de su visita a usted! El muy egoista! Y eso que estuve allá en esta semana! Querrá saborear sólo el placer de haber visto a usted? El me la paga!

Y vuelvo a repetirle como siempre: Disipe sombras, amiga mía! No aprenderá usted nunca a tomar de esta pícara vida lo mejor que tiene?

Pronto me verá en su casa, dispuesto a probarle que nadie la estima más que su admirador afectísimo.

P. M.

No tenía yo gusto para continuar escribiendo después que vi a mi ídeal «Francisca» tan maltrecha por algunos y así lo declaraba; pero una impresion dolorosa, evocadora de un tristísimo recuerdo, puso la pluma en mis manos sin que mi voluntad estuviera en ello.

Frente a nuestra casa de vivienda estaba situada la de mi familia, ocupada entonces por la de un cura amigo nuestro. En dicha casa había fallecido muchos años antes, mi hermana Dilia, jamás olvidada.

Nuestros vecinos tenían una niñita de menos de dos años, del mismo

nombre. Muéresele la criatura, después de algunos días de enfermedad. La madre se desespera. Creí de mi deber, como vecina y amiga, sobreponerme a mis penosos recuerdos a ir a acompañar un rato a la familia. Recibióme la madre en la misma pieza en que murió mi hermana.

Tan luego como aparecí, vieneseme con los brazos abiertos y este grito que le salía del corazón:

—¡Ay Dilia! Ay mi hija! Dilia de mi alma!

¡Que me imaginé?

¡Ver a mi propia madre lanzando ese grito desgarrador cuando perdió una de sus hijas predilectas.

Y no pude resistir! Salí de allí y me encerré en mi casa a llorar.

La impresión había sido muy fuerte. De ella nació el impulso inmediato que me hizo escribir mis «Dolores del corazón»

A este trabajo era que aludía Monseñor en esta nueva carta:

CARTA 39a.

Pero no desmaye usted, mi noble amiga, que motivos tiene tambien pa-

ra mitigar sus penas!

Sí y sí! Estas páginas que ha escrito, lagrimas de su corazón; gemidos dolorosísimos de su alma acongojada, son perlas de rico valor, que darán realce a nuestra desmedrada literatura nacional.

Le mando todo: original y copia, y luego, a las 4½ iré allá a expresarle mis cordialísimos plácemes.

¡Salga de la cama y anímese, pues, para recibirme! Besa sus manos con cariñoso respeto su afectísimo.

P. Meriño.

Don Manuel de J. Galván y Don Antonio Alfau y Baralt, otro intelectual, yerno del primero, me congratularon en términos parecidos. Sus cartas han sido conservadas.

Esas páginas tuvieron un éxito increible. La primera edición de ellas se agotó tan pronto, que hubo que reeditarlas. Por tercera vez se imprimieron para formar parte de «Recuerdos e impresiones». Nada me satisfacía. La tristeza y el desencanto habíanse vuelto a adueñar de mi espíritu y a cubrirlo de sombras. Sin convicción, sin placer, mal inspirada, continué escribien-

do, sin más objeto que el de distraerme; el de disiparme, *sabiendo de mí mismo*: empeñada únicamente en *olvidar mi yo*! Del mismo modo que en los pasados tiempos!

XLVII

De 1901 a 1902 mi producción fué incesante. Mi ilustre amigo se maravillaba. Escribí mi «Historia de una novela.»

Respecto de esta obra me decía, en una epístola Monseñor:

Carta 40a.

Amelia, carísima mía: Le envié a decir con la *ladina* Ruperta, que ese trabajo suyo me agrada más y más, cada vez que lo leo.

Su narración es de mano maestra, poniéndole a uno delante de los ojos el bello cuadro que describe. En ella hay

tanta naturalidad que se vé lo espontáneo de su expresión galana y armoniosa.

Alégrese de haber trazado esas páginas elocuentísimas. Serán de perpetuo honor para la inspirada escritora que ya ha merecido legítimos lauros.

Su admirador y amigo.

P. Meriño

Don Antonio Alfau y Baralt me dirijió tambien una carta muy hermosa encomiando esa obra.

Después de esta historia dí al público «Mi pretendiente» varias versiones del francés al castellano y mi »Historia de un jóven tímido.»

Concebí esta insignificancia humorística un domingo en que sola en la casa, por haber salido los demás a paseo, rememoraba yo algunas cosas de mi primera juventud. Un pariente mío nos contaba, chistosamente, episodios de sus años infantiles, con lo cual nos divertía mucho. Algunas de ellas las he narrado en mi trabajo, atribuyendolos a un jóven inverosímil.

Dijóme Monseñor:

—Le advierto, Amelia, que eso es

inferior a lo que usted ha publicado ya.

—No importa, mi noble Mentor. De lo malo que ello tenga, espero desquitar al público más tarde. Ya verá usted.

Gustó el cuentecito a mi esposo que quiso publicarlo, y así lo hizo, para divertir con él al primo; a quien se le envió impreso.

Mi indiferencia por la opinión de los demás respectó de él, provenía de la conciencia que yo tenía de mi capacidad para producir obras mejores que las ya conocidas, que hubiese formado ya en mi cerebro bullían ideas felices que, en horas de inspiraciones, proyectaba yo utilizar.

Preparaba mi «Psicología femenina» mi novela «Mercedes» y tenía meditada la obra de los sueños de Monseñor de Meriño! Esa obra enteramente nacional que él venía pidiendome desde el principio!

Iba yo a darle por título «Escenas de la vida en Santo Domingo.» Capítulo por capítulo estaba ya creado en mi imaginación el libro que según mi ilustre amigo debía ser el broche de oro que cerrara mi carrera literaria.

Ardía yo en deseos de escribirla, por complacer a mi bondadoso mentor, queriendo compensarle con esa complacencia de todos los desvelos que se tomara por mí. Pero ni una línea tracé de ella esperando a hacer algo magno, quería documentarme bien, hasta viajar en la república; ponerme más en contacto con el pueblo: hacer brotar la inspiración por medio de impresiones sentidas; *vivir mi obra*, en fin!

Y el resultado de mis pretensiones fué que nada pude llevar acabo, disgustando a Monseñor.

—No escriba otra cosa, Amelia, me dijo en varias ocasiones, prefiera y haga lo que yo le pido. Estoy convencido de que nadie como usted llevará a cabo a mi gusto un trabajo como ese. Usted sabrá darle el interés necesario; dramatizarlo: poner en él de su alma. Lo creo firmemente y por eso insisto tanto en pedírselo! Si usted quiere la ayudaré a escribir.

Y reía, añadiendo eso por broma.

No hubiera él escrito en mi obra; pero, sí, la hubiera favorecido de todas las maneras. De ello tengo plena seguridad.

Cuando recuerdo ese empeño de mi

amadísimo amigo, aun en estos momentos, siento algo como remordimientos de no haberle satisfecho!

Cuánta pena me dá! Pero esa es la vida! Cuenta el hombre con su porvenir para realizar lo que en el instante le parece imposible y el porvenir decepciona! Lo mas preciso es aprovechar el presente. Lo futuro es lo imprevisto. La muerte es, a veces, lo que encontramos en él.

.....

.....

No fué la muerte física lo que me privó del inmenso placer con que yo soñara de antemano, de ver radiante de satisfacción a Monseñor de Meriño; sino un cúmulo de fatales circunstancias que determinaron, por decirlo así, mi muerte moral, poniendole sello a ellas, el último sello, la eterna desaparición del mismo Monseñor!

Mi ilustre amigo le veía con pesar: yo no encontraba tregua a mis afanes. Continuaba más que nunca siendo enfermera, atendía aunque sin dirijirlos a los negocios, disgustada, por comprender que mi esposo, enfermo como estaba, no podía hacerlo eficazmente, aunque se encaprichara opinando lo

contrario. Por mucho que yo insistiera en que los liquidara, en consideración de su estado de salud y del mío propio, no pude conseguirlo y con inquietud los veía decaer.

El sostenimiento de la casa de mi madre, completamente a mi cargo ya, me proporcionaba tormentos muy grandes; mil otras cosas me preocupaban y embargaban mi ánimo. Mis fuerzas decaían a cada rato. Si escribía era por distraerme, ya lo he dicho, como otros fuman opio o se emborrachan. Pero solamente me ejercitaba en obras fáciles, no en trabajos complicados como el que deseaba yo realizar; en estilo elegante; en forma correcta, y lleno de interés, en todo digno de aquel a quien yo lo dedicaba.

XLVIII

En tanto que el sol de mayo lucía como ha podido verse, iluminando mi cielo constantemente y proyectando sobre mí sus suaves resplandores, el astro sol sufría a mis ojos eclipses muy frecuentes y a veces prolongados.

Pasaban hasta tres meses, sin que yo viera a don Emiliano, ni recibiera de él noticias directas. Ya he dicho que nunca me escribía. Tenía noticia suya por su amable esposa con quien sostenía relaciones casi diarias, consecuente siempre con mi manera de ser.

Vivía él en el campo la mayor parte del tiempo, en sus propiedades rurales, principalmente en Antoney, la

mas lejana.

Creíale yo alejado de la política, tan completamente como yo lo estuviera. Y mas me confirmaba en esta creencia, el silencio que respecto de ella guardaba cuando iba a casa, entre días, a su vuelta a la ciudad, despues de cada eclipse. Interesabase él por mi salud, por nuestros negocios: por mis trabajos literarios mismos, siendo él noble e ilustrado en todas las materias, hablabamos de asuntos de familia. Siempre íntimamente o siempre con afectuosidad; siempre confiado en nuestra recíproca amistad. Pero los asuntos públicos no se mencionaban durante las horas que él me dedicaba en cada visita.

A principio de Mayo de 1902 fué que un día, tocose entre nosotros ese punto, como antes. Dispusose él a partir para Antoucy e iba a casa a despedirse de mí. No se como abordamos la cuestión política' ¡Quiso tal vez mi amigo, teniendo en su conciencia lo que se premeditaba, no dejarme ignorar completamente la situación presente, recordando el interés profundo que me inspiraban los sucesos del país? Creo que sí, por que, después de callar por tan-

to tiempo, se desató a hablarme con toda expansión. Hízome revelaciones importantes que inmediatamente alarmaron mi patriotismo. Formuló cargos graves contra el gobierno; exhaló quejas en favor del general Horacio Vasquez, vice-presidente de la República, pintandome la situación de éste como insostenible en el puesto que ocupaba; mostromele rodeado de peligros; amenazado de muerte: tanto dijo, que me interesó vivamente por el antiguo jefe de la revolución del *26 de Julio*. Desde entonces sentí por Don Horacio grandes simpatías. Creí comprender que se preparaba algo muy serio. Me abismé.

—Don Emiliano, por Dios! ¿Será posible que se piense en una revolución? Eso sería un desastre! Tan pronto, después de la muerte de Lilis? Es preciso evitarlo, Don Emiliano! Es preciso que eso no sea!

—Reconozco, Amelia, que las revoluciones siempre hacen daño No es que se quiera provocarla, pero también. ¡Crée usted justo que nadie se sacrifique, sin beneficio para el país? Por patriotismo, si, pero, ¡para que otros se lucren?

—Usted me inquieta! Ya me ha alarmado. No voy a vivir en paz, después de lo que usted me ha dicho.

—No se atormente, Amelia! Tal vez todo se arregle y nada sucederá.

Esta era siempre su manera de calmarme.

Y yo creía tanto en él que me tranquilizaba. Tenía fé en su palabra; confiaba en su sabiduría: para mí era un oráculo; no dudaba de que con la gran habilidad política que yo le suponía e inspirado por su acendrado patriotismo, le fuera dado enderezar todo lo torcido: enmendar la situación: salvarlo todo!

Esperé.

El *26 de Abril* me sorprendió, casi descuidada, con la pluma en la mano para trazar el primer capítulo de «Impenetrable,» obra que, de acuerdo con mi sobrino Héctor, meditaba escribir.

A la primera noticia del grito revolucionario, la pluma vino al suelo!

Oh! Como pensar en otra cosa que no fuera la situación? Recibí un golpe en el alma! Y llena de dolor y angustia, seguí recibiendo las nuevas que llegaban, mientras se perfilaban

los acontecimientos. Mi pensamiento voló hacia Don Emiliano. No me cabía duda de que él apoyaba la revolución; no habiendo podido impedirla. Y temí por él. Dijoseme que su vida peligraba, que iban a enviar tropas a Antonoy, donde él se encontraba, para hacerle preso y traerle amarrado a la ciudad.

A Don Emiliano? Oh! Antes moriría él que dejarse apresar así:

Esta seguridad me colmó de espanto. ¡Que horrible angustia?

Pensé en Monseñor que era amigo del presidente Jimenes y que tenía tantas quejas de Don Emiliano y.... le escribí. ¿Que le dije? No sé bien. Una carta suya del 21 de Julio, me recuerda.

Voy a copiarla. Decía la

CARTA 11a.

Mi muy estimada amiga:

Había pensado ir allá: pero ya ve usted el tiempo! Todo se conjura contra uno! Y crea que lo siento en el alma, porque necesito la explicación de lo que usted me dice en su esquela. Es esto:

«Lo que le suplico es que tenga caridad como la tengo yo! Que no dé oídos a resentimientos de injurias, ni a nada, en los actuales momentos! Piense en Dios y obre por Dios!»

¿A qué se refiere esto? No comprendo, porque Dios, en cuya santa justicia creo, sabe que no he pensado en hacer sufrir a nadie...! ¿Soy yo Gobierno, acaso? Por cierto que en estos días ni he ido donde el presidente, ni he visto a ninguno de los que desempeñan el poder. Y cuando ví a Jimenes la última vez, pedíle precisamente por unos presos ¡que iban a expulsar! Le supliqué para que no lo hiciera!

¿Será acaso que algunos de las *buenas y caritativas* almas que andan buscando a los que se arrinconan, quieren llevarme de encuentro? Que Dios les bendiga!

Y no dude usted de que yo obre como usted me lo pide, en cualquiera circunstancia. No me costaría el menor esfuerzo. Seré *carne para todo cuchillo* y Dios hará justicia.

De usted siempre afectísimo

Q. B. S. M,

P. Meriño

¡Oh dolor el que me causó esta carta que aun hoy me apena! Haber yo dudado de Monseñor y llegar hasta decírselo en la esquela de que él habla? El tormento que sufría debió trastornar mi razón cuando tuve valor para ello! Bien caro lo pagaba y jamás volvió a resultar, apesar de tantos acontecimientos que parecían dar lugar a la duda! Era que en aquellos momentos principiaba mi martirio político! El que he conocido colocada entre dos grupos que se han combatido casi de continuo y en los cuales temía ver en pugna terrible a dos seres a quienes debía tanto y a quienes tanto afecto profesaba: Monseñor de Meriño y Don Emiliano! ¿No me habían asegurado que el primero era el consejero de Jimenes contra la revolución? Y podía yo olvidar las palabras últimas que me dijera el segundo contra el Gobierno? Sentí el corazón torturado y escribí a mi amadísimo amigo en esa forma angustiosa!

Cómo me escusó después! Y con cuanta magnanimidad aceptó él mis excusas que reconoció sinceras y dolorosas !Bien me conocía! Ni un momento podía dudar de mí, como no du-

dó jamás! Nunca tuvimos ocasión de volver sobre este incidente. El lo olvidó y si yo lo recordé fué para avergonzarme de él.

XLIX

La contienda sangrienta duró poco. La renuncia del presidente Jimenez puso término a ella, en algunos días. Apenas se resintió la ciudad de lo que había pasado.

Como presidente provisional vino al poder el general Vasquez; pero Don Emiliano, que gozaba de la confianza absoluta del nuevo jefe del Estado, fué el encargado de dirijir la política que se iba a implantar.

Los revolucionarios habían inscrito en su bandera un lema muy hermoso: «Orden y honradez» ¡Ojalá el sistema que iba a emplearse para ponerlo en práctica hubiese sido menos vio-

lento! Tuve ilusiones. Esperé en Don Emiliano ciegamente y por eso estuvo con él mi corazón de patriota.

No temía por mi ilustre amigo, confiada en la palabra que me diera el otro de no perjudicarle nunca y de servirle en todo lo posible. Y mi disgusto por lo ocurrido se calmó.

Vi comenzar la obra de reparación económica, que era a la que tendían los directores de la revolución. Pero, desde luego, con poco acierto. Se quería ir demasiado pronto en el camino de restaurar las finanzas públicas y se tomaron medidas que parecieron arbitrarias. Faltó prudencia; faltó tacto. Principiaron las quejas contra el gobierno acabado de instalar.

Llamé a Don Emiliano y se lo dije.

—Amigo mío, yo quiero ayudarle, como usted me ayudó después del *20 de Julio*. No desdeñe mi opinión. Usted sabe que mi corazón es el que me inspira. De fuera se ven a veces las cosas mejor de lo que las vé el que está en acción. Yo sigo los pasos de usted en la vía que ha emprendido, ansiosamente. Y creo que se desvía usted. Enderese a tiempo lo torcido, Don Emiliano. Escúcheme usted!

El me oía; pero comprendí que no atendía bien a lo que le expusiera. Le encontré distinto. Embargado por su nueva situación y confiado por demás en sí mismo. Me pareció ciego: él, el clarividente, él, que sabía considerarlo todo desde tan alto y juzgarlo! Principié a dudar; me entristecí por el país.

«Si ésto fracasa, dije para mí, ¿qué será de Santo Domingo? Habrá paz para la República? En que pararemos?

Las pocas veces que vi a Don Emiliano, hasta noviembre, época en que estallaran dos movimientos revolucionarios, quedé muy poco complacida. Resolví desentenderme de la política, lo mismo que lo hiciera dos años antes.

Muchas personas acudían a mí, conocedoras de la amistad antigua que me ligara al jefe de la situación, creyendome influyente cerca de él, y me pedían que les proporcionase empleos o algún favor del gobierno.

Tuve que contestarles que nada podía hacer por ellos, porque yo misma no era favorecida.

No lo creyeron y se enojaron conmigo; juzgandome *engreída* porque estaba *arriba*. Y así lo creyeron.

Mientras así me desligaba yo de Don Emiliano, con Monseñor de Meriño resanimaba mis tan dulces y amables relaciones. Que cartas tan agradables y afectuosas las suyas de ese año, de 1902 a 1903!

Daré a conocer las que he encontrado como prueba de que lo que provocara la revolución de abril, en nada alteró sus sentimientos respecto de mí.

El 4 de Mayo me escribía:

CARTA 42a.

Mi muy querida amiga: Le doy las gracias con el alma por sus delicadas atenciones para conmigo.

Estoy bien de salud. No ha habido confirmaciones, porque desde el año pasado establecí que sólo se hicieran de tres en tres meses. No me dice usted qué impresión le ha causado la lectura del párrafo de Balmes, pero estoy seguro de que ha debido usted apreciar el nobilísimo argumento que contiene en pró de la inmortalidad del alma. Ese libro lo compró un estudiante para principiar el curso de filosofía. Creo que lo consiguió en la librería de García Hermanos.

Estoy leyendo a Herodoto. Releyendolo, por mejor decir.

Su afectísimo de corazón

P. M.

El libro susodicho me lo prestó él la víspera, llevandolo a casa. Citome, recitandolo admirablemente, el párrafo de que me hablaba.

Compré la obra después.

CARTA 43A.

Mi noble amiga: Esta tarde no puedo ir. He dado cita a un señor extranjero de consideración, para las 5. Mas tarde ya no salgo.

Siento muchísimo no ir a pasar un rato conversando con usted ¡me es eso tan grato! Pero será el lunes.

Y esté tranquila. Cumpliré su recomendación respecto del amigo Galván.

Cobre ánimo y no desmaye! Mire que todavía no ha cumplido usted su misión en este pícaro mundo.

Su adicto siempre

P. M.

Le suplicaba yo que desenojara con-

migo a nuestro común amigo. Don Manuel de Js. Galván, alejado de mi casa, como ya he dicho, por la política. En esos momentos evitaba él encontrarse en ella con personas del gobierno. Yo lo sentía mucho porque le estimaba de corazón.

CARTA 41a.
del 21 de Agosto 1902.

Amelia, mi carísima amiga!

Nunca mas deje invadir el corazón por sentimientos de afecto hacia un esclavo! Quien no se pertenece no puede tener palabra; ni usar de contestación. Es nadie! Es cero a la izquierda! Es *unum vilis!*

En estos días estoy solo, sin secretario, y sin otra ayuda, y parece que, por eso, se han dado cita todos los curas y los no curas para caer en tropel sobre mí, sin dejarme vagar ni para cambiarme de ropa sino a tirones! Que situación la de este pobre siervo de los siervos de Dios!

Conformese con no verme, como me tengo yo que conformar, privandome de la inocente y expansiva satisfacción como es para mí, de conversar con

usted.

De usted siempre afectísimo con toda el alma.

P. Meriño

La impaciencia que en esta carta muestra Monseñor de Meriño, era de las que en ciertos momentos le produjera sus cóleras de niño, que tan pronto se desvanecían.

¡Pobre amigo! Mortificábase así, porque hacía una quincena que, diariamente, prometía ir a casa, llamado por mí, por asuntos referentes a la política y que a él le interesaban; además de otras razones, sin que le fuera posible cumplir lo ofrecido. No le ocultaba yo mi sentimiento por ello.

Carta 45a.

Vamos, amiga mía! Déjese de capricho y penétrese de que está tratando con quien sabe apreciar sus nobles sentimientos! Lo que le propongo variar en su trabajo(*) es poca cosa. Estoy seguro de que usted lo aceptará en

---

(*) En el Protectorado

honor del pobre Don Gonzalo.

En todo eso usted resolverá y me perdonará la confianza que me tomo de meter mi hoz en mies ajena.

Eso le probará más la sinceridad con que la trato.

Su afectísimo amigo.

P. M.

Como otras veces, en el curso de mis anteriores obras, discutíamos luego algunos puntos que juzgábamos distintamente. Pero muy pronto volvía a existir el acuerdo tan grato entre los dos.

Se estaba editando aquella historia que yo le enviara para que la leyera. En realidad no fue cosa de importancia, lo que me pidió variar en ella.

L

No copiaré las varias cartas que volvía a dirijirme mi buen amigo con motivo de compras, después que me reinstalé en la casa de negocios. No se permitía él utilizar mi buena voluntad en servirle en el mismo grado que antes porque comprendía la imposibilidad en que pudiera dar abasto a tantos cumplimientos. Además estaba él más escaso de fondos porque la subvención que recibía el arzobispado del nuevo Gobierno era menos, debido al sistema de economía general implantado por Don Emiliano, que anteriormente, y tambien porque ya no percibía sueldo como Rector del Ins-

tituto Profesional, habiendo renunciado a dicho cargo.

Monseñor no se adeudaba nunca. Gastaba lo que podía, subordinando sus egresos a sus ingresos de dinero.

Y llevaba su cuenta con tanta exactitud como el mejor tenedor de libros, apesar de su discutida *ignorancia matemática*. Prefería privarse hasta de algo necesario, cuando su excesiva generosidad dejaba su bolsillo exhausto, antes de allegar recursos nuevamente, a contraer compromisos de ningun género. En nuestro establecimiento unicamente era que él enviaba notas, sin añadir al pedido lo que juzgara que podía costar. Y ya se ha visto con que empeño pedía la cuenta. ¡Que integridad admirable la suya y con que nobleza la ejercía! ¡Cuantos rasgos bellísimos de ese carácter conocía yo! Para enterarme de muchas particularidades y de muchos detalles conmovedores de la vida íntima de Monseñor de Meriño, tenía yo a una sobrina suya a quien él servía de padre, la que vivía en la proximidad del ilustre mitrado y le trataba con toda confianza. Dicha sobrina era de los familiares de mi casa; mas de una vez

la llevé de temporada al campo, conmigo: Aun lo recuerda ella habiéndome conservado su amistad, invariablemente. Y aun nos complacemos, enternecidas, en hablar del que jamás olvidaremos.

Era Monseñor tan frugal en sus comidas como deseoso de servir a los demas buena mesa. Su sobriedad no le impedía brindar a otros buenos licores. En todo seguía saludable método. Se acostaba antes de las once de la noche y casi madrugaba. Velasele temprano en su jardín. Después del desayuno, se ocupaba en su escritorio porque era laborioso y cumplido en todo. Invariablemente hacía su primera comida después de medio día y la última al anochecer al terminar la oración vespertina. Jamás cenaba solo, sino acompañado de los familiares del arzobispado, a quienes trataba como a hijos. Ni aceptaba ni hacía invitaciones para banquete alguno. La mesa era abundantemente servida, pero sin lujo de manjares indigestos por lo refinados.

Nada ofrecía de moderno estilo, más aparente que cómodo, las habitaciones del palacio. El mobiliario era

antiguo, bueno, sólido, verdaderamente confortable; de mérito real algunos cuadros y otros objetos de arte, dignos de formar parte del marco en que se moviera el gran morador de la casa.

Monseñor no admitía en sus piezas particulares sino lo necesario a su claridad y a su aseo personal, que era esmerado. La limpieza en todo exigíala por ella propia de su naturaleza.

Riendo con su gracia acostumbrada, me decía muchas veces:

—Amelia, bien puede usted aceptarme como criado de mano para ayudarla en el servicio. ¡Me desempeñaré muy bien! Si me viera usted con la escoba y plumero en la mano, barriendo y quitando polvo en mi dormitorio. Le daría gusto contemplar el espectáculo y no me desdeñaría como inapto para tales ocupaciones!

¡Hombre inimitable! Que carácter tenía; completo sin complicidad!

Respetábale mucho, como todos, su sobrina, en realidad, pero afectaba gran desenfado al hablarle, con lo cual le divertía.

Aproximábase Octubre. Desde que yo era niña, se me obsequiaba el día de San Francisco. Ella me ofrendaba

siempre algo cariñoso y de algun valor en esa fecha. Principiaba a dar bromas a Monseñor y me lo contaba.

—Vamos, Monseñor, decía.

Ya sabe usted ¡Tenemos ya a Octubre encima! Se ha acordado usted de Amelia? ¿Qué piensa regalarle?

—Nada, hija! Contestaba él riendo.

—Nada, Monseñor? Y con esa cara tan fresca me lo dice usted? No va a buscar algo rico, bonito, como lo merece ella que tanto le sirve y que le llena de obsequios todos los días.

—Hija, ¿qué quieres que yo busque?

—Encargueme de ello y ya verá?

—Es que nada me parece apropósito, para Amelia. No hija! Todo lo encuentro mezquino, ¡que se yo! Nada me satisface y por eso nada le regalo! Iré yo a felicitarle y mi presencia la complacerá....Verás!

—Qué mentecato es usted, Monseñor. Que engreido está! Pero ella tiene la culpa por venerarlo tanto! Si ya usted está medio decrépito.

—Calla, muchacha del diablo! interrumpia él riendo a más y mejor.

—Si; persistía ella, como irritada, pero sofocada por la risa tambien- decrépito, porque de lo contrario, si la

quiere tanto, conservaría mejor lo que ella le regala. Le voy a denunciar. Aunque ya ella sabe que usted deja que sus comadres y sus ahijados y todos los que vienen aquí se lleven todo lo que ella le manda, privándose de usarlo por usted!

—Calla, habladora! Volvía él a interrumpir, algo confuso, pero riéndose siempre. Dios te libre de repetirla esas calumnias.

—Tiene usted valor para negar, Monseñor? Y el frasquito aquel de que yo me enamoré? Y la lámpara de noche tan preciosa? y..

—Ya! No oites más Es verdad que se lo llevan todo mis visitantes, pero ¿qué hacer? Yo no sé negarles lo que me piden! Amelia me excusará. Ella sabe comprenderlo todo y está persuadida de que si yo, después de admirar lo que ella me ofrece y de gozar con ello, me lo dejo llevar, su pensamiento está en mí, aquí!

Se golpeaba el pecho Ya no reía.

—Sí Y ahí está también el reconocimiento que le debo. Y estará eternamente! Concluía diciendo con su expresión del alma.

—El cariño que le tengo, Aná, no es

menos grande del que ella me tiene a mí. Estamos compensados.

Mi amiga me refería esto y yo absolvía de su aparente inconsecuencia a quien, desdeñando las materialidades, no atribuía importancia sino a los puros afectos del corazón.

LI

El estado de mi salud exijió otra instalación temporal, fuera de la casa. Unas fiebres de carácter palúdico, aunque poco intensas, contribuyeron a quebrantar mis fuerzas en alto grado, a mediados de Octubre de 1902. Necesité cambiar de aire, para combatirla.

Y casualmente se encontró desocupada la casita de un amigo que se ausentaba y era cuanto cabía para mí.

En la misma ciudad, pues ya no podía yo ir al campo como antes; no muy lejos del mar y bañada en las noches por la brisa marina.

Fresca, alegre, cómoda; con un vasto patio descubierto; apropiado para cor-

tos pascos en las mañanas.

En ella me acomodó por tres meses. Y me fué muy bien. Pero tuve el contratiempo de una enfermedad de mi esposo; el que sufrió una de las crisis poco prolongadas, pero tan serias que ponían de repente su vida en tanto peligro. Mejoró él, pero mi restablecimiento se interrumpió.

En esa casita me visitó Monseñor. Recuerdo que la tarde que estuvo en casa, encontró allí a una graciosa jovencita de trece años, a la que con respetuosa amabilidad prestó mucha atención. Era la hija mayor de Don Emiliano. Cuan grato me fué aquello! La niña pasaba el día en casa, como lo hacía otras veces, mimada y halagada por mí y por todos los de mis alrededores. ¿Lo habrá olvidado ella?

Necesité en esos días un vino que me fué indicado por mi médico y que no se encontró en la ciudad. Recordé que mi buen amigo me había ofrecido de la marca que se quería, unas botellas, en otra ocasión: lo que no acepté entonces, porque no iba a tomarlo.

Escribile informandole de lo que ocurría y preguntándole si conservaba todavía el que me quiso ofrendar.

Sí! El me lo mandó con la carta siguiente:

CARTA 46A.

Queridísima y noble Amelia:

Le va el vino y muy contento estoy de haber podido proporcionárselo!

Ojalá él la conforte y le inspire el deseo de salir a respirar el aire más puro de las afueras de la ciudad; por Guibia, por San Jerónimo o por Galindo!

¿Quiere usted que la acompañe? Estoy seguro de que con un compañero como yo pasearía usted dándole besos a las flores, a la luz; a la naturaleza; a todo, y cantaría cánticos alegres, rivalizando en arpejios con los ruiseñores!

Vaya preparándose ¡Ánimo, pues!

B. S. M.

Su muy afectísimo.

P. M.

Las graciosas palabras de Monseñor dictadas por el afecto que me profesaba, y dichas para distraerme, producían el efecto de rayitos de sol vivificantes, sobre mi espíritu, velado mu-

chas veces por el disgusto y por las preocupaciones.

LII

De vuelta en mi casa acostumbrada, quise continuar trabajando en mi novela «Impenetrable», pero los acontecimientos políticos, mantenían mi ánimo bastante inquieto. Faltábame voluntad para escribir.

Supe con pesar que las cárceles volvían a abrirse para cualquiera que se creyera hostil al Gobierno; que los hijos de Don Manuel de Js. Galván estaban en el número de los presos; que el mismo Don Manuel estaba amenazado de prisión; que se hablaba de fusilamientos por el Cibao....

¡Cuanto sufrí por todo!

Escribí a Don Emiliano, que vivía

alejado de mi casa y consagrado por completo a los asuntos públicos.

«Don Emiliano, venga usted a ver«me. No me niegue ese favor. Necesito «hablar con usted.

«Aunque sea usted inconsecuente «conmigo, soy para usted siempre la «consecuente amiga de otros tiempos.

Amelia»

Don Emiliano fué a casa. Era en Enero de 1903.

Le hablé con todo mi corazón. Díjele el disgusto profundo que me causaba el curso de una política que hubiera podido ser salvadora para el país, puesta en acción con menos violencia y con mejor sentido patriótico; que yo no podía aprobar el 26 de Abril, pero que lo había aceptado confiada en que él, Don Emiliano, sabría justificarle, mejorando las condiciones de la República, por medio de sabias disposiciones, tomadas de acuerdo con la prudencia y la moderación.

—Es, Amelia, que es muy difícil gobernar! Por todos lados hay estorbos y luego la revolución.

Siente uno un vértigo....

—¡Qué, Don Emiliano? Vértigo us-

ted? Misericordia! Usted! el hombre de los altos juicios? El hombre inconmovible? El que todo lo veía en calma? No diga más! Pobre patria mía! Que será de tí?

—Oígame, Amelia. Es que todos parecen locos. En vez de ayudar al gobierno; de comprender que lo que se quiere es el bien, los que mejor deblan pensar obran sin juicio; se conjuran también contra nosotros. Hasta el padre está denunciado. Yo se lo digo a usted porque le prometí que jamás le perjudicaría y quiero cumplirlo. Llueven sobre él las denuncias; yo lé he defendido, pero es bueno queél lo sepa!

—¿Y qué dicen que hace él?

—Que es el primer conspirador en esta situación; que su viaje del otro día a San Cristóbal tuvo por objeto predicar la insurrección, por esos lados!

Yo no cabía en mí de indignación; no contra Don Emiliano, a quien agradecía la lealtad con que me avisara de todo, sino contra los infames calumniadores. Protesté airada.

—Oh! Ese viaje a San Cristóbal! Sí. Yo he sospechado que se lo sufrió la falta de recursos! Bien apurado debe

encontrarse él cuando fué a hacer allí confirmaciones.

—Si está apurado, Amelia, ¿por qué renunció la Rectoría del Instituto disgustando con ello más al gobierno?

—Oiga, Don Emiliano! En lugar de él ¿no hubiera usted hecho lo mismo? Puede usted pensar que un hombre de esa talla, sirva un cargo igual por $40 de sueldo, que es a lo que han rebajado el del Rector? En todo caso, lo desempeñaría sin ser remunerado.

Calló Don Emiliano y bajó la cabeza.

—Si es tiempo aún, amigo mío, vuelvan atrás en su política! Sigan distintos caminos! Esperaba yo tanto de usted! Creí que este gobierno sería ideal! El que yo soñara después del 28 de Julio! Si todo no cambia, le predigo, Don Emiliano, un fracaso cruel! Y me he tenido por inspirada, en otro tiempo! Hoy lo soy más! Caerán muy pronto y no se lo que sucederá después. Vendrá el caos!

Don Emiliano se retiró muy triste. Yo quedé mas triste aún; nada esperaba. Estaba convencida de que el desastre iba a sobrevenir.

Para distraerme me apliqué mas a

la continuación de la novela.

En Febrero supe que Don Emiliano se retiraba del gobierno y de la política. *Irrevocablemente*, añadía él.

Más inquieta quedé. Por momento aguardé el fin de un gobierno del cual mi amigo inconsecuente había sido el alma. Sufrí por el General Vasquez, tanto contaba con él.

Continué escribiendo, hasta el día 23 de Marzo. Ah! Ese día volvió la pluma a caerse de mis manos! Fuéme imposible escribir más!

LIII

Habíamos dicho Monseñor de Meriño un día, con un dolor tan intenso pintado en su noble rostro, que nos hizo comprender lo que a la vista se ocultaba:

—Amelia, las pasiones políticas son terribles! Cuando arrebatan a un hombre no se sabe hasta donde puedan conducirle! Pocos tienen la energía de resistirlas!

La herida honda, hondísima, que por causa de ellas existía en el corazón de ese hombre tan generoso y que nada había podido cicatrizar!

Sí! La ví manando sangre!

Y la verdad de sus palabras la reco-

noci después de ese hecho de fuerza que se llamó el 23 de Marzo. Conocí toda la ferocidad de esas pasiones que no respetara lazo alguno de familia: ni la amistad ni nada! Que empujara al hijo contra el padre y pusiera el puñal patricida en manos de los hermanos! Arrastrado por ella, se calumnia; se denuncia; cométese todo género de bajeza y de crueldades. — Desde entonces les temo tanto como los odio! He sufrido, le rechazo, tanto por ellos! Entre dos bandos contrarios he sido crucificada. De cada lado he tenido seres que he amado y los golpes que se han causado, recíprocamente, hanme atravesado el corazón.

Un día fué tal mi sufrimiento, por un suceso que de esa manera me laceró el alma, que exclamé con desesperación:

¿Por qué matarían a Lilis? Con él estaban los que yo quería, bajo la misma bandera, en tanto que hoy ¡cómo se combaten entre sí! Cómo se odian!

.....

.....

Era la una del día. Después del almuerzo de las doce, dormía mi esposo

su siesta obligada, la que le impusieran los médicos diariamente por dos horas. Yo escribía en mi habitación.

Sonaron tiros a alguna distancia.

Los oí sin alterarme. No eran raros en esos tiempos.

Nuevos tiros.

Veo acudir a mi esposo muy despierto, que me dice:

—Has oído? Son tiros y salen de la Fortaleza!

—Sí. Debe ser alguna cuartelada. Voy a la puerta de la calle para cerciorarme.

Fuése y yo le seguí.

Tiros otra vez y silencio alrededor. Vimos pasar algunas personas corriendo y como consternadas. Eran desconocidas. Mi esposo quiso preguntar, pero parecieron no oír y siguieron.

En esa hora del medio día, casi todo el mundo está en su casa en Santo Domingo, por ser la regular de las comidas y de la siesta.

Veíanse escasos transeuntes. El tiroteo siguió y por los lados de la Fortaleza, a lo lejos, se distinguía algun movimiento.

Por fin hubo quien dijera:

—Un golpe en la Fortaleza! Son los

presos políticos que están en armas allí!

Eso había sido. Eran numerosos y habían logrado apoderarse del Arsenal. La guardia era insuficiente y estaba descuidada. No resistió. Un oficial, amigo de mi familia, quiso hacerlo y murió.

Cundió la noticia, que conmovió inmensamente, por ser muy estimado el que pereciera. Y otros cayeron, pero pocos.

El Gobierno había venido al suelo en la capital, sin lucha.

Los alzados se lanzaron a las calles. Todas las casas se cerraron. Fué el pánico. Nadie sabía a que atenerse, ni en qué pararía lo que pasaba.

—¡Don Emiliano! exclamé desde luego. ¡Que será de él? Donde estará? Tantos enemigos cómo tiene entre esos presos.

La angustia se apoderó de mí, pensando en el.

Nada se sabía. ¿Quién iba a salir por noticias? Yo no hubiera consentido en que mi esposo se expusiera.

Nada se oyo decir a los pocos que siendo insignificantes en política se atrevían a circular tímidamente. De-

tras de las ventanas cerradas, mi esposo aplicaba el oído. Decíame para tranquilizarme:

Nada ha sucedido De lo contrario conoces nuestra *tierra*: todo se sabría en seguida.

Tenía razón y por eso me calmaba un tanto.

Pasó la noche en silencio relativo. Tan solo se oía gritar a algunos grupos armados:

—¡Abajo el Gobierno! Abajo el General Vasquez! Y a los nuevos centinelas, alentarse entre sí.

Desde el amanecer, apareció uno de nuestros empleados y le mandé a casa de Don Emiliano.

—Nada le había pasado, contestaron. Estaba reservado en su casa, por prudencia.

Me calmé.

Supe que la noble esposa del presidente Vasquez, el que se encontraba en viaje por el Cibao, se hallósola la víspera. De madrugada, sigilosamente, se asiló en un consulado.

Tanta pena experimentó al considerar su angustiosa situación que, sin meditarlo, guiada por un impulso del corazón, le escribí en una tarjeta ofre-

ciéndole mi amistad y solicitando su confianza.

Personalmente no la conocía, pero entre nosotras, siendo ella escritora, hacía pocos días que se habían cruzado palabras de cortesanía, literaria, diré.

Ese día principiaron nuestras relaciones amistosas que han perdurado.

Doña Trina, atribulada y enferma, tuvo confianza en mí, y yo pude darle alientos demostrándole mis simpatías sin desmayar. Diariamente le escribía notas de cariño, para inspirarle valor y fé.

El General Vasquez vino a poner sitio a la ciudad, con tropas del Cibao y de Macorís.

El sitio fué sangriento y duró tres semanas. La noche del 12 de Abril debe ser memorable en los anales de nuestras guerras civiles. Fué una noche de horror y de espanto: noche pavorosa, que no puede olvidar ningún habitante de esta capital, que cuenta hoy más de treinta años; noche de incendio de sangre y de muerte!

En esa noche, imposible para el sueño, aún en el más inconsciente de los seres humanos, yo, pobre *muza do nervios*, como me llamaba luego

Monseñor de Meriño, soñé. Pero soñé despierta, con los ojos abiertos, dilatados por la excitación nerviosa llevada al paroxismo y producida por la situación! Tuve un sueño luminoso, como el que ha puesto la pluma en mis manos para escribir estos memoriales. Sueño hipnótico que me dejó aires de sonámbula y conciencia de visionaria. Juana de Arco debió inspirarse así; y del mismo modo Santa Teresa de Jesús.

—La ciencia explica hoy y clasifica estos raros fenómenos de una manera suficiente, para que pueda creerse en lo que digo.

Un año viví como iluminada. Todos mis actos se referían a lo que había soñado. Mi actuación política no obedeció a otra cosa. No creía yo antes de ello, volver a ocuparme jamás, después de mis dos desepciones,-amarga la última- de los asuntos políticos; y repentinamente, mi actividad política fué asombrosa. Una fuerza interior, incontrastrestable, me impelía a la acción e inspiraba mis discursos. Obraba y discurría con la seguridad de aquel a quien le dictara la conducta y las frases. Y esa seguridad la comunicaba a

otros. Lo imposible en apariencia, hacíalo ver hacedéro. Y así reuní prosélitos.

El sitio continuó algunos días más. Muchas vidas preciosas fueron truncadas. Corrió bastante sangre y fueron consumadas muchas ruinas.

El presidente Vasquez no tuvo valor para proseguir luchando, porque habíase desvanecido su ilusión de regenerar el país, apoyado por Don Emiliano; idea generosa que lo lanzara a la lid el *26 de Abril*.

Vió la ineficacia de su empeño y retrocedió ante las nuevas responsabilidades que iba a imponerse.

Levantó el sitio y renunció a la presidencia de la República. Los facciosos quedarón dueños del poder.

Formóse un gobierno provisional presidido por el que había sido hacía tiempo presidente de la República, general Alegrandro Woss y Gil.

Nada diré de ese gobierno que, nacido de un golpe de fuerza y sin cohesión de verdadero partido, no fué viable. Obedeciendo a lo que mi sueño me impusiera, yo debía combatirlo y así lo hice desde los primeros momentos, no excitando a la guerra civil, sino por

el contrario, luchando sin tregua para evitarla.

LIV

Mis relaciones con Monseñor de Meriño continuaban invariables. Los acontecimientos que habían tenido lugar, no influían en ellas.

Una vez restablecida la calma en la ciudad, volvió él a mi casa. Sabía yo que el curso de la política le disgustaba como a mí, pero en él no había esa visión interior que me comunicaba fuerzas para resistir en todas las contrariedades. Hablóle de mi sueño.

Me escuchó con bondad; pero contestó, moviendo la cabeza:

—Bendita sea usted, hija mía, que puede soñar....! Yo *no sueño ya!* Apenóme su respuesta y con más ar-

dor que nunca quise realizar mi ideal, para verle satisfecho!

Mientras se hacía en mi alrededor política intensa, escribía yo. Terminé la novela «Impenetrable» y comencé otros trabajos.—Mi labor literaria servía de pretexto a las reuniones políticas.

En mi casa se vió a veces a todos los principales adictos al régimen caído. Bajo mi bandera se agruparon. Yo era el alma que los sostenía: impidiendoles desbandarse y cometer errores.

Emilio y Luis Tejera (*) hijos de Don Emiliano, jóvenes imberbes, estaban a mi lado. Lo mismo que Bernardo Pichardo, pariente mio querido, de apenas 24 años entonces, después político noble é historiógrafo.

Principió su carrera de hombre político, como secretario del ex-presidente Vasquez, cuando este cayó. En las letras se inició, tal vez, cerca de mi. El me ayudó en la revision y en la copia de «Impenetrable». Creo verle aún, animado y chistoso, escribiendo conmigo, en las mañanas, y mientras nos

(*) El jóven general Luis Tejera, muerto en la horrorosa trajedia política del 19 de Noviembre de 1911.

llegaba la noticia de la situación. Muchas veces, soltando la pluma, me decía:

—Doña Amelia, no puedo contenerme más. Voy a dar lengua por ahí y le diré lo que pasa, cuando consiga saber algo.

Iba y el trabajo se suspendía hasta el día siguiente.

¡Pobre Bernardo! Su reciente muerte, súbita, ha avivado más en mí estos recuerdos!

. . . . . .

. . . . . .

Tan pronto estuvo copiada la novela se la envié a mi amado Monseñor.

En esos días había querido mi hermana Ofelia, que tanto le admiraba y le veía siempre en casa, por vivir ella conmigo, hacerle una visita. Fué una noche allá, acompañada por la sobrina de él, de la que he hablado aquí.

Suponía yo que volvería muy contenta por haber satisfecho su deseo. Le pregunté su impresión y me contestó:

—Qué! No he tenido suerte! Esta noche no era el mismo. No sé si estaría enfermo, o contrariado, porque él no lo dijo, pero le hallé menos *resplandeciente* que cuando le veo aquí.

—Algo sería muy serio; respondí a mi hermana para consolarla. Se lo voy a preguntar. Eso es muy extraño.

Escribí, en efecto, al día siguiente, porque deseaba saber también lo que pensaba mi ilustre amigo de mi manuscrito. Decíale, bromeando afectuosamente, que Ofelia le había hallado *feo* y de *mal humor*; que me explicara el porqué de cosa tan insólita y tan rara.

Me respondió:

CARTA 47a.

Mi noble amiga:

La buena Ofelia le dijo la verdad en lo de *feo*. En lo de *mal humor* se equivocó. Me sentía mal. Tenía un calor que me sofocaba, quitándome el gusto para todo. En estos días, siento la atmósfera candente. En dos semanas solo he salido dos veces.

Ya he leído la obra. Iré pronto allá para que hablemos de ella.

¡Cuanto mejor si usted le hubiera dado un carácter algo nacional.

Algunos toques hay que darle, pero será cuando comiencen a imprimirla. Creo que debe suprimir lo que he

subrayado al final del último cuaderno.
Su muy afectísimo.
P. Merimée.

¡Oh Monseñor, amigo mío! Quién nos hubiera dicho a ambos que la impresión de la obra que él se preparaba a dirigir, como lo había hecho con las otras, con tan noble interés y tan paciente bondad, no vendría a efectuarse sino *veinte y dos años* después de revisada; estando él lejos de este mundo!

Lo que me decía que suprimiera lo varié únicamente y él quedó conforme.

CARTA 48a.

Mi siempre pensada amiga:

Le devuelvo los libros que me prestó. Con gusto he leído uno; principié a leer el otro y lo dejé. No quiero saber de él. Trata de intrigas políticas mañesas [*] y bastante tengo con las nuestras para vivir indigesto.

Si no siguen las lluvias iré pronto

(*) Mañeses llaman los dominicanos a los haitianos en tono algo despectivo.

por allá.

Crea que soy su constante admirador y amigo.

P. M.

LV

Don Emiliano volvió a visitarme. A él tambien le dí parte de lo que me tenía convertida en una dama de la Fronda, llena de inteligencia y de actividad; lo que a él, pues me había visto tan desilusionada en política, le extrañó.

—Le contaré, Don Emiliano, lo que me ha ocurrido y usted juzgará. Lo que hago es sugerido. Mi voluntad no participa en ello.

Había yo visto una luz en el techo de mi habitación, y en el mismo instante, dentro de mí, una voz dijo:

—¡Calmate! Tu hora ha llegado de hacer bien. Tu misión comienza. Une

el horacismo y con él venceréis.

La tranquilidad que sentí fué tan grande que me reanimé inmediatamente, cuando estaba desfalleciente y como loca. Al mismo tiempo mi cerebro empezó a concebir ideas tan lúcidas, tan naturales, estando un minuto antes conturbado al punto de no reflexionar, que fué una maravilla.

Era de madrugada. Vino el día y dejé la cama, tan descansada, después de la terrible noche, como si nada de gravedad ocurriera.

—Estás ya de pié? preguntóme mi esposo, al verme tan lista. Temí que no pudieras hoy moverte del lecho habiendo sufrido tanto anoche. Deseo ya saber cual es la situación. Cuanta víctima debe haber habido... ¡Voy luego a informarme, con los que pasan por la calle; si acaso se viere a alguien conocido.

Yo le escuchaba sin conmoverme mucho, aunque apenada, muy fuerte.

Mas admirado él aún me cuestionó. Yo le dije:

El plan sencillo que por sí mismo, sin esfuerzo de mi parte, había brotado en mi cerebro. Si Vasquez triunfaba de la revolución, era fácil de reali-

zar, porque yo obligaría a Don Emiliano a favorecer mi empresa. Se trataba de salvar al país, de un modo cierto y en medio de la paz. Todo patriota debía ayudarme.

Si Don Horacio era vencido, habría que luchar más, pero nada de imposible ofrecía lo que yo imaginara. Valor y perseverancia era lo que se necesitaba.

Exponía yo esto a Don Emiliano y añadía:

—Ya Ud. ve. Tenemos un gobierno enemigo, pero con dinero y habilidad todo se arregla. El dinero es lo que yo quiero conseguir.

Yo le explicaba lo soñado para ello. El después de oírme atentamente y pensativo, contestó:

—Puede usted tener razón, Amelia, esa debe ser una revelación, porque usted no miente. Yo nunca creo en esas cosas, pero en lo que usted me dice, sí. Siga usted su pensamiento y veremos lo que surje!

¡Qué alentada estuve por Don Emiliano! El, el hombre práctico, conocedor de todo lo positivo, animome así. Ah! con más ardor luché!

Con Monseñor tuve menos buena fortuna.

Habíame él dicho una vez, hacía algun tiempo, hablando de loterías:

—Yo cojo billetes amenudo, pero solo los cuartos a los pobres billeteros ambulantes, por favorecerlos; jamas pensando en que puedo ganar algo. Suelo tomar medio billete de la lotería de Madrid porque me lo endosan, y si alguna vez se me ocurre que puede tocarme parte del premio mayor, no adivinaría usted lo que yo querría hacer con el dinero. Un museo para dotar con él a Santo Domingo. Es una aspiración que tengo hace tiempo. Deseo que sirva de base para fundarlo, la colección de curiosidades indígenas que voy reuniendo a medida que se me ofrece la adquisición de algunos de ellos. Ud. no la ha visto, Amelia. Vaya una mañana con ese objeto, que tendré gusto especial en mostrarle todo lo raro que guardo allí y a lo que profeso amor.

¡Patriota hasta en eso era Monseñor de Meriño!

Yo me conmoví.

Contestele:

—Monseñor, si yo lograre éxito en la empresa que usted conoce, cuan grande sería mi satisfacción al propor-

cionarle los medios de realizar esa noble aspiración de su espíritu! Si Dios quisiera! .....

El callaba.....

No! Nada esperaba del porvenir de esta tierra! El pesimismo que debía minar esa existencia, tan hermosa y tan robusta, principiaba a invadir el corazón de ese dominicano tan ferviente que en el patrio amor inspiró su vida siempre.

No llegué a ver su colección. Los extranjeros de nota que visitaban la capital, pudieron admirarla. Mi esposo y yo fuimos un domingo en la mañana, al palacio, con esa intención, por complacer a Monseñor, pero tenía él gente importuna y era tarde. No pudimos detenernos mucho tiempo por que la hora de almuerzo llegaba para él y en casa nos aguardaban también visitas, para almorzar.

LVI

Tengo a la vista la última carta que mi querido amigo me escribiera con motivo de literatura. Es la

CARTA 49A.

Mi siempre admirada amiga:

Ya he vuelto a leer la novela corregida por usted; mándela pronto a la imprenta. Puede estar segura de que los amantes de las bellas letras la leerán con gusto, apesar de que yo la preferiría como obra nacional.

Avise que pueden enviarme las pruebas cuando llegue el momento.

Y le devuelvo los libros que tenía

aquí de usted. Daudet me ha agradado; pero de Zola me ha bastado leer dos páginas para sentir náuseas.

Que naturalismo asqueroso el de estos autores! Es podredumbre pura o que presentan a la vista! Yo espero, Amelia, que usted no leerá nada de eso. Esa no es lectura para persona delicada como usted.

Y cuidado! No vaya a imaginarse que le reprocho el envío de ese libro. Se que usted me lo mandó porque me oyó decir que no conocía a Zola.

Su afectísimo del alma

P. Meriño.

El tono de esta última carta revela ya la tristeza que tuvieran todas las que seguí recibiendo de mi ilustre amigo. No veía en ellas ese entusiasmo que hacía chistosas las anteriores.

Me apena reproducirlas porque en mí revive el dolor que luego me causaron.

Los acontecimientos políticos continuaban ocupando a todo el mundo. El jimenismo (*) que tomara la mayor

---

(*) Partido del ex presidente Jiménez.

parte en el golpe dado al horacismo [*] el 23 de Marzo, veíase postergado por el grupo que rodeaba al presidente Wood y Gil. Comenzaba a moverse y a conspirar. Yo reanimaba al partido caído. Prometía, inspiraba fé.

Al despedirse de mí la señora de Vasquez, cuando consiguió permiso para ir a reunirse en Santiago de Cuba con su esposo expatriado, le dije con sorprendente seguridad, debido a la visión de mi sueño.

—Doña Trina, parta usted sin pesar. Volverá usted muy pronto porque antes de seis meses, el horacismo unido, compacto, estará mas fuerte que nunca y triunfará. El gran trabajo mío tiene por objetivo su triunfo pacífico. No por las armas. Si los otros quieren combatir, que lo hagan. Los horacistas deben evitar la efusión de sangre para justificarse.

Ella creo que partió con esperanza. Hízome combinar una clave para comunicarnos mientras durase su ausencia.

Yo no desmayaba en mis proyectos. Mil cosas me laceraban el corazón; mil

(*) Partido del ex presidente Vasquez

también me preocupaban: pero hacíame como insensible a todo.

El gran secreto de mi plan era atraer al país un enorme capital extranjero. Para conseguirlo, traté de interesar a Pierre Loti. Tengo una carta de él, en la que me promete favorecerme en lo que le pedía.

Yo escribía, escribía constantemente, con ese objeto; obedeciendo siempre a la visión interior.

Busqué emisarios que fueran a los Estados Unidos, donde solía residir el multimillonario filántropo con quien yo soñara para redimir a la patria de todo mal.

Encontré uno ideal, en la persona de un señor extranjero, muy amigo nuestro, acaudalado capitalista; hoy diplomático notable, quien se prestó por afecto, a representar el papel que yo deseaba. Iba él en viaje de recreo a New York y con todo gusto llevó cartas y recomendaciones para el potentado extranjero. Ansiosamente esperábamos cartas de los iniciados amigos.

Don Emiliano mismo aguardaba el resultado de las gestiones hechas.

Yo continuaba incansablemente mi labor, a través del país, por medio

de adeptos a mi causa. De la cohesión y de la cordura del partido que debía ayudarme, dependía todo el éxito de mi inspirado plan. Oh! Triunfar para desvanecer la tristeza que iba adueñándose del ánimo de Monseñor! Qué dulce debía serme!

Aferrábame a la religión para no desfallecer; en ella buscaba recursos para sostenerme firme en mi punto de combate. Apelaba a la fé que mi ilustre amigo me inculcara .....

LVII

El, sí! A él debía yo el no ser libre pensadora!

La sinceridad de la profunda fé religiosa de Monseñor de Merifio era una de las cosas que más digno de veneración le hacían para mí. Yo continuaba confiando en esa fé robusta.

Cuando él me decía, sacudiendo con fuerza el pectoral que llevaba pendiente del cuello:

—Amelia, no es porque llevo esto por lo que usted me ve abismarme en la religión, no! Es por convicción absoluta, inquebrantable! *Creo por que creo!* Mi fé es inviolable. Estoy penetrado de ella y con ella moriré.

Al verlo, ahíamábame yo ante él y, como él, quería creer! Sí! quería, porque mi voluntad me ha sostenido en el camino que él me trazaba con su ejemplo y con sus palabras. De no encontrarle tal como era es probable que yo, de desilusión en desilusión, hubiera ido deslizandome por la pendiente del escepticismo, a la negación de toda idea religiosa. Lo confieso porque soy sincera en todo. Monseñor no lo ignoraba. Suavemente, dulcemente, con ternura: sin ingratas consideraciones, sin severidad alguna, presentandoseme lleno de fé, iba influyendo en mí poderosamente por medio de conversaciones y sin necesidad de dogmatizar.

Escuchándole hablar penetrábame yo de las mismas creencias o por lo menos del vivo y ardiente deseo de creer como él.

Una tarde tuvo lugar en mi casa una escena que a otros ojos que los de quien le sucediera habríale dado apariencias de fanático. Fanático un hombre de esa ilustración!

No había yo organizado aún la vivienda que ocupamos casi siempre, en la forma que la hizo después menos incómoda para nosotros. Mi esposo

enfermó de cuidado. Su habitación particular quedaba en el fondo de la casa, inmediata a la mía. Para llegar a ella había que pasar por esta. Al lado de mi cama tenía yo arreglado un pequeño oratorio muy mono. Mi esposo, ya mejor, recibía a algunas personas. Monseñor fué a verle. Acompañábale yo para introducirle cerca de mi marido cuando, en el instante de atravesar mi habitación, en donde le llamó la atención el oratorio, salía de la otra un amigo del enfermo, reputado por su irreligión

Al cruzarse con Monseñor saludole; él, cortesmente, contestó sin hablarle.

Dejé a mi ilustre amigo un momento para reconducir al otro visitante y luego volví. El me aguardaba. En su semblante vi una sombra de disgusto.

Díjome sin disimular, señalando, con un ademán circular, la habitación y el oratorio.

—Cuánto siento, Amelia, que ese ateo haya profanado con su vista este santuario!

—Monseñor, le contesté. Yo también siento que no haya otro acceso a la habitación de mi marido sino este. Pero él quiso ver a su amigo, tan pron-

to supo que se hallaba en la casa, y no pude contenerle.

Hizo él un gesto evasivo.

—Pero no temo que él se burle de mi fé. Se que tiene en gran estima mi alto criterio y me respetará. Su semblante cambió.

Sonreído entró donde mi esposo.

LVIII

Nunca tuvo mi vida estapa más brillante, en apariencia, que de Abril de 1903 a Octubre de 1904.

Mi popularidad era grande. Hasta en los campos se conocía mi nombre por la propaganda activa que hacían en mi favor los emisarios de que yo disponía. Eran humildes los mas; otros modestos. Entre los primeros figuraba Brito, el pobre albañil que me servía de mensajero. Y antiguas y modernas sirvientas mías campesinas que, agradecidas por los bienes que yo les hiciera en todo tiempo, no se cansaban de elojiarme por sus campos, diciendo, en mi nombre a todos, que yo

trabajaba para salvar el pueblo. Por mí predicaban la paz y solicitaban la adhesión a Don Emiliano y a Don Horacio Vasquez, que eran los que debían ayudarme en mi tarea.

En esa propaganda obtuve muchos prosélitos porque, mis misioneros, convencidos de corazón, obedecían las órdenes que yo les diera y ponían de su parte también para lograr mayor crédito.

Repartían hojitas con mi retrato, reproducido del cliché que lleva mi novela «Francisca Martinoff».

Todos los que leyeran mis publicaciones, deseaban conocerme. Yo excitaba una gran curiosidad, por la misma razón de no verseme en ninguna parte. Un notable pintor nacional, Luis Desangles, me obsequió con un gran retrato al óleo, de bastante parecido. En el taller del artista hubo de exponerse el cuadro por veinte días para satisfacer el deseo de una muchedumbre.

En mi casa visitábanme muchas personalidades de todas clases: políticos, intelectuales; todo el mundo, pobres y ricos. Estuve a la moda, sin dejarme ver sino del que me buscara en

mis habitaciones.

Puedo decir que eran mis familiares, en esa época. Don Alberto Arredondo Miura, entonces jóven y brillante leader del horacismo que volvía a alzar cabeza; Don Rafael Sánchez González, estimable para todo estímulo por nosotros, los Tejera, sobre todo Luis. Decíame éste con su impetuosidad nativa:

—Doña Amelia, yo la considero a usted como a otra madre mía. Le debo mas que la vida porque es usted la que me ha hecho conocer lo bueno y dirijido en la buena vía.

Esa impetuosidad de Luis que le hizo héroe de tantas aventuras, con las cuales sufrió mucho, debía costarle la vida! Desgraciado! Cuan funesta fué para él!

Héctor, mi sobrino querido, no se sentía bien sino a mi lado. Que buena propaganda llevaba a cabo tambien! Cuantos satélites tenía yo, pobre astro que no recibía su luz sino de un sueño iluminado!

Sí. Era verdad que yo trabajaba por el pueblo dominicano! Y para él nada más! Mi delirio era el bien general! Convertir en nueva Arcadia a Santo Domingo; en paraiso terrestre

que envidiaran las más grandes naciones del mundo, era el ideal que yo me propusiera, a costa de todo, realizar. Regenerar las masas populares, por medio del trabajo moderado y remunerado igualmente; movilizar las poblaciones rurales, gracias al celo de misioneros modestos y convencidos; hacer de los cargos públicos algo honorífico más bien que lucrativo, como en Suiza; todo era tarea sencilla si se consiguieran diez millones suministrados por capital independiente, sin ingerencia alguna de gobierno extranjero! ¡Diez millones que permitieran rescatar la deuda nacional, entonces mínima, según los datos que me ofreciera el que mejor que nadie debía conocerlos, que era Don Emiliano; y disponer de un sobrante que facilitara empresas en las que el pueblo consiguiera el trabajo que necesitaba! Por qué había esto de considerarse como irrealizable utopía?

Bien hubiera podido Pierre Loti, en el tiempo que me lo prometió y que era el conveniente, entrevistarse con Mr. Andrew Carnegie, el multimillonario filántropo que tan magnánimamente se proponía emplear su inmen-

sa fortuna en grandes obras de bien y recomendarme a él, interesándole en mi empresa, en lugar de partir inmediatamente para las aguas del Japón, con el buque de su comando, para estacionarse allí por largo tiempo; y el amigo desinteresado y deseoso de servirme encontrara en New York al mismo Mr. Carnegie y lograra de él audiencia en vez de llegar tarde, en los momentos en que el que buscaba acababa de partir para Escocia por larga temporada! Por que no? El resultado de esas dos intervenciones habría podido ser muy favorable porque lo que se pensaba proponer a Carnegie era un gran negocio, al mismo tiempo que una gran obra de filantropía que le hubiera conquistado la inmortalidad.

La inspiración divina de Juana de Arco no venció las fuerzas del inglés altivo? La fé inspirada de Santa Teresa de Jesús no dominó el orgullo, no hizo doblegar al soberbio y temible Felipe II? Mi ardiente corazón anhelaba para esta tierra amada que mi sueño luminoso fuera la llave mágica que le abriera las puertas de la felicidad.

LIX

Don Emiliano partió para Antoncy en Julio. En aquella propiedad distante quería estar retirado aguardando los acontecimientos.

En Agosto prestó el juramento constitucional el presidente Woss y Gil, pero ya la idea revolucionaria cundía. iba prendiendo en todos los ánimos. Sentíase hasta en el aire. Los negocios estaban paralizados, el malestar reinaba. Llevábase una vida como artificial. Nadie gozaba de tranquilidad, sino aparentemente, permaneciendo en espectativa. Los síntomas precursores de la guerra aparecían. Algunos sucesos sangrientos tuvieron

lugar aquí y allí, entre políticos. Una tarde ocurrió en la ciudad uno de ellos. Un jóven de los adictos al gobierno, hirió, alevosamente según decían y mortalmente, a un señor de otro partido, muy estimado; hombre inofensivo. Gran efervescencia en los ánimos. Una gran excitación en las calles.

En el momento en que me contaban el caso, llegó Monseñor de Meriño.

Tenía como siempre la misma figura majestuosa, su misma arrogancia en el porte, pero en el rostro noté signos de cierta decadencia: una arruga transversal en la frente, dos pliegues a los lados de la boca. Su faz no lucía la expresión amable que lo iluminaba.

—Perdone, Amelia, dijome tan pronto me hubo saludado y sentándose. Estoy mal. Me pesa haber salido!

Yo, que estaba tan mal impresionada, me entristecí más aún. Sacó su pañuelo y se lo pasó por la frente. Añadió:

—Sí! Estoy mal. Lo que acabo de encontrarme en las calles, me hace daño! Estos sucesos indignan! Estos sucesos. Ah! No sé lo que será de nosotros.

esta política! Lo que sufro, usted no lo imagina, Amelia! No tengo esperanza alguna para este país. En menos de tres años tres gobiernos y lo que se prepara? Previ esto cuando estalló la revolución de Abril y por eso la desaprobé. Comprendí que era el principio del desorden, de la anarquía política! Nada me sorprende ya!

Yo estaba tan triste al oirle, que no le contestaba.

Después de meditar un rato, con abatimiento, exclamó:

—Tengo el corazón enfermo! Jamás lo creí; pero ahora lo siento! Las lágrimas me vinieron a los ojos. Por fin dije:

—Monseñor, no me hable así! Oir de usted esas palabras? De usted, el varón fuerte, que siempre supo hacer frente a todos los acontecimientos, y soportar con firmeza el peso de todas las cosas? No, Monseñor! Deje eso para mí! No se abata y recobre su entereza! Hágale el *lomo a la cuja*, como me aconseja usted que se lo haga yo. Oh! Monseñor mío! Que no le vea yo tan triste! Le besé las manos y agregué:

—Yo también estoy enferma, Monseñor! Puede usted suponerlo, cono-

ciéndome. Pero quiero aferrarme a una esperanza.....! Usted sabe cual es! Pídale a Dios, Monseñor! Pídale a Dios!

Le estreché las manos tan nerviosamente que recuerdo haberle casi estrujado el anillo pastoral.

El me miró enternecido y sacudió la cabeza .... ¡Que Dios la bendiga! me dijo. Tuvimos ambos un presentimiento?..Yo no puedo decirlo por mí. Lo que me anonadaba era ese dolor que veía en él! Dejóme tristemente.

No volvió él a mi casa. Esa fué la última vez que le vi en ella!

Me detengo. Las lágrimas me impiden continuar!

.....

.....

LX

En Octubre estalló la revolución contra el gobierno de Woss y Gil. Contra toda mi voluntad, los horacistas se unieron a los jimenistas y el triunfo les fué fácil. Sin tirar un tiro llegaron los revolucionarios a las puertas de la ciudad. La capital resistió veinte días.

Ninguna desgracia se lamentó. Entraron las tropas unidas y los jefes de ellas se repartieron el poder.

El horacismo, según yo lo vaticinara, en seis meses estuvo potente.

Los jimenistas eran fuertes hombres.

En Diciembre ya se combatían los dos partidos entre sí, por desconfiar

el uno del otro. Eso lo había yo previsto, eso lo quise evitar al oponerme a la unión, pero no fuí atendida. Y ya había recibido la noticia que Pierre Loti me enviaba desde su estación de Oriente. No podía contar con él.

El amigo que estaba en New York tambien me escribió lo que le había pasado...

Mi desesperación fué inmensa cuando perdí por ese lado la ilusión, al mismo tiempo que la guerra fratricida, la guerra atroz que duró tantos meses, principiaba!

Todas las desgracias se abatían sobre mí.

El horacismo conservaba el poder en la capital con el presidente Morales a la cabeza. Los jimenistas, vencedores en casi toda la república, venían a sitiar al gobierno que ellos ayudaron a formar. El 1º de Enero amaneció el sitio declarado.

Y ese día, en medio de los tiros, de los cañonazos; de todos los ruidos de una ciudad sitiada, mi hermana Ofelia me decía con desesperación:

—Estoy ciega! Estoy ciega! Hoy no veo nada! Que triste Año Nuevo!

Oh! Qué horrible cosa! Hacia una

semana que padecía la pobre de una oftalmia purulenta, que no se pudo combatir a tiempo y que cerró sus ojos. Recobró la vista un mes después, gracias a una arriesgada operación quirúrgica, llevada a cabo por buenos médicos; sí, pero los cuales confesaban no poder asegurar el éxito por no ser especialistas. En la capital no había oculista alguno y no era posible tomarlo del extranjero.

Lo repito! Mi sufrimiento fué espantoso! Los cuidados que prodigué a la enferma debieron ser infinitos. Dos meses mas tarde era dada de alta; pero ¡cómo quedé yo! Es necesario suponerlo! Y ¡mi marido estaba enfermo siempre! y en la ciudad se iba careciendo de todo! y la guerra proseguía! y cada día llegaban a mi noticias de muertes de parientes y de amigos y de relacionados! y yo sentía pesar sobre mí una horrorosa responsabilidad moral: respecto de mi hermana, respecto de mi esposo, respecto del partido que yo había levantado, preparándolo para la obra de paz, y que combatían ahora y caían con frecuencia, pudiendo acusarme de haberlo empujado hacia la muerte! Esto no era así, porque, por

desatender mis consejos y mis advertencias, era que se había lanzado a la lid, contra Wos y Gil, pero así se creía y yo estaba trastornada por la idea de que Monseñor de Merifio pudiera pensarlo.

Sus cartas revelan otra cosa.

CARTA 50a.

Mi querida y noble Amelia:

Porque no salgo es que no he ido a verla. No sé cuando será que podré ir.

El catarro me ha doblado. Me siento el cuerpo como si me hubieran manteado; pero aun tengo más enfermo el espíritu!

Así la supongo yo a usted! Dios se apiade de la pobre República!

Deseo a usted y a Don Rafael un 1901 completamente reparador, moral y materialmente, sin nubes ni sombras de pesar!

B. S. M. su afectísimo de corazón.

P. Merifio.

Cosa digna de enternecer! En el estado de cuerpo y de ánimo en que se hallaba, Monseñor añadía unas líneas

pidiendome juguetes y muñecas para sus huérfanas.

LXI

Contra toda esperanza yo seguía luchando por la realización de mi sueño.

Aunque cada día los mismos acontecimientos políticos haciánlo menos posible porque contrarrestaban todos mis proyectos para conseguirlo.

La candidatura de Morales y de Cáceres obligábame a descuidar la de Vasquez y Tejera, que era la de los que yo necesitaba en el poder.

Morales, con quien personalmente la discutí, amistosamente, mostrábase deferente conmigo y me prometió todo favor. El era hombre de progreso, pero no tal como yo lo deseaba. Le encontraba poca entereza, aun cuan-

do fuera arrojado, escaso fondo moral. Dejábase arrastrar por las pasiones ajenas o que lisonjeaban y favorecían su ambición. Por eso solo me inspiraba confianza mínima. Para ayudarme en mi tarea tan solo patriotas abnegados, ya escarmentada por la experiencia de un fracaso, podían servir! Y no jóvenes que anhelaran el *vellocino de oro*, aún llenos de ilusiones y de loco ardor!

El sitio continuaba. Recibí esta esquela de Monseñor.

CARTA 51a.

B. L. M.

A su noble y muy querida Amelia, devolviendole los números de la «Revue» [*] que ya he leido.

Con mas gusto me iria yo a llevarselo.. para tener la satisfacción de verla, pero aun sigo haciéndole duo a la Cortine: éste moteando y yo tosiendo.

La grippe me ha pagado bien las ganas.

(a) Periódico francés que recibíamos de Paris y el cual facilitábamos a Monseñor de Merito.

Le incluyo esa moneda para que me haga el favor de satisfacer a la «Nueva Feria». Es el importe de las muñecas.

Hasta la vista pués!

Su afectísimo.

P. Merliño.

Ese «hasta la vista» cuánto me consolaba! Cuán lejos estaba yo de suponer todavía que mi ilustre amigo no volvería jamás donde mí! Creía su quebranto pasajero y le instaba para que fuera a verme! Y me quejaba de su alejamiento.

Yo vivía mortificada. Los disentimientos políticos ante mis propios deudos me supliciaban. Dijoseme que si Monseñor no iba a casa era por estar resentido conmigo por antagonismo político. Con mucha pena le escribí sobre el asunto, y me contestó:

CARTA 52a.

Amiga mía carísima:

¡Cree que soy injusto? Qué es lo que he juzgado con injusticia? Protesto esa letra de cambio!

Ay Amelia! Es que no salgo ni sé

los días! No visito a nadie! Y creo que resolvería el punto, *oneeldándomo* de una vez, si no llevara el pectoral! Y también me siento quebrantado. He tenido fiebre y...¡Vamos! No estoy *a plomo*.

Y ¡que política ni que polilla! Ni quiero ser político, ni creo en nadie, ni espero nada. No acaricio ilusiones de ver mejorar la situación!

Amelia, creo que todo me da lo mismo. No quisiera sino poder dormir el sueño de Epomenides, aunque no contara al despertar con encontrar algo mejor!

Creo en la amistad que fomenta los sentimientos de verdadero afecto y ..... nada más.

Si yo no fuera tan maduro le ofrecería a usted que así inspirado iba a esforzarme en cautivarla a fuerza de cariño. Sepa, sin que le quede duda, que la quiero muy de veras.

Su muy afectísimo.

P. Meriño.

¡Oh querido amigo mío! Cómo acertaba al buscar los medios de disipar mis temores y mi disgusto de creerlo enojado conmigo!

Eso nunca pudo ser! Ese gran corazón comprendía el mío, así como conocía mi absoluta sinceridad.

La guerra continuaba segando muchas existencias en flor y desatando pasiones, cada día más violentas.

Desde el 23 de Marzo había yo hecho voto solemne de no vestirme sino de blanco, con distintivos azules, aun cuando estuviera de luto, el mas riguroso.

Ese voto me lo había arrancado, por decirlo así, la ética superstición de que los sufrimientos que me sobrevenían eran castigo divino por mi persistencia en enlutarme, a sabiendas del daño que ésto me hiciera moralmente, como si desafiara a Dios con ello. Los médicos, mi esposo, todos los que conocían mi temperamento nervioso y mi excesiva emotividad oponíanse a mi temerario empeño de entristecerme más por ese medio. Juzgábanlo locura.

Después del 23 tuve miedo y me humillé ante Dios, prometiéndole, con el alma, hacer todo lo contrario que anteriormente por duro que esto me fuese, al ver todos los desastres que trajera consigo este golpe de fuerza. Rehice mi voto con mayor solemnidad

todavía, después de la noche del 12 de Abril.

Termino aquí esta segunda parte, porque voy acercándome al final de estas memorias.

TERCERA PARTE

LXII

Mi vida, en medio de todos mis tormentos, aparecía brillante siempre. Veíase al presidente Morales rendirme homenaje de cortesanía y, deseoso de conquistar mi buena voluntad, ofrecerme los mejores puestos públicos para mi esposo y para los que yo quisiera favorecer. Los secretarios de Estado, los jefes militares, los principales empleados me atendían. Personalidades sociales de alto rango; literatos; todo lo que brillaba, solicitaba mi consideración. Yo escribí algo ligero luego, después del fin de la guerra, cediendo a las instancias de algunos periodistas, y seguidamente era publica-

do con elogios. Una amiga me decía:

—En tu lugar, yo no cabría en mí de orgullo! Que dichosa eres! Una excepción en Santo Domingo!

Yo sonreía con ironía muy triste. Contestaba:

—Todo ese falso oropel lo diera yo por un poco de tranquilidad. No soy vana y nada me deslumbra.

—Eres demasiado exigente. Quieres ser más lisonjeada? Tener mayor prestigio?

—No es eso. Es que sólo por el corazón vivo y nada de esto me llena el corazón.

La amiga era poco sensible y algo novelera. Comprendía mal lo que yo le dijera y lo atribuía a orgullo desmedido.

Así juzga el mundo todo lo que sobrepasa su superficial inteligencia. Los grandes sentimientos escapan a su penetración.

En Abril de 1901 recibía yo esta carta de Monseñor de Meriño.

CARTA 53a.

Amelia, mi noble y carísima amiga: ¡Usted siempre atenta y buena con-

migo! Y yo, ¡Dios lo sabe! siempre reconocido!

No he ido por allá porque no voy sino a la iglesia, resuelto a encerrarme en mi concha, mientras anden sueltas tantas pasiones como las que produce el fermento podrido de nuestra política.

Sin embargo, quiero que sepa que en mi corazón guardo, con fervoroso culto, mi afecto amistoso por usted, tan puro e inalterable como en él brotara el primer día!

Y esto dicho para satisfacerla por mi larga ausencia, tenga la bondad de hacerme preparar y de mandarme lo que indica la nota adjunta, poniendo al pié de la misma el precio. No me lo despache con la portadora de esto, ni con Catón, porque quiero enviar de una vez el importe de todo y temo que se les pierda el dinero, como le pasa en ocasiones.

Siempre agradeciendo a usted de corazón, le besa las manos.

Su afectísimo

P. Merifio.

Lo que pedía en la nota era cierta cantidad de artículos para sus favore-

cidos. En todas las circunstancias, fué siempre el mismo. Olvidábase de sí, pero pensaba en los demás.

De salud había mejorado; pero de ánimo era imposible que no estuviera más enfermo. El me lo disimulaba, porque conocía el horrible sufrimiento que me causara lo que le había ocurrido hacía poco. Quiero referirme al atropello de que en su «Fisonomía del Arzobispo Meriño» habla el padre Castellanos. Hecho indigno, llevado a cabo so pretexto de necesidad política y contra el cual protestó el gran Meriño con la entereza y la viril arrogancia que siempre se le conoció y que ni la enfermedad, ni los disgustos, ni consideración alguna, pudieron dominar.

Su protesta es ¡oh!

A Doña Trina de Vasquez escribí yo, llena de dolor, lo que pasaba y ella en su nombre y en el de su esposo manifestó su desaprobación. Mucho se lo agradecí a ambos, quienes desde entonces merecieron de mí mayor estimación y afecto. El que quisiera captarse mis simpatías, podía bastarle venerar a Monseñor.

Todavía recibí de él esta esquela, antes de que volviera su salud a alte-

rarse para nunca más restablecerse.

CARTA 54a.

Mi muy estimada y carísima Amelia:

Esta tarde me iría yo allá, con el mayor gusto, si ciertas atenciones no me lo impidieran. Así me tengo que pasar la vida, estrechado por el deber! Paciencia, pués!

Dejé la cajita de muñecos. Mando el importe.

Su adicto siempre.

P. Meriño

Terminó la guerra y yo quedé herida al extremo de postrarme una vez más. Las últimas desgracias que ella ocasionara, habíanme lacerado el corazón que tan lastimado tenía ya por tantas razones.

La candidatura Morales - Cáceres, había triunfado. Por ese lado había sido vencida. Mis ilusiones respecto de mis patrióticos proyectos, como consecuencia de ello, recibían un golpe casi fatal. El presidente Morales tenía otras miras, en contraposición con las mías. El mismo lo dejaba entender y

ningun medio tenia yo para impedirle ejecutar sus planes. Monseñor de Meriño seguia alejado de mi casa y ya se resentia de nuevo de su mal. Don Emiliano se reservaba lo más posible. Apenas le veia. Tantas cosas abatian mi espíritu de tal modo, que toda mi popularidad, todo mi prestigio, cuanta simpatia se me demostrara; cuanta lisonja me fuera tributada, todo era vano para mi ¡Nada me reanimaba! Yacia yo desfallecida y doliente, sin fuerzas para reaccionar.

El brillante adalid del periodismo de entonces, Miguel Angel Garrido, devoto ferviente y entusiasta de mi pobre personalidad literaria, empeñóse en que yo escribiese nuevamente, en que tomara parte en un concurso de bellas letras que iba a tener lugar, y junto con mi sobrino Héctor, con Gastón Deligne, conquistaron a mi esposo para que uniera sus instancias a los de ellos para ver de alentarme y complacerle.

Lograron todos, al fin, que yo dejara el lecho y aceptara formar parte como presidente del jurado de literatura.

Esta fué obra del nunca olvidado Miguel Angel, desaparecido tan tem-

pranamente. Yo no quería escribir y él imaginó ese papel que representé en mi casa, en donde se reunieron los otros miembros, a título de honor.

Cuanto agradecí al vibrante escritor, que tan galante fué siempre conmigo, la distracción que me proporcionó obligándome a un esfuerzo de que yo nunca me creía capaz! El que me vió una semana antes tan abatida, no habría podido reconocerme en la que llenó los deberes que aceptara, con tan aparente animación! Pero mi alma continuaba acongojada.

LXIII

Oh! La enfermedad de Monseñor de Merlío. ¡Que cruel fué para mí! Esa terrible enfermedad que lo fué postrando hasta acabarle! Con peso de plomo pesó sobre mi cerebro, por la preocupación y la inquietud en que me mantenía, del mismo modo que la de mi esposo, amenazado de muerte en todos los instantes! Ya su ausencia de mi casa me tenía angustiada. Que falta me hacía mi confidente, mi consolador de tantos años! Y, como si no bastase eso, enfermar mi ilustre amigo y temer yo por él? Cómo refugiarme en su corazón magnánimo? Cómo hablarle de pena? Cómo atormentarle

con mis preocupaciones? No necesitaba él mismo de ser atendido, no le era menester ser consolado? En mis escasas cartas, porque ya no me atrevía a escribirle, sino cortas esquelas, trataba yo de mecerle como a un niño, diciéndole cosas tiernas, jamas nada atormentador. Para qué? No sufría él bastante?

En esas esquelas lo que vibraba era el más amoroso sentimiento filial.

Decían así:

«Monseñor, la que vá a saludarle hoy es María! María, la que usted tanto quiere! La vé usted llegar? Ella vá a visitarle. Entra y se sienta a sus piés, le besa las manos! Le contempla ¿Cómo se siente usted? Se encuentra mejor? No la olvide nunca, Monseñor! Piense en ella y cuídese! Cuídese como ella se ha cuidado por usted! Déjese atender por los que le quieren y tienen la dicha de asistirle! María no puede venir sino así, en un papel, pero usted sabe el afecto que le tiene y sabe también que sufrirá si usted no se cuida! «Es preciso que usted mejore. Le necesito. Debe usted colaborar conmigo como siempre.

«¿No le he dicho que voy a mandar «a la imprenta mi novela «Impene-

«trable» y que cuento con usted para «la corrección de pruebas? Recuerde «que me ofreció ayudarme en ella!

«Vamos! Repóngase, Monseñor mío! «y levántese pronto»

Esto y otras cosas por el estilo escribiale yo en distintas esquelas. Siempre era María la que iba donde él! Quería parecerle animada, en tanto que de mi corazón brotaba sangre, en forma de lágrimas! Porque deseaban engañarme los que me veían tan agobiada, ocultandome una parte de la verdad, no dejaba de comprender yo que ese amigo, a quien había llegado a adorar, desde que temía perderle para siempre, a pasos lentos, se iba encaminando hacia la tumba!

Un día un familiar del seminario estuvo a visitarme, e ignorando que yo estuviera tan profundamente impresionada por la enfermedad de Monseñor, díjome imprudentemente, como muy jóven que era:

—El pobre Monseñor está muy mal. Hoy, el padre (no recuerdo que nombre pronunció) nos invitó a oficiar una misa que iba a celebrarse por él, porque cree que pocos son sus días.

En el asiento en que me encontra-

ba quedó desvanecida y sin aliento.

El jóven quedó confundido, sobre todo porque era exajerada la noticia que me dió. Mi estado era ese.

El se moría, mientras que yo atada, como por férreas cadenas, escla va miserable de deberes superiores a los de la mas noble amistad, lejos de él vivía, sin verle, sin poderle servir sino a distancia, pendiente siempre de las nuevas que de él me dieran, en cruel debate con la desesperación!

LXIV

Carta 55a.

Gracias del alma, mi queridísima amiga! Hoy lo que siento es profunda debilidad; pero ya he comenzado a *oulontar la máquina*, es decir: a comer algo y mejoraré.

Sobre la mujer que vendría, que sea mañana y no hoy, porque esta noche estoy seguro de que tendré visitas y no podré atenderla.

¡Cuánto agradezco a usted su afectuosa solicitud! Verá usted que pronto me repongo!

B. S. M. su afectísimo,

P. Merifio.

La mujer era una enfermera o fammme de charge que él me había encargado buscarle. Con dificultad pude conseguirla, como él la deseaba. Pude lograr, por fin, que una señora pobre, muy recomendable y entendida, se comprometiera a servir a mi ilustre amigo, por gratitud hacia mí y por conocer la bondad de él.

Si la había aceptado, probablemente, aunque gustara poco del servicio de mujeres, por haberse acostumbrado al servicio del otro sexo; pero ningún empeño resultó ineficaz, porque la familia suya resolvió mudarse cerca de él para atenderle sola.

¿Mi pobre amigo creía sinceramente que iba a reponerse? Tal vez. Recuerdo cartas suyas sin poderlas reproducir, por haberse extraviado, en las que me daba cuenta de su estado, siempre ocultando sus males para no entristecerme más con ellos. No escribió con frecuencia, ni estensamente, como tampoco lo hacía yo para él, sino como se ha visto.

Supongo que es de 1905 una epístola sin fecha que me viene a las manos.

Carta 50a.

Mi noble y muy apreciada Amelia:

Hablando a usted la verdad, yo no estoy peor: pero mi mejoría es muy poca y me siento muy débil. Creo que solamente volviendo a comer con apetito y sin miedo, lograría reponerme; pero el apetito no reaparece y no se me quita el temor de que esto o lo otro me haga daño. Nada! El *isleño se ha aflojado* enteramente!

Sin embargo no vaya usted a creer que el decaimiento físico afloja tambien los resortes del espíritu! Gracias a éste es que no ha dado al traste conmigo esta enfermedad.

No puedo escribir largo; la vista se resiente.

La quiere muy de veras y besa sus manos.

P. Meriño

No he copiado el final de la carta por encontrarlo estupenda. ¿Podría imaginarse nadie que Monseñor en él me pidiera *obsequitos* bonitos para dos de las niñas? Es increíble tal bondad hasta lo último!

El isleño ¡Así se llamaba él mismo!

Cuando hablaba de su entereza de carácter, decía siempre:

—Como que soy isleño! Este isleño no puede doblegarse!

Pero al pensar en lo que la enfermedad iba haciendo de él, las lágrimas venían a mis ojos y los inundaban. ¡Pobre isleño!! Pronto dejaría de jactarse así, como con tal justicia solía hacerlo!

Hasta el último año se ocupó de sus huérfanas.

Había yo vuelto a consagrarme, por necesidad, al manejo de los negocios. A fines de 1904, desencantada de la política y sin la menor esperanza de realizar ya el sueño que me lanzara a la lid en ella: habiendo sido decepcionada por muchos de los que yo favoreciera y perdido trágicamente a aquellos con quienes más contaba, pensé, como siempre, distraerme con el cultivo de las letras. No creía yo incurable el mal que aquejaba a mi noble amigo. Lejos de ello, pude imajinar que él también encontraría grata diversión a sus disgustos, prestándose a trabajar conmigo. Proponíame complacerle en lo que tanto deseaba él: en la gran obra nacional ya meditaba. «Esta vez sí, decía

en mis adentros, esta vez sí debo emprender ese trabajo como recompensa de sus bondades conmigo.»

Como suponía asegurada nuestra posición económica, esperé tener alguna calma, un poco de solaz, para escribir mejor.

Pobre de mí!

Bien ajena estaba yo de lo que me aguardaba!

Vi a mi esposo taciturno y abatido. Pensé que se sentiría más mal y le rodeé de más cuidado: pero comprendí que sus preocupaciones tenían causa distinta que se me ocultaba. Me informé. Se callaba. Nada se me quería decir. Un día descubrí el secreto. Desde mi habitación podía yo oír a los que hablaran en el establecimiento por la parte interior. Supe que un agente comercial, de una gran casa acreedora nuestra, estaba con mi esposo en conferencia. Los dos hombres hablaban alto. Tenían la voz un poco alterada. Aún sin aplicar el oído pude darme cuenta de lo que pasaba entre mi esposo y el agente. Mi inquietud despertó en el sentido que menos lo esperaba, yo que vivía torturada por tantas otras inquietudes!

A solas con mi esposo, le interrogué.

Insistí de tal modo, que él confesó el motivo de sus tormentos, en esos días. Sí! ese agente venía a cobrar una suma fuerte que se le adeudaba a la casa que le empleara. Los intereses acumulados de ella, habían aumentado considerablemente: y no había dinero para satisfacerle. Otros acreedores también exigían.

Yo escuchaba, escuchaba! Con los ojos dilatados oía hablar de aquello y parecía no comprender.

—Cómo, como? acerté a decir. Qué significa eso? Por qué se debe así?

—Las últimas facturas han sido malas...No se vendía; no se cobraba por la guerra.

—Yo no sé! No me preguntes! Sufro mucho! Mas vale que me muera ...¡sí!

Cayó sin fuerzas. Se demudó Que mal se puso!

Callé. ¡Qué podía hacer sino bajar la cabeza; inclinarme ante la horrible fatalidad? No ha sido ese mi destino siempre?

Sin preguntar mas, dediqueme a alentarle, a levantarle el ánimo. Con la muerte en el alma, porque el golpe era espantoso, tanto como inesperado,

con toda precaución fuí arrancándole el secreto de nuestra situación comercial.

Estábamos arruinados. Lo que poseíamos bastaría apenas a cubrir las deudas. Hacía tiempo que él me negaba la satisfacción de ir al campo, de todo gasto que pareciera supérfluo, por ese motivo. El quería ocultármelo, esperando que algo favorable le permitiera desembarazarse de compromisos y levantar de nuevo la casa; pero inútilmente, porque los acontecimientos políticos habían contribuído a empeorar las cosas, y nada imprevisto se había presentado.

Espantoso fué mi desastre moral. En silencio volví a unirme al suyo, volví a echar sobre mis hombros la horrible carga de todas las responsabilidades. Entenderme con todos los acreedores que conocía; solicité créditos de amigos e hice compromisos personales, deshíceme de lo que me fuera propio; implanté en la casa un régimen de economía que suprimía en ella cuanto no fuera indispensable a la comodidad de mi marido. Y de todos lo defendí; evitándole las mortificaciones y los disgustos que la situación

conllevaba. A todos dije:

—Es un enfermo. Hay que considerarle. Responderé por él.

Y el honor me obligó a vivir. Mi vida era necesaria a mi madre, tan anciana y tan débil; a mis hermanas, que tan solo a mí tenían para ampararles; a ese pobre, que se acusaba de lo que ocurría por haber desatendido mis consejos y desoído mis razones.

Manteníame con la impresión de sentir el techo de la casa sobre mí y de arrastrarme con él a cuestas; y Monseñor de Meriño ya había enfermado! Aun cuando no juzgara yo su caso mortal, érame imposible imponerle de mi verdadero estado de fortuna. Si algo ocurría, porque se lo hubiera dicho, ignorante se encontraba de los horribles detalles de mi triste condición. Habríale apenado la noticia de ellos y sin provecho alguno para mí, porque no le era a él dado ni consolarme siquiera; y mucho menos favorecerme materialmente.

Don Emiliano fué confidente de muchos de mis tormentos, pero la mayor parte del tiempo, estaba lejos de la ciudad, de manera que le veía poco. Con la confianza que justificaron las

pruebas inequívocas de afecto que yo á él y á sus hijos diera, en el período que acababa de pasar, solicité de él algunos servicios, que me prestó. Temiendo siempre ser considerada como abusiva, eximíame de pedir favores que pudieran serme negados.

Si mi amadísimo amigo hubiese estado bien de salud y de recursos, ¡cuánto pesar, cuánta humillación habría sabido evitarme de tantas como padecí!

LXV

Carta 57a.

Amelia, mi noble y afectuosa amiga:

¡Usted me abruma de atenciones para honra mía. Pero viva persuadida de que mi alma sabe apreciarlas!

Estoy mejor. Y tánto! que hoy he escrito mas que un Feijoo, para despachar numerosa correspondencia oficial y privada. Caigo y me levanto y sigo tan campante, usted verá, amiga mía, como aún doy que hacer en este pícaro mundo!

Imíteme usted!

La estima más y más cada día su afectísimo que le besa las manos.

P. Meriño

Al recibir cartas como esta, mi corazón pretendía abrirse a alguna esperanza, respecto de él.

—Si Dios me oyera, pensaba yo, si tuviera piedad de mí!

Y con toda mi voluntad de creer, con toda la fé que ese tierno amigo se empeñó dulcemente en inculcarme, con todo el fervor de que mi alma es capaz, suplicaba al cielo la conservación de una vida que me era necesaria entre todas!

No encuentro una esquela que recuerdo haber recibido en 1905, despues del disentimiento que tuviera mi esposo con el gobierno establecido entonces, suceso que por poco le lleva al sepulcro. Por otros, que no yo, tuvo numerosa noticia del asunto y se afectó mucho; lo que me escribió sentidamente.

No quería yo darle pena alguna por mí! Si hubiera él sabido los trances porque se pasaba en casa! Qué dolor el suyo.

Mi hermana Ofelia me idolatraba. Al ver mis angustias, la zozobra en que vivía, por causa del estado fatal de mi marido, quien, amenazado, a consecuencia del incidente ocurrido, de car-

cel y otras penalidades, sufría más que nunca de su mal, enferma también del corazón. Y en poco tiempo consumió sus fuerzas. Cuando cayó al año siguiente, atacada de fiebres, estaba gastada y no pudo resistir la enfermedad que en cuatro días la arrebató!

CARTA 58a.

Muy apreciada Amelia, amiga mía!

Cuánto obliga usted mi afectuoso reconocimiento! Sus alentadoras esquelas, no lo dude, producen su efecto en mí levantándome el espíritu!

Este quebranto sin término, va postrándome hasta una completa inanición. Y ya no soy ni consciente...

Oh! si fuera verdad el sueño de usted? y no por el país, ni por sus cosas, que para mí ¡que se yo! Parecéme verlo todo ya con profunda indiferencia! Soy muy viejo ya para seguir esperando vitales reacciones de un pueblo tan enfermo! Es por mí mismo: por mi personal conveniencia, que quisiera eso! Pero ¡vamos! Fué un sueño, nada más!

Mientras tanto, ¿sabe que me llevan al campo, a una estancia? Y yo me

dejo hacer, sometiéndome a todo!

Ahí le devuelvo los folletos que tenía de usted de los cuales he leído los mas interesantes. Esas revistas y otras viejas van en decadencia como yo!

Y..ni sé como he llegado hasta las presentes líneas! Sin duda es el espíritu de usted el que va llevandome la pluma.....

Hacia una semana que no me sentaba al escritorio.

Suyo afectísimo del alma, mi noble amiga, es siempre de usted.

P. Meriño.

¡Santo cielo! Podía haber algo mas desgarrador que esta carta para quien conoció y amó a Monseñor de Meriño? A mí me destrozó intensamente!

El contestaba en ella a mis esquelas sugestivas! yo le hablaba de mis sueños; trataba de alucinarle, de engañarle con respecto de mí misma; a distancia pretendía infundirle mi espíritu! El creía mucho en la comunicación de las almas. Siempre me dijo que la mía estaba con él; que le acompañaba con frecuencia y que tenía la convicción de que la de él me animaba mu-

chas veces.

Esos folletos creo que fueron los últimos que le presté. Al campo donde lo llevaron, enviaba yo personas adictas a ofrecerle sus servicios por mí, a indagar noticias detalladas; a solicitar alguna palabra suya que me alentara; que me permitiera esperar una prolongación de vida; una reacción favorable! Y lo contrario sucedió.

De esa estancia lo trajeron peor... Cuando lo supe..ah!

CARTA 59A.

Esta carta suya es del año 1906.

«Gracias, amelia, muy estimada!

Yo soy siempre el varón que, en las luchas de la vida, se ha mantenido fuerte, inspirandose en los mas elevados principios de la sana filosofía!

Y usted, mi admirada amiga, no desmaye tampoco!

Su afectísimo

P. Meriño»

Esta esquela, en la que creo uno ver restablecida toda la magnífica virilidad del Meriño de los pasados tiempos, debió ser infundida, como contesta-

ción a algunas de las mías, salida del corazón. Qué no le escribía yo para realentarle? Que no me sugirió el afecto mas que nunca oculto que le profesaba, en miras de levantarle el ánimo y que el espíritu influyera en la reacción del cuerpo?

Fué esa la última demostración de sus deseos de alucinarme respecto de su estado real, que recibí de él.

De su pluma solamente volví a ver trazadas unas líneas en una esquela que guarda hoy el reverendo Canónigo Don Rafael C. Castellanos. Sintiendome muy mal el año pasado la confié, como reliquia venerada a su cuidado piadoso.

Mi amadísimo amigo, que no escribía por ser ya su mano inhábil para ello, al tener noticia del fallecimiento de mi hermana Ofelia, hizo un gran esfuerzo y, por vez postrera, esgrimió la pluma para dirijir a mi esposo la expresión de su dolor por mi desgracia que había de destrozarme moralmente!

¡Cuánto debió él pensar en mí!

Cuán amargamente sentiría su imposibilidad de acompañarme en trance como aquel, proporcionandome con

su presencia dulce consuelo! Supongo que esa fué una de las dolorosas pruebas que sufrió en su enfermedad, tan penosa de suyo!

Lo que yo experimenté era tan inesperado ¡Cuan tristemente debió sorprenderle!

LXVI

Hacía once días que mi esposo sufría una crisis de decaimiento, tan profundo, que una noche me dijo:

—Esta vez me muero! En las demás ocasiones jamás he tenido tal idea, por mucho que padeciera, pero ahora creo que no puedo vivir!

¡Qué malo estoy!

Multipliqué mis desvelos por él. Llamé médicos para asistirle; amigos para animarle y distraerle. Conseguí que mejorara. El séptimo día, hice que un familiar nuestro le llevara de paseo al campo y vino reanimado. Pero yo estaba rendida. Una fiebre lenta y una dispepsia dolorosa me abatían.

Con mi hermana Ofelia, estaba sentada a la mesa, tomando un lunch, como de costumbre, mi prima Gracia.

Era un sábado en la tarde. Mi esposo no había vuelto del paseo.

Gracia nos acompañaba hacía ya un año durante el día. Era muy útil porque prestaba ayuda en todo y animaba a mi hermana. Esta, siendo de tan poco espíritu, se hallaba triste entre mi esposo y yo; que a veces no podía atenderle.

Gracia tenía un carácter festivo; era la nota alegre de nuestra casa convertida en claustro. Hasta mi esposo se distraía con ella. Y la aceptaba de buena voluntad, él que admitía difícilmente, en nuestra intimidad, a los que no fueran los más cercanos deudos. Agradecíale yo en extremo a mi prima por el papel que representaba entre nosotros, llenábale de atenciones, no sabiendo como compensarle por este gran servicio prestado sobre todo cerca de mi hermana.

Esta y ella conversaban cuando yo atravesé mi pieza inmediata al comedor en donde ellas comían para entrar en mi habitación contigua. Como es de suponer, mi aspecto era doloroso.

Viéronme las dos y oí a mi hermana que decía a Gracia:

—La ves? Vés como está? Pues hace ocho noches que no se acuesta, velando el sueño del esposo! A ninguna hora duerme como puedes notarlo! Ella morirá! Morirá! y yo no se lo que vá a suceder en esta casa, porque yo me vuelvo loca! Conmigo que no cuenten!

Oh pobrecita!

Ya he dicho que era un sábado! El sábado siguiente, debajo de la tierra ella dormía el sueño eterno!

Fuése del mundo sin darse cuenta de ello, como jugando! Confiando en mí que la velaba como velaba a mi marido! Otras cuatro noches pasé sin descalzarme siquiera; sin reposar un instante! Sin tregua alguna a la inquietud y al dolor!

Quedé como demente....

Hoy es cuando comprendo que lo estuve.

El día de las exequias vi en mi casa por última vez a Don Emiliano.

De mi lado habíase él alejado nuevamente, cuando se consagró a los asuntos públicos como en otros tiempos, para dirijir la política. No le acompañé en sus actuaciones ni con mi in-

terés ni con mis simpatías. Traté de ser indiferente a todo. Nuestra amistad se resintió por ello. Continué siendo adicta a su familia. No ha habido nunca un duelo en ella, de la que yo no participara de corazón! Pero no es extraño eso. La naturaleza de Don Emiliano y la mía eran muy distintas.

Si la amistad con Monseñor perduró igual hasta el fin, debido fué a las afinidades de sentimientos que entre él y yo existían.

Su ternura expansiva y su caridad no me sorprendían. Esas cualidades en mí vivían latentes.

No dudo que Don Emiliano conservara en su corazón el culto que me rindiera, desde que me conoció, hasta en lo más recóndito de su ser, porque no desmerecí jamás la estimación que le hizo tributario mío, empero no puedo yo verlo de manifiesto por ninguna exterioridad. Enfermó él; fué perdiendo la vista de año en año, se enclaustró para siempre hasta su muerte. Con honda tristeza sabía yo todo esto. Le vi dos veces en el curso de diez y seis años porque fuí a su casa. Ni un día dejé de interesarme por él. No ya como antes. ¡Nuestras relaciones eran

tan distintas! Descansa ya él en paz! No creía él en un más allá; pero, si su alma puede verme, sabrá que en la mía el afecto por él siempre subsiste.

LXVII

Ni mi dolor inmenso, ni el deplorable estado de mi cerebro disminuían mi interés por la salud de Monseñor. Diariamente, en medio de mis penas, informábame respecto de él, enviando a palacio. Pero era convenido que no se me dijera la verdad. Hacíaseme creer que la enfermedad permanecía estacionaria, que el venerado enfermo no se encontraba ni mejor, ni peor. Que sufría lo mismo siempre de debilidad; de inapetencia, pero que se le atendía muy bien y que iba viviendo así. Estaba yo tan débil; tan incapaz de soportar aumento de pesares, que daba crédito a todo y adormecía mi

inquietud de esa manera.

Antes de la muerte de mi desgraciada hermana solía mi esposo ir a verle entre días; cuando sus propios males y las circunstancias lo permitían.

Al volver de palacio, me decía:

—Monseñor está así, así. Siempre afectuoso, preguntóme mucho por tí. Contestele: que te encontrabas mejor y anhelando saber que él mejoraba también. No le hablé de nuestro tormento ¿Para qué? Que está engañado, el pobre! Ha enflaquecido un poco, y también envejecido; pero conserva su figura augusta y su exquisita finura y su amabilidad. La voz siempre dulce, más débil. Dice que te cuide mucho, que él se deja cuidar. Deseaba saber si él quería verte. Nada me dijo. Yo creo que no. A pesar de todo, le impresionaría y no podría disimularlo. A él y a ti les haría ese daño. Por eso no quiero que vayas. Deja ver si él mejora o si tú te repones un poco.

Oh! Mi esposo creía que yo me resignaba porque no insistía en tratar de presentarme al ilustre enfermo! Era que yo comprendía que mi vida en aquellos momentos dependía de una impresión demasiado fuerte y que esa

vida no me pertenecía! Debíala a él mismo, a mi infeliz madre, a mis hermanas, hasta a los acreedores de la casa.

Unida al yugo estaba y así era que debía morir! Horrible condición.

LXVIII

Era el 20 de Agosto de 1906.

Dos meses y cinco días hacía ya que la implacable muerte, sorda a todos mis clamores, arrebatara de mis brazos, impotentes para detenerla, a mi inolvidable hermana Ofelia!

Dos meses y cinco días, sí!

Postrada por ese golpe terrible, permanecía yo, casi inconsciente de mi misma, con facultades tan solo para sufrir y en cama casi siempre. Mi prima Gracia, sustituía a la muerta, por súplica que yo le hiciera, en consideración de la tristeza de mi esposo abatido tambien por lo acaecido y por mi estado mental.

Ella era animosa y lo bastante discreta para hacerse la bienvenida en medio de nuestra desolación. Sabía distraer y servir sin importunar. Como todos, ocultábame cuanto aumentara mi pena y así me disimulaba el estado de Monseñor. Hasta la víspera del 20, cuando yo preguntaba, sin fuerzas para detenerme a pensar, habíame dicho que estaba un poco mejor, lo que yo aceptaba como cierto; pero ese día oí varios murmullos de conversación entre mi prima y mi esposo y presintiendo algo fijé mas mi atención. Entre ellos el nombre de Monseñor de Merino fué susurrado, como con temor. Un rayo de luz me hizo comprender que algo callaban por mí y saliendo de mi entorpecimiento, sin preguntar nada, hice llamar a Brito. Era el pobre albañil que desde el 26 de Julio me servía de mensajero en casos dados, con toda fidelidad.

Díjele:

—Brito, usted ve como estoy: Usted sabe como quiero a Monseñor. Me estan engañando, Brito, por mi estado, respecto de él; pero quiero saber la verdad! Vaya al palacio; infórmese y a mí sola me lo dice. Que nadie se-

pa que yo le mando.

El pobre hombre obedeció.

Tardó en volver. Yo aguardaba ansiosa. La nerviosidad que en mi postración se calmara, hacía algun tiempo, me acometiera de una vez. Algo malo iba yo a saber sin duda; y me preparaba a ello, mas no a lo que fué.

Por fin volvió Brito.

Traía la cabeza baja.

Y miraba de lado sin fijarse en mí. Ante mi lecho se detuvo, retorciendo entre sus manos que temblaban, su viejo sombrero.

La angustia me tenía jadeante, mientras aguardaba que hablara...

Resolvióse a hacerlo y exclamó:

—Doña Amelia, como usted me mandó para desengañarse, yo no quiero decirle una mentira. Si de aquí a un rato debe usted saber la verdad, más vale que la sepa ahora .....

Monseñor está fatal, fatal, fatal...!

Su voz se ahogó. El me quería y quería al que se moría.

Los latidos de mi corazón se suspendieron; un zumbido vago lastimó mi oído perturbado: mi lengua enmudeció.

En aquel mismo instante, como si

se quisiera corroborar las palabras de mi pobre mensajero, un golpe de campana, que juzgué terrible, se dejó oir.

Era la gran campana de la catedral, anunciadora de la muerte de los arzobispos, la que, con su voz de bronce formidable, lanzaba al viento la funesta nueva, haciendo saber así a la grey dominicana, sobrecojida, que su amado Pastor acababa de fenecer .....

Inmediatamente siguió a la fatal campanada, el sonido lamentable, plañidero, de todos los demás templos de la ciudad!

¡Qué fué de mí? Podría decirse? Oh no! No hay palabras!.....

Para expresar, para dar a conocer lo que siente un corazón ya lacerado, cuando le desgarran las más íntimas fibras? Lo que pasa en un cerebro que se pierde en un crepúsculo de tinieblas? Lo que experimenta un espíritu que se abisma en lo infinito del sufrimiento humano? Nó! Palabras? No las hay! No puede haberlas!

Sobre las almohadas del lecho, en que me había incorporado, ansiosamente, así anonadada, sin que para desahogar mi dolor inmenso, tuviera yo una lágrima, un sollozo! Lo único

que salió de mi pecho, presa de agonía mortal, fué un gemido sordo, continuo, prolongado! Gemido que acongojaba al que lo oyera porque era más triste que el estertor de una verdadera agonía!..

. . . . . .

. . . . . .

Raro fenómeno! Coincidencia singular! Tan luego como resonara en el espacio la fatal campanada, y como acompañamiento del lúgubre sonido de las demás campanas, comenzó a caer sobre la Ciudad Primada, una llovizna fría, menuda, densa, prolongada: pareciendo que hasta la naturaleza se hallaba conmovida por el anuncio de la triste nueva!

Esa llovizna de penoso invierno en pleno estío, que parecía enlutar la atmósfera y entristecer hasta el ambiente, fué algo así como si el cielo de la patria de Monseñor de Meriño, de duelo tambien, derramara dolorosas lágrimas sobre la tumba ilustre que se abria en el mismo momento!

Al sentirla en medio de mi anonadamiento, tuve un delirio.

Creí percibir la voz de Dios, que invisible en su inconmensurable altura,

clamaba potente a la patria dominicana:

—Llora, sí: llora la pérdida de tu hijo mas preciaro! Vierte tu amargo llanto sobre su cadáver aun no yerto; mas sabe que el alma que yo dí a ese bueno está conmigo; que en el seno de mi gloria reposa, desde que ha entrado en la inmortalidad!

. . . . . .

. . . . . .

Y esas palabras divinas fueron consuelo sublime a mi dolor!

FIN

LA CUNA
DE
AMERICA